
HARLEQUIN
Jazmín
Bodas de verano
Scarlet Wilson
Una novia para el millonario

[image]

Argumento

Por fin el millonario iba a pasar por el altar.

El prodigio de las relaciones públicas Rose HuntingdonCross estaba hasta arriba de trabajo, pero cuando le pidieron que organizara una importante boda, no pudo decir que no y reclutó al millonario Will Carter para que la ayudara. Después de cuatro amagos de boda, él tenía mucha experiencia.

Trabajando al lado de aquel hombre tan atractivo y enigmático, Rose se preguntaba por qué continuaba soltero. Un vínculo vertiginoso estaba surgiendo entre ellos. ¿Podría Rose convencerlo de que aquello era un amor único en la vida y hacer que de una vez por todas pronunciara el "Sí, quiero"?

Capítulo 1

Algo no iba bien.

Mejor dicho, algo iba mal, muy mal.

Todo debería ser perfecto. Su hermana se había casado el día anterior en una ceremonia preciosa y había sido un placer presenciar una boda con unos novios tan enamorados.

Sin embargo, antes de la medianoche no había podido soportar por más tiempo el jet lag, y se había ido directamente a la cama a recuperar unas horas de sueño.

Su flamante cuñado, Seb, tenía una casa espectacular. El castillo Hawksley era una edificación mezcla de estilos normando, Tudor y georgiano. La habitación que ocupaba era amplia y suntuosa, con la cama más cómoda del mundo. Al menos, lo sería si estuviera sola en ella. Oía una respiración profunda, que en ocasiones emitía una especie de silbido similar a un ronquido.

Temía moverse.

Apenas había bebido el día anterior, tan solo un par de copas de vino. Debido al jet lag debían de haberle afectado más de lo normal, aunque no tanto como para llevarse a alguien a la cama.

Había asistido sola a la boda de su hermana. No había estado ligando, ni intercambiando miradas insinuantes y, desde luego, no se había llevado a nadie a la cama. Y aunque no tenía ninguna duda de que aquella era su habitación, abrió un ojo para comprobarlo.

Sí, allí en un rincón estaba su maleta azul. La casa de Seb era tan grande que era posible que se hubiera equivocado de cuarto, pero no había sido así.

Entonces, ¿quién respiraba tan profundamente a su lado?

No quería moverse. No quería que el intruso descubriera que estaba despierta. A su espalda, sentía el hundimiento del colchón. No le apetecía darse la vuelta y encontrarse cara a cara con un desconocido.

Tenía que pensar algo.

Sigilosamente, deslizó una pierna al borde de la cama. Luego, se encogió. No llevaba ni camisón ni pijama, solo la ropa interior que se

había puesto debajo del vestido de dama de honor que estaba tirado a los pies de la cama.

Se sintió ridícula con las uñas de los pies pintadas, al igual que con aquel bronceado artificial. Se sentía vulnerable y a Rose Huntingdon-Cross le fastidiaba sentirse así.

Justo entonces, el desconocido se movió. Una mano se deslizó por su cadera y fue a posarse sobre su vientre. Contuvo la respiración. A su espalda escuchó un gemido de placer, mientras el desconocido la estrechaba contra él. No soportaba la sensación de aquel cálido cuerpo anónimo junto al suyo.

Sigilosamente, se acercó al borde de la cama. Lo más parecido a un arma que tenía al alcance de la mano era un gran jarrón rosa. El corazón le latía con fuerza. ¿Cómo se atrevía alguien a meterse en su cama y sobarla?

Contuvo la respiración al sentir la suavidad de la alfombra bajo sus pies y rápidamente tomó el florero con ambas manos.

Se giró para mirar al desconocido. En otras circunstancias, aquella situación le habría resultado cómica. Pero en aquel momento, no. Estaba prácticamente desnuda y había un hombre desconocido metido en su cama. ¿Cómo se había atrevido?

¿Quién demonios era? No tenía ni idea. Claro que a la boda de un conde con la hija de una pareja de famosos había asistido mucha gente a la que nunca había visto. Sin duda alguna, debía de ser un caradura.

Si tuviera la cabeza en su sitio, recogería su ropa y saldría corriendo de aquella habitación en busca de ayuda. Pero a Rose no le gustaba que la consideraran una tímida florecilla. Por una vez, quería resolver sola sus problemas.

Rodeó la cama descalza y levantó en alto el jarrón al oír el gemido de satisfacción del desconocido. La adrenalina se le disparó. El pánico se transformó en ira y arrojó el jarrón sin pensárselo dos veces.

—¿Quién demonios te crees que eres? ¿Qué estás haciendo en mi cama? ¿Cómo te atreves a tocarme? —gritó.

El jarrón se rompió en mil pedazos. El hombre abrió los ojos y rápidamente saltó de la cama, tambaleándose con los puños en alto.

Sus grandes y brillantes ojos azules parpadearon varias veces, antes de dejar caer las manos y sacudir la cabeza.

—Violet, ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca?

Aquel individuo gruñó y se tambaleó otra vez, antes de apoyarse en la pared y dejar una mancha de sangre en el elegante papel con el que estaba cubierta.

Rose no podía respirar. El corazón le latía desbocado y sentía que el estómago le había dado un vuelco.

—¿Como que Violet? ¡Yo no soy Violet!

Aquello no era posible. De acuerdo que Violet y ella eran gemelas idénticas. Su aspecto nunca había sido tan parecido, pero después de unos años viviendo separadas sin verse a diario, se habían reencontrado con un estilo idéntico de peinado.

Aquel atrevido pensaba que estaba en la cama con su hermana. ¿Qué clase de idiota era?

Seguía sacudiendo la cabeza. Era como si le costara enfocar la mirada.

—Claro que eres Violet.

—No, no lo soy. Y deja ya de manchar la alfombra de sangre.

Ambos bajaron la mirada a la lujosa alfombra. Había dos manchas de sangre y fragmentos del florero esparcidos a sus pies y por la cama.

El hombre tomó su camisa de una silla que había junto a la cama y se la llevó a la cabeza. Rose no había reparado hasta entonces en su ropa, tirada en el suelo al igual que su vestido blanco y amarillo de dama de honor.

Por fin fijó la mirada. Dio un paso al frente y alargó la mano hasta el hombro de Rose.

—Maldita sea. Claro que no eres Violet —dijo entornando los ojos —, no tienes la mancha del hombro.

Al rozar su piel con el dedo, Rose se apartó. Intuía que aquel desconocido no era peligroso, pero seguía enfadada porque la había confundido con su gemela y la había manoseado. ¿Qué explicación tenía aquello? Aquel hombre debía de ser una conquista más de Violet.

Violet apareció en la puerta.

—¿Qué pasa? Rose, ¿estás bien? —preguntó.

Miró a uno y a otro. El hombre, vestido con unos boxers arrugados y sujetando una camisa contra su frente. Rose, con la ropa interior de su atuendo de dama de honor. Al parecer, no reparó en los restos del jarrón.

En un gesto de desagrado, arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

—¿Will? ¿Mi hermana? ¿No me digáis que…?

No parecía un arranque de celos, más bien de crispación. Sacudió las manos en el aire y se dio media vuelta, maldiciendo entre dientes.

—Novio a la Fuga, deja plantada a mi hermana y te mato —farfulló Violet al salir de la habitación.

Rose se sintió indefensa. Lo único que tenía a mano para cubrirse era el vestido arrugado de dama de honor.

Fuera quien fuese, no era novio de Violet a juzgar por su reacción. Pero ¿eso era mejor o peor? En cualquier caso, había sido manoseada por un perfecto desconocido.

Él se tambaleó de nuevo y se dejó caer en la silla en la que tenía la ropa, antes de mirarla enarcando una ceja.

—A ver, gemela chiflada. ¿Vas por ahí dando golpes a todo el que conoces?

—Solo a los que se meten en mi cama sin ser invitados y me meten mano.

—Pues vaya, qué afortunados —dijo él, y frunció el ceño—. ¿Te he tocado? Lo siento, estaba durmiendo. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho.

La sangre estaba traspasando la camisa. Rose se sintió avergonzada. Quizá se había excedido al golpearlo con el jarrón y le debía una disculpa.

Avanzó hasta él y le quitó la camisa de las manos.

—A ver, déjame —dijo antes de apretarle la camisa contra la frente.

—¡Ay, cuidado!

Ella sacudió la cabeza.

—La frente tiene muchos vasos sanguíneos. Sangra con facilidad y hay que hacer presión para cortar la hemorragia.

—¿Y cómo demonios sabes eso?

—Tengo amigos cuyos hijos tienen facilidad para darse golpes con mis muebles.

Él esbozó una media sonrisa. Por primera vez reparó en lo guapo que era. Tenía los músculos abdominales definidos, y con su pelo oscuro y aquellos impresionantes ojos azules, debía de tener mucho

éxito con las mujeres. Sintió un cosquilleo en la piel. Aquel hombre le resultaba familiar.

—¿De qué conoces a Violet?

—Es mi Rose contuvo la respiración. Las piezas empezaban a encajar. No conocía al mejor amigo de Violet porque llevaba unos años viviendo en Nueva York, aunque había oído hablar de él.

Apartó la mano de su frente. Acababa de comprender lo que Violet había dicho.

—¿Tú eres el Novio a la Fuga?

Estaba tan sorprendida que dejó caer el vestido.

Una gota de sangre se deslizó por su frente mientras la miraba con desagrado.

—Odio ese apodo.

El Novio a la Fuga. Con razón le resultaba familiar. Había salido en la portada de prácticamente toda la prensa del mundo. El millonario hecho a sí mismo Will Carter se había hecho famoso por haber estado a punto de casarse en tres ocasiones, ¿o habían sido cuatro? En una ocasión, incluso había llegado hasta el altar antes de darse media vuelta y salir corriendo.

La prensa lo adoraba y disfrutaba cada vez que se enamoraba y se comprometía. Will era guapo y atractivo, y en aquel momento lo tenía sentado ante ella, semidesnudo.

Intentó no fijarse en sus abdominales y en la línea de vello oscuro que tanto atraía su atención.

Apartó aquellos pensamientos al ver una gota de sangre bajando por un lado de su cara. Se inclinó para limpiársela con la camisa, a la vez que él se la secaba con la mano.

Aquel roce le produjo un cosquilleo en el brazo y los latidos de su corazón se aceleraron. Se le puso la carne de gallina.

—Siento lo de tu cabeza. Pero al despertarme y ver a un extraño en mi cama, tocándome, me asusté.

Odiaba tener que admitirlo, pero teniendo en cuenta que había propinado un golpe al mejor amigo de su hermana, le parecía que era lo correcto.

—Tienes suerte de que solo haya sido un jarrón —añadió.

—Así que tú eres Rose —dijo él mirándola fijamente.

Por su expresión, era evidente que algo se le estaba pasando por la cabeza. ¿Qué demonios le había contado Violet sobre ella?

Will miró los fragmentos que tenía a los pies y dibujó una media sonrisa en los labios. Un hoyuelo apareció en una de sus mejillas.

—Creo que no vas a ser la cuñada favorita de Seb. Calculando por lo bajo, debía de tener unos doscientos años de antigüedad.

Una desagradable sensación la invadió y se puso a la defensiva.

—¿Quién pone un jarrón de doscientos años en la habitación de invitados? Debe de estar loco.

Él se encogió de hombros.

—Es evidente que tu hermana no piensa así. Acaba de casarse con él.

Daisy, la hermana pequeña de Rose, seguía flotando en una nube. Seb parecía un hombre estupendo. Además, justo antes de la boda había anunciado que pronto serían tres. Iba a ser el primer bebé de la familia en más de veinte años. Rose estaba deseando conocer a su sobrino o sobrina, y hacía lo que podía por disimular la envidia que le producía la buena nueva de Daisy.

Frunció el ceño. ¿Cuál sería el valor de un jarrón de doscientos años?

—Vaya —dijo apartando de nuevo la camisa.

—Vaya, ¿qué?

—El corte es más profundo de lo que creía. Van a tener que darte puntos. ¿Quieres que te traiga un paquete de guisantes congelados de la cocina? —preguntó, y miró a su alrededor—. Por cierto, ¿sabes dónde está la cocina?

Él sacudió la cabeza y puso su mano sobre la de ella. Su tacto era agradable y cálido, al contrario que sus manos, que estaban frías y húmedas. No estaba alterado. Para él, era un día más en su vida. ¿Con qué frecuencia se despertaba junto a una mujer desconocida?

—De todas formas, ¿a qué estabas jugando? Si eres el mejor amigo de Violet, ¿qué demonios pretendías metiéndote en la cama con mi hermana? Es evidente por la reacción de Violet que no hay nada entre vosotros. ¿Qué estabas haciendo?

Will señaló con la cabeza hacia la maleta.

—Si voy a necesitar puntos, ¿por qué no te vistes? Vas a tener que llevarme al hospital.

No había contestado a su pregunta. ¿Acaso creía que no iba a darse cuenta? El hecho de que diera por sentado que lo llevaría al hospital, la hizo estremecerse.

De repente, se sintió abochornada por no estar vestida.

Apartó la mano de debajo de la suya y se acercó a su maleta, antes de maldecir para sus adentros por mostrarle una buena perspectiva de su trasero.

Aun así, si tanta confianza tenía con Violet, entonces debía de haberla visto ligera de ropa en alguna ocasión. Miró hacia atrás. No parecía estarse fijando. ¿Se sentía aliviada o enfadada? No lo sabía. Salvo por unas cuantas pecas y manchas, y alguna que otra cicatriz, su hermana y ella eran idénticas. ¿Sería por eso por lo que no estaba mirando, porque ya lo había visto todo antes?

Sacó un vestido de la maleta y se lo puso a pesar de estar arrugado. Seguía con la misma ropa interior del día anterior, pero no quería buscar la limpia mientras él la contemplaba sentado, con unos bóxers que dejaban poco a la imaginación. —¿No tienes una novia que pueda llevarte al hospital?

—Muy gracioso, Rose —dijo frunciendo el ceño—. Trabajas como relaciones públicas, ¿verdad? Seguro que sabes que no hay que creerse todo lo que publican los periódicos.

Sus palabras estaban llenas de ironía.

—Pensaba que estabas detrás de la mayoría de esas historias para hacerlas valer según tu conveniencia.

—¿Qué te hace pensar eso?

—No lo sé. Quizá los reportajes con diez páginas de fotos en la revista Exclusive. ¿Cuántos has protagonizado hasta ahora?

—No han sido idea mía —replicó él, y apretó los dientes.

Disfrutaba fastidiándole. Se había sentido muy intimidada al despertarse en su cama con un perfecto desconocido. ¿Y si había roncado mientras dormía?

Seguía sin aclarar su amistad con su hermana. ¿Qué clase de relación tenían? La miraba furioso y la sangre seguía empapando la camisa, así que decidió darle una pequeña tregua.

—¿Qué me dices de ti? No puedes ponerte esa camisa. ¿Dónde tienes tu ropa?

—No tengo ni idea —contestó él arrugando la nariz—. Ayer llegué en el último momento. Tal vez mi bolsa de viaje esté en la habitación

de Violet.

—¿En la habitación de Violet? —repitió ella con retintín.

Confiaba en que captara la indirecta y se fuera hasta allí. Pero, si lo hizo, no se movió de donde estaba.

—Sí, ¿te importaría ir y traerme algo para ponerme?

Volvía a tener aquella sonrisa en los labios. La misma que solía aparecer en la portada de las revistas o cuando pretendía seducir en las entrevistas. Era como si alguien hubiera apretado un botón y se hubiera puesto en modo encantador. Su voz y su sonrisa la envolvieron como la cálida brisa de un día de verano. Se le daba muy bien, pero no estaba dispuesta a dejarse embaucar por sus encantos.

—Lo haré, pero solo porque te va a quedar una cicatriz de por vida. No soy Violet ni tu mejor amiga ni tu compañera de cama. Una vez te lleve al hospital, no volveremos a vernos. ¿Queda claro?

Su mirada azul perdió toda su calidez.

—Más claro que el agua —respondió, y esperó a que ella llegara hasta la puerta para añadir—: Y tienes razón. No eres Violet.

No dejó de observarla hasta que salió por la puerta. Se sentía aturdido y no sabía si era por lo que había bebido la noche anterior o por la herida de la cabeza.

Sentía culpabilidad, rabia y vergüenza ajena.

Recordaba la noche anterior algo borrosa. Había llegado a la boda con el tiempo justo y no le había dado tiempo a comer nada. Estaba muy comprometido con sus labores humanitarias y procuraba no defraudar a nadie, lo que había provocado que acabara poniéndose la chaqueta y la corbata en el aparcamiento del castillo Hawksley. Había tenido que atender una llamada de negocios cuando la cena había empezado a servirse, y también se la había perdido. Después, cuando la fiesta había empezado, Violet, con su vestido de dama de honor blanco y amarillo, le había mencionado algo de quedarse en su habitación al cruzarse fugazmente con ella.

Era el mismo vestido que había visto al entrar en aquella habitación. La había encontrado profundamente dormida de espaldas a él y ni siquiera se le había pasado por la cabeza despertarla. Sabía muy bien que, si lo hubiera hecho para decirle que estaba allí, Violet lo habría asesinado con sus propias manos.

Quizá aquellas hermanas tenían más en común de lo que se había imaginado.

Era extraño. Nunca antes había pensado en Violet de una manera romántica. Habían sido buenos amigos desde el principio. Era buenos amigos, nada más ni nada menos.

Confiaba en ella, algo que era mucho más de lo que podía decir de otras personas. Eran muy claros el uno con el otro. No había flirteo ni ambigüedades entre ellos, solo risas, apoyo y mucha complicidad.

Pero con la gemela de Violet… Bueno, eso era una historia muy diferente.

Aunque el parecido entre ellas fuera impresionante, eran dos personas muy diferentes. Con razón se enfadaban cuando la gente las confundía. Y él, no podía haber metido más la pata.

Pero no era esa metedura de pata lo que lo obsesionaba. Era la mancha que no tenía en el hombro izquierdo, el roce de su piel y la visión de su trasero respingón al darse la vuelta para vestirse. Parecían haberse quedado impresos en su mente. Cada vez que cerraba los ojos, le acudía a la cabeza aquella imagen.

Se levantó y fue al cuarto de baño. Debía ponerse los pantalones, pero cada vez que se retiraba la mano de la cabeza, la sangre brotaba sin parar. Ponerse los pantalones con una sola mano era una tarea imposible.

No pudo evitar sonreír. Conocía a Violet muy bien, pero no a su hermana Rose. Era la primera vez que la veía y era evidente que lo había sorprendido.

Will no estaba acostumbrado a aquello. Las mujeres normalmente lo adoraban. Aquella era una experiencia completamente nueva para él.

Había más en Rose Huntingdon-Cross de lo que parecía a simple vista.

Incluso no le habían molestado los comentarios sobre el Novio a la Fuga. Violet le había contado que su hermana era un portento en el mundo de las relaciones públicas y que se ocupaba de toda la publicidad de la próxima gira de su padre y del concierto benéfico.

Quizá debería preocuparse de conocer mejor a Rose.

Rose recorrió el pasillo. Cada vez estaba más furiosa. ¿Quién

demonios se creía aquel tipo que era?

Abrió la puerta de la habitación de su hermana.

—¿Violet? ¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué se ha metido el Novio a la Fuga en mi cama creyendo que eras tú? ¿Por qué ibas a estar con él en la cama?

Violet estaba recostada en su cama tomando un té y comiendo chocolate, mientras leía una revista. Al ver a su hermana, alzó las cejas y empezó a reírse.

—¿Te has acostado con Will?

—No, no me he acostado con Will. Me desperté y lo tenía tumbado a mi lado. ¡Me confundió contigo!

Violet se cruzó de brazos, divertida.

—No le gusta que lo llamen Novio a la Fuga.

Rose puso los ojos en blanco.

—Ya me he dado cuenta.

Violet sonrió.

—¿Will te ha metido mano?

Rose se estremeció y agitó la mano en el aire.

—Ni me lo recuerdes.

Violet se encogió de hombros y siguió bebiendo su té.

—Ha sido un error muy tonto. Yo lo habría echado al pasillo —dijo esbozando una sonrisa maliciosa—, pero pienso que todo esto puede ponerse interesante.

—¿Qué se supone que significa eso?

Rose se estaba enfadando. Ni Violet ni Will soltaban prenda sobre su relación y no entendía por qué le molestaba tanto.

—Violet, ven a recoger tu juguete. No tengo tiempo para esto. Tengo que ocuparme de un montón de cosas de la gira de papá, preparar un juego de alianzas para una pareja que se casa dentro de dos semanas y hay un novio a la fuga que necesita que le den puntos en la cabeza. ¿Por qué no eres una buena hermana y lo llevas al hospital por mí?

Violet sacudió la cabeza y se levantó de un salto de la cama.

—Olvídalo, hermanita. Tú le causaste ese corte, así que ocúpate tú de Will. Deja que te diga que es una compañía muy agradable. Por

cierto —miró a Rose con aprobación—, las alianzas de boda de Daisy y Seb son las más bonitas que he visto jamás. Deberías dedicarte a eso. Estás echando a perder tu talento ocupándote de las giras de papá.

Rose suspiró y se sentó al borde de la cama. Se sentía muy orgullosa. La opinión de Violet le importaba mucho.

—Esos anillos son lo mejor que he hecho nunca, Vi. Ya había hecho otros para otras personas antes. Pero hacer algo para tu propia hermana… —dijo sonriendo mientras sacudía la cabeza—. Y ver a la persona a la que ama con todo su corazón poniéndoselo, sabiendo que lo llevará de por vida, es una sensación indescriptible. A ti también te haré tu alianza de boda —añadió rápidamente.

Violet soltó una carcajada.

—Antes tengo que encontrar un novio. De hecho, tú también. Nuestra hermana pequeña nos ha sacado ventaja y se ha casado antes que nosotras.

Rose se tumbó en la cama y se incorporó apoyándose en los codos.

—Lo sé, y lo ha hecho con mucho estilo. A partir de ahora, ¿tenemos que llamarla lady Holgate o condesa? Porque deja que te diga que yo no estoy dispuesta.

Las dos hermanas rompieron en carcajadas y rodaron sobre la cama.

—Para nosotras, siempre será Daisy.

Rose se volvió hacia su hermana y le tomó un mechón de pelo rubio.

—¿Sabes, Vi? Parecemos gemelas —ironizó—. Tenemos que hacer algo con estos peinados.

Violet suspiró.

—Lo sé. No me lo podía creer cuando te vi el otro día. Creo que voy a volver a rizarme el pelo.

—Ni se te ocurra. Aquella permanente fue la peor cosa que he visto jamás.

Violet se rio, sacudiendo la cabeza.

—Ah, no, lo peor que he visto en mi vida fue ver cómo te besabas con Cal Ellerslie hace unos años.

Rose empezó a sacudir los hombros de la risa.

—Qué asco, no me lo recuerdes. Todavía me dan ganas de vomitar

cuando me acuerdo. Era todo lengua. Aquel chico no tenía ni idea de cómo besar.

Se volvió de lado y apoyó la cabeza en la mano.

—¿Hay alguien con quien te hayas estado besando últimamente?

Violet suspiró de nuevo.

—Bromeas, ya no quedan hombres decentes.

—¿Qué me dices de Will, tu amigo el novio que siempre sale corriendo?

Sentía curiosidad y no pudo evitar hacer la pregunta en voz alta. Violet llevaba meses hablando de Will. Quizá Rose no le había prestado suficiente atención.

Pero Violet abrió los ojos como platos.

—¿Estás de broma? ¿Will? De ninguna manera. Quiero decir que le quiero mucho, pero no de esa manera. Confío plenamente en Will. He estado con él muchas veces, incluso borracha. Pero es un caballero en todos los sentidos. Es la clase de hombre que te lleva a casa, te mete en la cama y se queda contigo —dijo, y arrugó la nariz—. De hecho, yo he hecho lo mismo por él varias veces. Nos llevamos muy bien —añadió sonriendo—. Y cada vez que se compromete con alguien, me da la excusa para comprarme un conjunto nuevo, con su bolso y sus zapatos a juego. ¿Qué más querría una mujer? Aunque luego, no haga falta que se lo ponga.

Rose puso los ojos en blanco. Sabía muy bien que a Violet no le importaban los trajes de boda ni los zapatos ni los bolsos. Era una famosa con los pies en la tierra.

—Sí, claro.

Pero Violet parecía ensimismada. Tenía la mirada perdida en el techo.

—No hay chispa entre nosotros, ninguna —dijo, y se giró en la cama para mirar a su hermana—. Sabes a qué me refiero, ¿verdad?

Por supuesto que lo sabía. Había sentido aquel cosquilleo en el brazo como si fuera una corriente eléctrica. Parpadeó. Su hermana la miraba con sus idénticos ojos azules. Sus lazos eran fuertes, inquebrantables. Violet siempre había sabido leerle el pensamiento a Rose, aunque Rose no quisiera.

Rose se movió incómoda en la cama. Por una vez, estaba perdida en su pequeño mundo.

—Tiene que haber alguien ahí fuera para cada una de nosotras —dijo Violet.

Rose sonrió. Por primera vez se paraba a pensar en la idea de tener un compañero. Quizá el hecho de que Daisy, su hermana pequeña, hubiera pasado por el altar antes que ellas y que fuera a ser madre, había hecho que sus relojes biológicos se hubieran puesto en marcha. Era una sensación extraña y no estaba segura de querer explorarla.

Bastante difícil había sido volver a Inglaterra. Cada visita que había hecho en los últimos tres años había sido angustiosa. Todo parecía recordarle aquella terrible noche de hacía unos años, esa que con tanto dolor se había quedado impresa en su mente.

Pero eran hermanas y no podían estar tanto tiempo sin saber unas de otras. Seguían hablando por teléfono o por Skype, y mandándose correos electrónicos. Ni el océano ni una muerte trágica podía interponerse entre ellas.

En breve comenzaría la gira de su padre por Gran Bretaña. Eran muy buenas noticias para la banda musical. Suponía su regreso después de varios años de inactividad, sin contar el concierto benéfico que daban todos los años, y a continuación lanzarían un nuevo álbum. Iba a tener que estar allí en Inglaterra para asegurarse de que todo estaba bien organizado y tendría que dejar de lado durante unos meses el negocio de joyería que estaba montando. Tenía que centrarse en los últimos detalles de la gira.

Lo último que quería eran distracciones. Y eso era precisamente lo que era el Novio a la Fuga, una distracción. Aunque le provocara un cosquilleo.

Rose rodó en la cama. No había dejado de sentir mariposas en el estómago desde que su hermana le asegurara que no había absolutamente nada entre Will y ella.

«Absolutamente nada». Era curioso cómo aquellas palabras le habían resultado extrañamente gratificantes.

Capítulo 2

Aquellos guisantes congelados fueron un regalo celestial. El chichón no era para tanto y apretando el paquete contra la cabeza, la hemorragia se estaba conteniendo.

Se las había arreglado para ponerse la camiseta y los vaqueros que Rose le había llevado de la habitación de Violet, pero en vez de dejarlo a solas para que se vistiera, se había quedado allí, apoyada contra la pared con los brazos cruzados.

—¿No puedo tener intimidad?

—Mira quién fue a hablar, el que se metió en mi cama. Perdiste ese privilegio, señor mío. Date prisa, tengo muchas cosas que hacer hoy.

—¿De veras? Pensé que después de la boda de tu hermana, querrías disfrutar de la tranquilidad.

—Ya me gustaría —dijo Rose atravesando la habitación mientras él se ponía los zapatos—. Tengo que ocuparme de los últimos detalles de la gira de mi padre y luego tengo que terminar unos anillos de boda.

—Listo —anunció él, levantando la mirada—. ¿Sabes dónde está el hospital más cercano?

Ella asintió.

—Conozco muy bien esta zona. Vamos.

Recorrieron el pasillo y salieron por la puerta principal del castillo. Rose abrió la puerta de un Rolls-Royce azul claro y le hizo una señal con la cabeza para que entrara por el otro lado.

—No te imaginaba en un coche como este —comentó burlón.

Ella encendió el motor y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de coche creías que tenía?

—Uno deportivo, pequeño y rojo —contestó él—. Como uno de esos nuevos Mini.

No le quería decir que tenía un Rolls-Royce idéntico aparcado no muy lejos del de ella.

Rose dio marcha atrás y enfiló el largo camino de acceso de dos kilómetros de longitud.

—Es de mi padre. No olvides que llevo tres años viviendo en Nueva York. No tiene sentido que tenga un coche aquí, así que cada vez que vengo a casa, pido uno prestado.

La colección de coches de Rick Cross era legendaria.

—¿Y tu padre te lo deja? ¿Cuántos tiene?

Ella se rio. Era la primera risa sincera que se oía a Rose. Era ligera y frívola, dos características que Rose no transmitía.

—¿Qué quieres saber: cuántos cree mi madre que tiene o cuántos tiene de verdad?

Esa vez fue Will el que se rio.

—¿De veras? ¿Cómo se las arregla para ocultar coches?

Ella se encogió de hombros.

—Es un maestro. Tenemos más de una casa. Ya habrás visto el garaje de Huntingdon Hall. Allí hay más de dieciocho. En Nueva York hay cuatro y en Mustique, tres. Y en alguna parte de Londres, otros doce.

—¿Doce? Estás de broma, ¿no?

—Nunca hago bromas sobre mi padre. ¿Qué puedo decir? Es su dinero, puede gastárselo como quiera, lo mismo que mi madre. Hay quien los considera una pareja frívola.

Había cierta aspereza en su tono de voz. Era el mismo tono que alguna vez había percibido en la voz de Violet. Conocía a Rick y a Sherry. Parecían un matrimonio muy agradable, eran educados y adoraban a sus hijas.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿Quién ha dicho que haya problemas?

—Tú ahora mismo.

—No, no lo he dicho.

Él suspiró.

—Violet y tú os parecéis más de lo que creéis. Ella también parece ponerse a la defensiva cuando hablamos de vuestros padres.

—¿De veras lo hace?

Su voz sonó temblorosa y se le pusieron blancos los nudillos de tanto apretar el volante. El Rolls-Royce avanzaba suavemente por caminos de campo. Era un paseo agradable, aunque Rose parecía estar tensa.

—Estás acostumbrada a tratar con la prensa. ¿Por qué te molesta que consideren frívolos a tus padres?

—Porque no lo son. Sí, gastan mucho dinero, pero también reparten mucho. Muchos famosos lo hacen. Mis padres apoyan muchas causas benéficas.

—Sí, lo recuerdo. He visto a tu madre en revistas y en entrevistas de televisión.

—Eso es lo que ves. Hacen mucho más de lo que se sabe. Mi padre hace muchas cosas para una organización contra el Alzheimer y no se lo cuenta a nadie. Mi madre colabora con un teléfono de ayuda a niños. A veces hace turnos de doce horas.

—Es estupendo. Entonces, ¿qué es lo que te molesta?

No lograba entender qué era lo que podía molestar a ambas hermanas de aquellas acciones desinteresadas de sus padres.

—Que insistan en que la gente no se entere. A pesar de todo su esfuerzo, la gente sigue creyendo que son frívolos, pero en realidad no lo son.

—No lo entiendo. ¿A qué viene tanto secreto? ¿Cuál es el problema?

Empezaba a dolerle el brazo de hacer fuerza contra la cabeza. Aunque fuera un millonario, no quería manchar de sangre el interior del precioso coche de Rick.

Rose tomó una carretera y siguió las indicaciones hacia el hospital.

—Porque no quieren que la gente lo sepa. Mi tío, el hermano de mi padre, tiene Alzheimer. Hay varios casos en su familia y dice que es una cuestión privada. No quiere que se conozca esa circunstancia familiar y que invadan la intimidad de mi tío. Mi madre opina igual. Dice que las llamadas de los niños son confidenciales. Si la gente supiera que colabora allí, recibirían un montón de llamadas y las líneas se saturarían.

—Entiendo. De ser así, los niños que lo necesitan no podrían contactar.

—Exactamente —dijo Rose entrando en el aparcamiento del hospital.

—Tus padres hacen cosas muy loables —comentó Will, y esperó a que aparcara el coche—. Me identifico mucho con ellos.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—Sí. Colaboro con una fundación para personas sin hogar, pero apenas es conocida y eso es algo que me preocupa —dijo él sonriendo—. Quizá podrías darme algunos consejos. Llevas las relaciones públicas de tu padre, ¿verdad? Tal vez podrías decirme qué puedo hacer para tener más repercusión en los medios.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo siento, Will, pero no puedo. Tengo un millón de cosas que hacer las próximas semanas. Ni siquiera sé cuánto tiempo voy a quedarme. En cuanto te den los puntos, tengo que volver al trabajo.

Will salió del coche sin dejar de sujetar el paquete de guisantes contra su cabeza. Le iría bien que le diera algunos consejos sobre publicidad. Tal vez debería insistir para convencerla.

La mujer del otro lado del mostrador ni siquiera se inmutó al verlo.

—¿Nombre?

—Will Carter.

—Ah, es usted —dijo levantando las cejas y esbozando una media sonrisa—. ¿Alguna de esas novias le ha dado por fin la bofetada que se merece?

Will no pudo evitar sonreír.

—No, no tengo ninguna novia en este momento —respondió mirando a Rose, que parecía sentirse incómoda.

—Esto me lo ha hecho una amiga.

Una enfermera se acercó a ellos y la recepcionista le tendió una tarjeta.

—Will Carter, el Novio a la Fuga. Herida en la cabeza —anunció poniendo los ojos en blanco—. Vaya sorpresa.

La enfermera sonrió y asintió con la cabeza.

—Por aquí.

Will siguió a la enfermera por el pasillo y le hizo una señal a Rose para que los acompañara.

Rose se quedó dubitativa. Era evidente que no quería ir, pero Will acababa de tener una idea brillante y sabía muy bien cómo ponerla en marcha.

—Me quedaré en la sala de espera —dijo Rose rápidamente.

No tenía ningún interés en ver cómo le daban los puntos a Will Carter en la cabeza. Solo de pensarlo le daban mareos.

—No —replicó él con voz suave—. Quiero que estés conmigo.

La enfermera arqueó las cejas mientras corría las cortinas del cubículo.

—Túmbese en la camilla, señor Carter, mientras voy a por los utensilios para limpiarle la herida.

Desapareció unos instantes mientras Rose se quedaba allí de pie, sin saber muy bien dónde colocarse.

—¿Qué ocurre, Rose? ¿No te gustan los hospitales?

—¿Cómo? No, no es eso. Es solo que hubiera preferido quedarme en la sala de espera.

—¿No quieres ver la herida que me has hecho? —preguntó él, apartándose los guisantes de la cabeza.

Rose palideció.

—No era mi intención, ya lo sabes. ¿Y qué esperabas? Te metiste en mi cama sin conocernos.

La enfermera carraspeó al entrar en el cubículo empujando el carrito del material.

Rose sintió que se sonrojaba. Tenía veintisiete años y se sentía como una niña de cinco.

—No pretendía, quiero decir… No pasó nada…

Sentía tanta vergüenza que era incapaz de hacerse entender.

La enfermera sacudió la mano mientras se acercaba al lavabo para lavarse.

—Aquí todo es confidencial. Mis labios están sellados.

—Pero no hay nada que…

Will se reía. Se inclinó y tomó la mano de Rose.

—Déjalo, Rose, estás empeorando las cosas.

Mientras se tumbaba en la camilla, atrajo su mano un poco más. Un brillo burlón asomó a sus ojos. Don Encantador no parecía intimidado y eso la incomodaba.

—Me agrada verte así.

Incluso su voz sonaba burlona. Deseaba salir de allí.

—¿Verme cómo?

La enfermera había terminado de lavarse las manos y estaba abriendo un paquete de gasas estériles, incapaz de contener la risa. El hoyuelo de Will apareció.

—Ya sabes, balbuceando. A Violet no le pasa nunca. Es divertido verte nerviosa.

—No estoy nerviosa. De todas formas, todo esto es culpa tuya y lo sabes.

La enfermera tomó el paquete de guisantes y lo tiró a la basura.

—Vaya, parece que tiene un pequeño fragmento en la herida. ¿Cómo se la hizo?

—Ella me la hizo.

—Un jarrón.

Sus voces sonaron al unísono. Rose estaba aterrorizada. Will acababa de decirle que había sido culpa suya. La mirada de la enfermera pasó de uno al otro. Gracias a Dios que estaba obligada a mantener la confidencialidad, si no aquello aparecería publicado en toda la prensa nacional.

Pero era una buena profesional y continuó con su trabajo. Tomó las gasas y las humedeció con un líquido del carrito, antes de sacar unas pinzas.

—Prepárese, señor Carter. Esto va a dolerle un poco. Voy a limpiarle la herida e intentaré sacarle el fragmento del jarrón que aún tiene en la herida. Luego le daré cinco o seis puntos.

—¿Cinco o seis? ¿No puede pegárselo de alguna manera? —preguntó Rose, que empezaba a sentirse mareada.

—Esta clase de herida no. Es profunda. Son preferibles unos puntos, cicatrizan mejor —respondió la enfermera cargando una jeringuilla—. Voy a ponerle una inyección para sedar la zona antes de que empecemos. Le escocerá un poco —le advirtió mientras se la ponía—. Es mi obligación preguntar, pero entiendo que ha sido una herida accidental. ¿Es así?

Rose sintió que le ardían las mejillas.

—Sí —contestó rápidamente.

—Rose no le haría daño ni a una mosca. No hay nada de lo que preocuparse. ¿Así que me quedará una cicatriz?

—Sí —asintió la enfermera—, como a Harry Potter. Tengo

entendido que se lleva a todas las chicas de calle.

¿Hacía calor allí o se le había olvidado ponerse desodorante aquella mañana? Rose empezaba a sentirse abrumada y se separó el vestido del cuerpo para permitir que circulara el aire.

Will estaba observándola con sus ojos azules mientras seguía hablando con la enfermera.

—¿Será una cicatriz muy visible?

Rose cambió el peso del cuerpo a la otra pierna. Cada vez se sentía peor. Iba a quedarle una cicatriz de por vida a aquel hombre, que parecía dispuesto a no callarse.

La enfermera acercó las pinzas y tiró.

—Aquí está —dijo dejando el microscópico trozo de jarrón en el carrito.

¿Cómo demonios lo había podido ver? La mujer acabó de limpiarle la herida y preparó el instrumental para coserle.

—No tardaré mucho. Luego le explicaré cómo tiene que cuidarse la herida —dijo, y miró a Rose—. Cuando recibió el golpe con el jarrón, ¿perdió el conocimiento?

—No —contestó Will—. Estaba durmiendo y, en cuanto sentí el jarrón, me desperté.

Rose puso los ojos en blanco y apartó la mirada. Will parecía estar disfrutando con aquello. Era evidente que la enfermera estaba disfrutando con su representación de Don Encantador y eso la estaba incomodando.

Porque le gustara o no, era difícil no sentirse atraída. Con tan solo mirar aquellos grandes ojos azules, junto a su sonrisa arrebatadora y su hoyuelo, era suficiente para que a cualquier mujer se le doblaran las rodillas.

Con razón tenía tan buena prensa. ¿Por qué pensaba que necesitaba ayuda?

Rose bajó la mirada al suelo mientras la enfermera empezaba a coser la herida. A Will Carter, el Novio a la Fuga, le quedaría una cicatriz encima de la ceja izquierda. Una cicatriz causada por ella.

Al cabo de unos minutos, la enfermera acabó de darle los puntos y le dio una serie de instrucciones sobre el cuidado de la herida.

—No debería estar solo durante las próximas veinticuatro horas —dijo, y sonrió a Rose—. Supongo que no será ningún problema.

—¿Cómo? ¿Se refiere a mí? No, no puedo. Will, seguro que hay alguien que puede hacerte compañía.

Rose sintió pánico. Pero Will sacudió la cabeza y luego se llevó la mano a la herida.

—Ay.

La enfermera volvió a acercarse a él y miró a Rose.

—Un golpe en la cabeza puede conllevar efectos secundarios, por eso es necesario que haya alguien con él. Si no puede, habrá que dejarlo ingresado en el hospital. ¿Está segura de que no puede quedarse con él?

Su tono era serio. Era evidente que consideraba a Rose culpable de lo que había pasado. No sabía qué decir y, con aquel sentimiento de culpabilidad que la embargaba, no se le ocurría ninguna buena razón para decir que no.

Will se echó un poco hacia delante. La enfermera le daba la espalda y tenía un brazo en jarras. Asomó la cara por el hueco del codo y se señaló la cabeza.

—Cicatriz —articuló con los labios y le guiñó un ojo.

El muy sabandija. Estaba intentando chantajearla y odiaba tener que admitir que le estaba funcionando.

—De acuerdo —accedió por fin y tomó el papel de las instrucciones de mano de la enfermera—. ¿Alguna cosa más?

—Nada más. Ha sido un placer conocerlo, señor Carter. Siga las indicaciones y —añadió mirando a Rose—, le deseo lo mejor en el futuro.

La mujer salió del cubículo empujando el carrito.

Rose estaba enfadada. Sabía que aquello era culpa suya y se preguntó si el millonario la demandaría por los daños causados. Había oído que aquellas cosas pasaban. ¿Y si Will no podía vender su próxima boda a la revista Exclusive por culpa de la cicatriz?

¿Y si vendía la exclusiva de cómo se había hecho la herida? Ella gruñó y se apoyó en la pared.

—Rose, ¿vas a desmayarte? Lo siento, no pensaba que fueras tan aprensiva.

Al abrir los ojos, se encontró ante su fuerte pecho. Will parecía haberse recuperado milagrosamente y estaba delante de ella, de pie, sujetándola del brazo para que no se cayera. Vaya ironía. Se suponía

que era ella la que tenía que cuidar de él, no al contrario.

Le había dicho que necesitaba ayuda para conseguir publicidad. Tal vez tenía la sartén por el mango.

Todo empezó a darle vueltas. La cabeza se le fue hacia atrás y se dio contra la fría pared del hospital. Volvió a abrir los ojos y lo encontró mirándola fijamente de nuevo. ¿A cuántas mujeres habría seducido con aquellos ojos azules? Y aquel irresistible hoyuelo…

La rodeó con el brazo por los hombros.

—Hace calor aquí. Será mejor que salgamos a que te dé el aire fresco.

Sus pasos se acompasaron a los de él y recorrieron el pasillo del hospital hasta salir al aparcamiento. El primer impulso de Rose fue separarse de su brazo.

Pero algo extraño estaba pasando. Su cuerpo parecía disfrutar al lado del de él. Parecía encajar a la perfección bajo su hombro. Con aquel sencillo vestido, el roce de su brazo alrededor de los hombros estaba despertando sensaciones en lugares que llevaban tiempo dormidos.

Veinticuatro horas, ese era el tiempo que tenía que estar en su compañía. El pánico empezó a apoderarse de ella, dejando a un lado el resto de pensamientos confusos. Aquel hombre tenía un encanto irresistible. Pensaba que estaría inmune, pero la reacción de su cuerpo le decía lo contrario.

Tan pronto como sintió el aire fresco en el rostro, se apartó de su brazo.

—Estoy bien.

Atravesaron el aparcamiento y Rose sacudió las llaves del coche, haciéndolas sonar.

—Tenemos que establecer unas reglas.

Will se apoyó en el Rolls-Royce. Rose casi pudo oír el grito de su padre.

—¿Cuáles serían exactamente? —preguntó él levantando una ceja.

Probablemente no podía levantar la otra. Aquella parte de la frente debía de tenerla todavía sedada por la anestesia. El sentimiento de culpabilidad volvió a aparecer.

—Creo que cuando lleguemos al castillo Hawksley deberíamos pedirle a Violet que se quede contigo. Después de todo, te conoce

mejor. Se dará cuenta si haces algo fuera de lo normal, como meterles mano a mujeres desconocidas. Ya sabes, cualquier cosa que sugiera que necesitas volver al hospital —añadió sacudiendo en el aire los papeles de las instrucciones.

—Ah, no, ni se te ocurra.

—¿El qué?

—Escabullirte —dijo él señalándose la frente—. Esto me lo has hecho tú, Rose, así que es tu obligación quedarte a mi lado para asegurarte de que esté bien.

Era todo dulzura, una mezcla de melaza y sirope.

—Vamos, déjalo ya, Will. No soy tu tipo de mujer. No voy a caer rendida a tus pies. Si sigues así, volveré a romperte un jarrón en la cabeza. Tengo cosas que hacer. No puedo quedarme todo el día en el castillo Hawksley.

Él sonrió y abrió la puerta del coche.

—¿Quién ha dicho que vamos a quedarnos las próximas veinticuatro horas en el castillo? —dijo sentándose en su asiento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rose abriendo la puerta—. Claro que vamos a volver al castillo Hawksley —añadió, y se metió en el coche.

Él sacudió la cabeza.

—Creo que nuestra estancia ya se prolonga demasiado. Tú has roto una valiosa reliquia familiar de Seb y yo he dejado manchas en una antigua alfombra y en la pared. Propongo que nos vayamos a otra parte.

—¿Adónde? —preguntó ella, y encendió el motor.

—A Gideon Hall, por ejemplo.

Gideon Hall era la mansión del millonario Will Carter. Al menos en el castillo Hawksley estaba rodeada de su familia y amigos. No quería arriesgarse quedándose a solas con él.

—Necesito trabajar, Will.

—Puedo facilitarte un teléfono y un ordenador. ¿Qué más necesitas?

—Mi equipo de joyería, la soldadora y la máquina de fundición. También oro amarillo, blanco y rosa, y piedras preciosas. ¿Tienes de todo eso en Gideon Hall?

La sonrisa desapareció del rostro de Will.

—¿De verdad te dedicas a la joyería?

Aquella pregunta la enfadó.

—Por supuesto. Trabajar para mi padre es una ocupación y diseñar joyas nupciales es una pasión a la que me gustaría dedicarme. Paso muchas noches haciendo joyas. Unos novios me han encargado sus alianzas y no me sobra el tiempo.

Era divertido ver que su seguridad inquebrantable empezaba a tambalearse. Parecía que Don Encantador no había pensado en todo.

—Podemos recoger nuestras cosas de casa de Seb e irnos a casa de mis padres. Siendo amigo de Violet, ya habrás estado allí.

—¿Tienes instrumental en casa de tus padres? —preguntó él moviéndose en su asiento.

Ella asintió.

—Tengo un juego en Nueva York y otro aquí.

—Eso está bien. En una hora podemos tenerlo en mi casa. Le pediré a alguien que vaya a buscarlo.

Will se sacó el teléfono del bolsillo y empezó a marcar.

—¿Cómo? No. ¿Qué demonios te pasa? Ya te he dicho que me quedaré contigo las próximas veinticuatro horas. ¿No te parece suficiente?

—Lo cierto es que no —dijo él girándose para mirarla—. Hoy mismo tengo una cita con un posible inversor para la fundación benéfica de personas sin hogar. Me ha costado mucho organizarla y no quiero perdérmela.

—¿No puedes cambiar el sitio?

Will suspiró y mencionó el nombre de un futbolista con el que el padre de Rose había tenido un desencuentro unos meses antes.

—¿Qué le parecería a tu padre tenerlo en su casa?

—Vaya. No, no creo que le gustara la idea. Le odia —dijo Rose frunciendo el ceño—. ¿Crees que de veras está dispuesto a colaborar?

A su padre se le daba muy bien juzgar a las personas. Podía distinguir a un farsante de lejos y no dudaba en decírselo a la cara. Estaba segura de que había una buena razón para que a su padre no le cayera bien el futbolista.

—No tengo ni idea. No lo conozco personalmente. Pero es muy

famoso entre los seguidores de deportes. Es la publicidad que necesito. Necesitamos que la gente entienda la razón por la que hay personas que acaban viviendo en las calles. No es solo porque estén borrachos o sean adictos a las drogas.

Rose entró en los terrenos del castillo Hawksley.

—Todo esto va en serio, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Por qué lo dudas?

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Qué sacas de ello? ¿Por qué te preocupan los sin hogar?

Will tardó unos segundos en contestar.

—Tuve un amigo en la universidad que acabó viviendo en la calle. No sé qué pensar. No le pidió ayuda a nadie porque no quería que supieran los problemas que tenía. Me enteré tarde, cuando intentaron robarle y lo apuñalaron. La policía encontró una tarjeta mía entre sus cosas.

Rose detuvo el coche y se giró para mirarlo.

—¿Murió?

Will sacudió la cabeza. Era la primera vez que veía tanta sinceridad en su expresión y, de alguna manera, resultaba más atractivo. Enseguida se apartó aquel pensamiento de la cabeza.

—No, pero Arral necesitaba ayuda. Y ahí fuera, hay mucha gente que la necesita.

—¿Así que quieres hacer una buena campaña de relaciones públicas para aumentar la concienciación y crees que vas a conseguirlo con ese futbolista?

Will se cruzó de brazos.

—Percibo una nota de escepticismo en tu voz, Rose.

Ella abrió la puerta sonriendo y sacó la llave.

—No sé si es la mejor opción que tienes.

Will se bajó del coche después de ella.

—Yo tampoco, pero ahora mismo es la única que tengo. ¿Cuánto tardarás en recoger tus cosas?

—Unos cinco minutos. ¿Qué pasa con mi maquinaria de joyería?

—Mandaré a alguien a casa de tus padres a recogerla. ¿Quieres pasar antes por allí?

Rose asintió con la cabeza.

—No tardaré mucho. Iré a por mis cosas y nos encontraremos aquí.

Will cumplió su palabra. Cuando llegaron a casa de sus padres, un hombre con una furgoneta los estaba esperando fuera. Rose lo acompañó hasta su taller y recogió las cosas que iban a hacerle falta para trabajar aquella noche.

Mientras recogía lo último, su padre apareció.

—Hola, papá. Creía que no habíais vuelto todavía. Pensaba que seguiríais en Hawksley.

—Tu madre y yo hemos vuelto hace una hora —dijo sonriendo—. Teníamos algo de qué hablar.

Su madre apareció al lado de su padre y él la rodeó por la cintura con un brazo. Sherry Huntingdon seguía manteniendo su figura de modelo a pesar de tener más de cincuenta años.

El rostro del padre de Rose estaba más curtido. Era lo que el rock and roll tenía. Seguía llevando el pelo más largo de lo normal porque le gustaba el aspecto de estrella de rock.

Rose sintió que le daba un vuelco el estómago. Las palabras de su padre le habían sonado inquietantes. Tenía la tendencia de establecer prioridades y parecía que eso nunca iba a cambiar.

Rick atravesó la estancia y le tendió la mano a Will.

—Will, ¿no te has equivocado de hija? —bromeó—. ¿Qué te ha pasado en la cabeza? ¿Acaso alguna de esas novias ha acabado vengándose? —añadió, y se carcajeó.

Rose se estremeció. ¿Cuántas veces iba Will a oír aquella pregunta?

—Pregúntale a Rose. Fue ella la que me dio con un jarrón.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida la madre de Rose.

—Fue un malentendido —contestó Rose, agitando la mano en el aire—. ¿De qué tenéis que hablar?

Quería distraerlos antes de que hicieran demasiadas preguntas.

Sus padres se miraron con ternura y se sonrieron. Era evidente que seguían queriéndose como el primer día.

—Tu madre y yo hemos tomado una decisión.

—¿Qué decisión?

Tenía un mal presentimiento. Ninguno de los dos dejaba de sonreír y eso le ponía el vello de punta. Sabía que iba a ser algo importante.

—Después de todos los preparativos de la boda de Daisy, y del hecho de que todo haya salido tan bien, tu madre y yo hemos decidido renovar nuestros votos matrimoniales.

—¿Cómo?

Rose no esperaba oír aquello.

Su madre puso una mano sobre el pecho de su padre. Tenía aquella expresión de cuando una idea empezaba a darle vueltas en la cabeza.

—Ya sabes que no tuvimos una gran boda. Nos fugamos a Las Vegas y nos casamos a la semana de conocernos. No tuve el vestido ni las flores ni la celebración de Daisy. Así que hemos decidido volver a casarnos.

Rick se encogió de hombros y sonrió a Will.

—Puede parecer precipitado, pero créeme —dijo volviéndose hacia su esposa—, cuando lo sabes, lo sabes.

Una horrible sensación empezó a apoderarse de Rose. Sospechaba dónde iba a ir a parar aquello.

—Es una gran idea. ¿Cuándo queréis hacerlo, el año que viene cuando termine la gira?

—No —contestó sonriendo la madre de Rose—. En unas semanas.

—¡En unas semanas!

No pudo evitar levantar la voz. Will le lanzó una mirada con intención de calmarla.

—¿Cuál es el problema? Tenemos el sitio perfecto —dijo Sherry haciendo un círculo con los brazos—. Aquí. Solo necesitamos montar una carpa. Y un servicio de catering, flores y vestidos —y girándose hacia Rick, añadió sonriendo— : ¡Y una banda!

—No debería haber problema —comentó Rick—. ¿Puedes tenerlo todo listo para dentro de unas semanas, Rose? Te gusta que las cosas salgan bien y eres muy organizada. Algo tan importante no podríamos encargárselo a cualquiera.

Su padre se acercó y le dio un beso en la mejilla mientras la abrazaba. Era evidente que estaba en el séptimo cielo como su madre.

—¿Yo? —preguntó Rose con voz chillona.

Will comprendió su reacción Aquello era lo que le pasaba por hacer tan buen trabajo. Era la encargada de las relaciones públicas de la banda de su padre y de la carrera de su madre y, con los preparativos de la gira, apenas tenía tiempo de dormir aquellos días. Quería tanto a sus padres que fingía que no le suponía ningún esfuerzo. Sus padres habían sido su gran sostén cuando le había hecho falta, pero en el fondo estaba convencida de que los había defraudado. Su amor y apoyo era lo que la había ayudado a salir adelante. Todo lo que quería era que estuvieran orgullosos de ella. Se sentía deseosa de complacerles, aunque apenas tenía tiempo material para hacerlo.

—Ya sabes lo ocupada que ha estado tu madre últimamente y ha acabado exhausta preparando la boda de Daisy —comentó su padre—. Si pudieras ocuparte, nos quitarías un gran peso de encima.

Las tiernas sonrisas de sus padres eran suficientes para hacer que se le derritiera el corazón, aunque latiera desbocado en su pecho y la cabeza le diera vueltas.

Will pareció darse cuenta de la sensación de pánico que la estaba invadiendo.

—Qué idea tan fantástica. Pero esas cosas llevan su tiempo. ¿No queréis esperar un poco para organizarlo bien?

Era un buen intento, pero Rose sabía que una vez que a sus padres se les metía algo en la cabeza, nada les hacía cambiar de idea.

—Tonterías —dijo Rick sacudiendo la mano en el aire—. No se tardó tanto en organizar la boda de Daisy, ¿verdad?

Se quedó mirando a Rose con aquella expresión que implicaba que hablaba en serio.

—No estoy segura, papá. Hay mucho por hacer con la gira, el concierto benéfico y todo lo demás.

—Venga, Rose —dijo tomándola del brazo y mirando a su esposa —. Démosle a tu madre la boda que se merece.

No parecía estar captando la indirecta. Estaba demasiado concentrado en la alegría de su esposa. Rose cada vez se sentía más agobiada. Si hacía aquello sería la manera de agradecer a sus padres todo lo que habían hecho por ella, especialmente cuando la prensa se le había echado encima después de la muerte de su amiga. No podía haber tenido mejores abogados y asesores. La familia lo era todo.

—Pero no sé nada de bodas, de banquetes, de vestidos… Su madre sonrió.

—Oh, cariño, deja que yo me ocupe del vestido. Voy a tener el que

siempre he querido —afirmó sin dejar de mirar a su marido.

—Pregúntale a Daisy, ella sí sabe —dijo Rick, y se rio—. O a tu amigo. Tiene bastante experiencia organizando bodas.

Sus padres se volvieron y salieron de la habitación, absortos en su conversación. Ya habían tomado la decisión y todo recaía en Rose.

Se giró y miró a Will. Se le había quedado la lengua pegada al paladar. Tenía la boca tan seca que no era capaz de articular palabra.

Will se había quedado igual de pálido.

—Yo, yo…

Pero las palabras no le salían. El único sonido que fue capaz de emitir fue un sollozo. Organizar una boda en unas pocas semanas podía parecer fácil para algunas personas. Pero los novios eran Rick Cross y Sherry Huntingdon. Su lista de invitados sería espectacular y cada uno de ellos tendría su propia lista de extravagancias. ¿Dónde iba a encontrar un catering en tan poco tiempo? Sus padres eran muy quisquillosos con la comida.

Y lo que era peor, quería que saliera todo perfecto para sus padres.

Sus latidos se aceleraron. Cuanto más lo pensaba, más pánico le entraba. Sintió que se le encogía el corazón. No podía respirar y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Will se colocó delante de ella.

—Rose, siéntate, no tienes buen color —dijo ofreciéndole una silla —. Siéntate y coloca la cabeza entre las piernas —añadió obligándola a sentarse, y se agachó a su lado.

Luego puso la mano sobre su cabeza y empujó hacia abajo. Rose no tuvo tiempo ni de rechistar.

Su corazón empezó a tranquilizarse. Ya no se sentía tan asustada. Después de unos segundos, por fin pudo respirar.

Aquello era una pesadilla. El día no tenía horas suficientes para hacer lo que sus padres querían. Pero ¿cómo decirles que no? Levantó la cabeza un poco y una lágrima rodó por su mejilla. Rápidamente se la secó.

Will parecía preocupado.

—Tiene que haber alguien más que pueda organizarles esto. ¿Y tus hermanas? Quizá puedan ayudar. También puedes contratar a alguien.

—¿Para organizar la renovación de votos matrimoniales de mis padres? Daisy podría haberse ocupado, pero acaba de marcharse de

luna de miel a pasar dos semanas en Italia. Violet sabe de bodas lo mismo que yo.

Se le quebró la voz en el momento en que sus miradas se encontraron. Y, de repente, tuvo una idea.

—Will, tú puedes ayudarme.

El efecto de la anestesia se había pasado y frunció el ceño.

—¿No debería ser al revés? Quería que me dieras algunos consejos para dar a conocer mi fundación de ayuda a los sin techo.

Ella se cuadró de hombros y respiró hondo. Empezaba a verlo todo más claro. No era tonta. Hacía tan solo una hora que Will Carter había intentado chantajearla. Había llegado el momento de que ella empleara la misma táctica.

—Mi padre tiene razón. Puedes ayudarme, o, mejor dicho, ayudarnos.

Al caer en la cuenta, Will empezó a negar con la cabeza.

—Ah, no. Tu padre no hablaba en serio.

Había llegado el turno de que él se asustara. Rose sonrió. Empezaba a sentirse bien.

—Creo que sí —replicó.

Se levantó y puso los brazos en jarras. Will seguía agachado junto a su silla. Era la primera vez que lo superaba en altura y se sentía poderosa.

—Will Carter, si quieres que te ayude, entonces tendrás que ayudarme.

—No hablarás en serio.

—Claro que sí. Yo te ayudo a ti y tú me ayudas a mí.

Él se puso de pie.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

Era curioso que en aquel momento tuviera la misma expresión de pánico que ella había mostrado unos minutos antes.

—Te ayudaré con la publicidad y tú me ayudarás con esta tontería de renovación de votos.

Él sacudió la cabeza.

—Creo que estás equivocada. Solo me presenté a una boda. En las demás nunca llegué tan lejos. Puedo ayudarte con la organización,

pero no soy un experto. El apodo que me ha puesto la prensa, Novio a la Fuga, no significa nada —dijo tratando de excusarse—. ¡Ni siquiera me gustan las bodas!

Ella apretó los labios para contener la risa. Le gustaba verlo agobiado. A Will Carter le gustaba tener el control. Casi podía sentir el peso sobre sus hombros. Aquello iba a resultar divertido.

—Will Carter —dijo sonriéndole—. Creo que vas a convertirte en mi nuevo mejor amigo.

El Novio a la Fuga empezaba a parecerle mucho más interesante.

Capítulo 3

Will estaba empezando a asustarse. Lo que había empezado como un coqueteo se estaba convirtiendo en algo que no le gustaba nada.

Daba igual que fuera la boda de otras personas. Las bodas eran lo último en lo que quería verse involucrado.

Claro que eso ya lo había pensado antes, exactamente cuatro veces. Siempre lo había dicho en serio, hasta que había conocido a la siguiente mujer, al siguiente amor de su vida, y una cosa había llevado a la otra. La seducción, el romance, el inevitable compromiso, la prensa y entonces, vuelta a organizar una boda.

Las cosas empezaban bien, como en los cuentos de hadas, hasta que todo se volvía insoportable: discusiones sobre tonterías como colores, corbatas, vestidos que había que encargar con año y medio de antelación; hermanas y suegras inmiscuyéndose en ni siquiera sabía qué; gastos ridículos en recuerdos, cosas a las que nadie prestaba atención, pero que había que repartir por las mesas; discusiones por tartas, por coches y el amor esfumándose a lo largo del camino. Pero no eran los preparativos de las bodas lo que lo alteraba, sino la sensación de que aquello era para siempre, la idea de estar con la misma persona el resto de su vida. Cada vez que su futura esposa empezaba a hablar de votos matrimoniales, a Will lo invadía una sensación de pánico. Y de repente, no estaba seguro.

Además, estaba el hecho de que la esposa de su amigo Arral lo hubiera abandonado después de que él perdiera su empleo. Eso había provocado que Arral cayera en una depresión y acabara viviendo en la calle. Para lo bueno y para lo malo, alguien al lado con quien envejecer. La teoría era muy bonita.

Nunca había entendido por qué, pero, cuando se acercaba la fecha de la boda, siempre lo asaltaban las dudas.

El problema de ser un hombre considerado era que resultaba difícil decidir cuándo retroceder. Una vez había llegado a presentarse en la ceremonia, pero se había arrepentido en el último momento, lo que le había servido para granjearse el apodo de Novio a la Fuga.

Violet tenía una teoría. Decía que todavía no había conocido a la mujer perfecta. Una vez que lo hiciera, todo encajaría y no volvería a tener dudas ni miedos. Pero ¿qué sabía Violet de eso?

—No sirvo para esto —dijo él rápidamente.

Rose parecía capaz. Por lo que Violet le había contado, Rose llevaba una vida muy ordenada. Siempre cumplía y se aseguraba de que todos los que la rodeaban también lo hicieran. Él solo serviría para interponerse en su camino.

La tenía frente a él, mirándolo con sus ojos azules.

—Por supuesto que sí.

Su voz sonó con rotundidad. No había ninguna duda de que era hija de su padre.

—No, claro que no.

Rose se cruzó de brazos. Aquel gesto hizo que sus pechos destacaran bajo el vestido amarillo y apenas pudo apartar la vista.

—Will Carter, no vas a dejarme sola con este lío.

De repente, la habitación empezó a quedársele pequeña. Era como si las paredes lo estuvieran aprisionando. Algo así sentía cuando decidía salir corriendo de una boda. Aquello no era responsabilidad suya.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, Rose. Ya tengo bastante con que me hayas dejado una cicatriz de por vida con ese jarrón. No intentes ahora obligarme a ayudarte con los preparativos de la boda de tus padres. Estoy muy ocupado con la fundación para los sin techo. Necesito dedicar todos mis esfuerzos a eso ahora, no a la boda de unos famosos.

Rose entornó los ojos. Estaba muy enfadada.

—No me vengas con esas —dijo clavándole el dedo índice en el pecho—. Te metiste en mi cama sin haber sido invitado y me has obligado a estar contigo durante las próximas veinticuatro horas cuando debería estar trabajando. Se me da bien mi trabajo, Will. Cumplo con mis obligaciones. ¿Con todo lo que tengo que hacer? No sé nada de bodas. Pídeme que diseñe unos anillos, pero no me pidas que haga nada más —añadió, y volvió a hundir el dedo en su pecho—. ¿Quieres publicidad para tu fundación? Puedo conseguírtela de una manera que nunca te habrías imaginado. Pero tienes que pagar un precio.

Podía mostrarse implacable cuando quería y Will se preguntó qué le pasaría a quien se interpusiera en su camino.

—Las bodas me producen un sudor frío —replicó.

—Las bodas te hacen salir corriendo en dirección contraria.

De ninguna manera estaba dispuesta a ceder. Will parecía estar empezando a arrepentirse de haberla obligado a pasar veinticuatro horas con él en su casa. Después del chantaje que le había hecho, Rose no se sentía mal por devolverle la jugada. Así aprendería.

Pero algo estaba pasando. Rose parecía estar cambiando de táctica. Una sonrisa se dibujó en su rostro y le acarició el brazo.

—En esta no hace falta que sudes, Will. Estás a salvo. Es la boda de otras personas la que vas a organizar, no la tuya.

La sonrisa permaneció imborrable y Will tuvo la sensación de que estaba acostumbrada a salirse con la suya.

Pero algo pasaba. A pesar de que aquella cara fuera idéntica a la de su mejor amiga, su personalidad y su manera de comportarse eran completamente diferentes. Incluso olía diferente, a un aroma frutal, a algo así como a frambuesa.

Rose Huntingdon-Cross era espectacular y estaba en grave peligro de verse arrastrado por su encanto.

Trató de concentrarse. Necesitaba asesoramiento para dar a conocer la fundación para los sin techo. Quería que el resto del mundo comprendiera por qué había personas que acababan así para intentar prevenirlo.

—¿Qué quieres decir exactamente? Olvídate de la boda. Cuéntame qué ideas tienes para conseguir publicidad.

—Ah, no, todavía no. Tienes que ganarte el privilegio de contar con mi experiencia en el mundo de las relaciones públicas. Si tú me ayudas, yo te ayudaré a ti.

¿Qué era más importante para él: hacerle algunas recomendaciones sobre menús o dar a conocer la fundación? No tenía ninguna duda. Tampoco le robaría tanto tiempo. Rose parecía la clase de mujer que tomaba decisiones rápidas. Quizá todo fuera más sencillo de lo que parecía.

En aquel momento se estaba mordiendo el labio inferior, probablemente preocupada de que no aceptara. Era un labio que invitaba a ser besado. Aquello fue lo que definitivamente lo convenció. Rose parecía vulnerable y él tenía debilidad por las mujeres en apuros. Eso lo había llevado a meterse en problemas en el pasado y probablemente lo hiciera en el futuro.

—De acuerdo, trato hecho —dijo tomándola de la mano—. Vámonos antes de que vuelvan tus padres y te encarguen hacer algo más.

—¿Me ayudarás? ¿De veras? ¡Estupendo!

Will casi pudo oír un suspiro de alivio. Rose prácticamente daba saltos de alegría al atravesar la habitación a su lado.

¿En qué demonios se estaba metiendo?

Rose sentía que le daba vueltas la cabeza. Los muchachos que Will había mandado habían metido sus cosas en la furgoneta. Había ido a ver a sus padres y les había hecho unas cuantas preguntas básicas, como la fecha elegida. Pero no había obtenido respuesta. Al parecer, todo sería decisión suya. Solo querían participar en la elección de invitados.

El viaje en coche hasta casa de Will había sido breve, pero había aprovechado para hacer anotaciones en su libreta negra. No iba a ninguna parte sin ella. Él había pasado casi todo el tiempo al teléfono, hablando de negocios. Luego, habían tomado una carretera rural que parecía no acabarse nunca.

De repente, estaban transitando junto a un lago con una isla en medio. Llegaron ante una enorme casa de campo y el chófer detuvo el coche. Rose se volvió hacia Will, mientras él se guardaba el teléfono en el bolsillo.

—¿Eres dueño de un lago y de una isla?

Se había quedado boquiabierta. Tenía suerte. Estaba acostumbrada a moverse en entornos privilegiados, en mansiones y casas que costaban millones. El castillo de Seb había superado todo lo conocido, pero ¿aquello?

Quizá la casa no fuera tan grande, pero el terreno era muy extenso y el entorno envidiable.

—¿Te gusta?

Will sonrió al ver su expresión de sorpresa mientras se bajaba del coche.

El viento que se había levantado, le agitó el vestido. Rose rodeó el coche y se acercó al lago. Había un embarcadero de madera, con dos botes amarrados.

—Violet no me había contado que tuvieras un lago y una isla.

Pensaba que conocía bien a su hermana. Esas cosas se las hubiera contado.

Will se acercó a ella por detrás, protegiéndola del viento. Rose se sintió aliviada, pero enseguida reparó en lo cerca que se había quedado. La camiseta de algodón de Will rozaba sus hombros.

En otras circunstancias, se apartaría. Pero en aquel momento no le apetecía. Se sentía cómoda con Will. Habían tenido un mal comienzo, pero se sentía segura a su lado, a pesar de que el chófer hubiera desaparecido como por arte de magia.

Y era preferible considerarlo seguro a sexy, porque esa era la otra idea que le rondaba por la cabeza.

—A Violet nunca le ha interesado el lago ni la isla. Ni siquiera me ha dejado llevarla a navegar.

Su voz profunda, justo al lado del oído, la hizo estremecerse.

—Oh, lo siento, ¿te he asustado?

De una manera natural, la tomó por la cadera para impedir que perdiera el equilibrio. A Rose no le molestó que lo hiciera. Giró la cabeza hacia él y se quedó mirando sus ojos azules. Resultaban fascinantes.

—No —murmuró ella, sacudiendo la cabeza.

Aquello la estaba asustando. Habían pasado tres años desde la última vez que había mirado a un hombre de esa manera.

Tres años y una fiesta. Una fiesta en la que había dejado a una amiga abandonada a su suerte porque se había distraído con un hombre. Aquella noche, su amiga había tomado una mala decisión y había pagado un precio muy alto. Y Rose se había pasado los últimos tres años en Nueva York tratando de olvidar las consecuencias.

Seguía hablando con sus hermanas cada día y había vuelto a Inglaterra cada año para el concierto benéfico anual de su padre, pero nunca se había quedado mucho tiempo. La mejor manera de evitar el círculo de amigos y sus comentarios era no estar allí.

Pero las cosas estaban cambiando. Iba a tener que volver a Inglaterra. Necesitaba quedarse allí para supervisar la gira europea. Podía seguir haciendo su trabajo allí en vez de en Nueva York. Pronto se celebraría el concierto anual de rock y, mientras tuviera el instrumental necesario, podía hacer joyas en cualquier sitio.

—Rose —dijo tomándola de la mano—. Ven, te llevaré a la isla.

Will tiró suavemente de ella. Rose sintió una cálida sensación subiéndole por el brazo y los latidos de su corazón se alteraron.

Estaba intentando mantener las distancias, pero su roce hizo que

una sonrisa asomara a sus labios.

—Encantada —dijo mientras la llevaba hacia la embarcación.

Era uno de los botes amarrados al pequeño embarcadero de madera y desde luego que no era de remos. Era un modelo blanco, de diseño moderno y elegante, con un pequeño motor compacto detrás.

Will saltó a bordo y le ofreció su mano mientras el bote se balanceaba sobre la batiente superficie del agua.

Rose se inclinó hacia delante y dudó. El escalón del bote era un poco más alto de lo normal e iba a tener que levantarse el vestido para bajarlo.

Fue como si Will le leyera el pensamiento. Extendió hacia delante sus largos brazos, la tomó por la cintura y la levantó. Lo hizo tan rápido que Rose no tuvo tiempo de reaccionar. Cuando sus pies tocaron el suelo del bote, este se balanceó un poco más.

—Lo siento —dijo él sonriendo—. Se me olvidó lo de tu vestido. No quiero ver más de lo que debería.

Volvía a tener aquel brillo en los ojos. Sabía muy bien que lo había visto prácticamente todo aquella misma mañana. Al igual que ella.

Se sentó en uno de los confortables asientos de cuero y sacudió la cabeza.

—Mi abuela te adoraría, al igual que lo hacen los periodistas. Siempre me ha intrigado cómo te las arreglas para caerle bien a la prensa. Desde luego que eres el hijo que a toda madre le gustaría tener.

Él encendió el motor y se rio.

—Se me ocurren al menos cuatro madres a las que no les caigo nada bien.

La embarcación avanzó suavemente por el lago. Unos cuantos cisnes nadaban al otro lado y unos patos graznaban desde los juncos de las orillas.

—No lo entiendo, simplemente no lo entiendo. En algún momento debiste de darte cuenta de que no querías casarte con esas mujeres. ¿Por qué dejarlo para el último minuto? ¿Quién hace eso?

Will se sentó a su lado para pilotar el bote. Esa vez no se puso a la defensiva. Quizá fuera porque se sentía más cómodo a su lado, especialmente después de haber visto el engorro con el que sus padres la habían dejado.

—Lo sé, es horrible —contestó mientras avanzaban por el agua—. Y no era mi intención, nunca lo ha sido. Para ser justos, me he ganado la mala fama sin motivo. Solo he llegado al día de la boda una vez. Pero para la prensa es más divertido llamarme Novio a la Fuga. Mi problema es que siempre tengo dudas. Son dudas que no puedes decir en voz alta por miedo a hacer daño a la otra persona. «¿Seguirá queriéndome si me arruino?». Entonces, empiezas a preparar la boda y la encantadora mujer de la que te enamoraste es reemplazada por una obsesionada y perfeccionista.

Rose se rio.

—¿Qué hay de malo en eso? Todas las novias quieren que su día sea perfecto. Además, todo el mundo tiene dudas cuando va a casarse.

—Pero ¿por qué los detalles son lo más importante? ¿No debería serlo el hecho de que dos personas enamoradas van a casarse? ¿Por qué se convierte en una competición para que la boda sea mejor que esta o que la otra? Lo odio.

Aquel comentario la hizo estremecerse. Tenía razón. No se podía creer que el hombre al que la prensa llamaba Novio a la Fuga pensara igual que ella.

—¿Por qué tienes dudas? —preguntó.

Él se quedó pensativo y se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que no me arrepiento de haber cancelado ninguna de las bodas. Sí me arrepiento de la vez que me eché atrás en la ceremonia. Al menos, dos de mis ex convinieron después conmigo en que lo mejor que hicimos fue no casarnos. Más tarde, conocieron al hombre adecuado y ahora son felices.

Rose sonrió con tristeza. La isla estaba cada vez más cerca y empezaba a adivinarse lo que había bajo las copas de los árboles.

—No todas las bodas son un desastre. Algunas parejas están hechas el uno para el otro. Daisy organizó la suya con poco tiempo, pero tuvo la boda que siempre quiso tener.

Aunque yo estuviera en Nueva York, me mandaba correos electrónicos todos los días —comentó—. No me gustan las grandes bodas. Me gustan las cosas sencillas y la idea de dos personas decididas a unir sus vidas. Aceptémoslo, así es la vida —dijo sonriendo a Will—. Por suerte no soy la novia. Si mi boda se celebrara con una ceremonia pomposa quizá te robaría tu apodo y me convertiría en la Novia a la Fuga.

—¿De veras? —preguntó él echándose hacia atrás mientras se

acercaban al muelle de la isla—. ¿Una mujer a la que le gustan las ceremonias sencillas, incluso después de todo el esplendor de la de Daisy? ¿No te gustaría que la tuya fuese parecida?

—Desde luego que no —contestó ella con rotundidad.

—Lo cierto es que el problema estaba en la relación más que en la boda en sí. Una vez la pasión inicial desaparecía, intentaba imaginarme envejeciendo con esa persona. Por mucho que lo intentara, nunca lo veía. Me daba cuenta de que no las amaba como un marido debería amar a su esposa, como se aman tus padres.

Desvió la mirada hacia la isla y de repente reparó en lo que acababa de decir. Estaba siendo más franco de lo que pretendía.

—De todas formas, no te creo —añadió Will cambiando de tema—. Estoy convencido de que quieres una gran boda como el resto de las mujeres.

Se levantó al llegar el bote junto al muelle y aseguró la soga de amarre. Luego saltó a la plataforma de madera y ella extendió la mano. Pero Will había sentado un precedente. La tomó de la cintura y la levantó para sacarla.

A pesar de que sus pies ya estaban sobre la estructura de madera, Will no apartó las manos de su cintura. Ante ella tenía su pecho y su cabeza sobresaliendo por encima de la suya. Instintivamente llevó las manos hasta sus musculosos bíceps. El único sonido era el graznido de los patos y el batir del agua. Estaba conociendo al verdadero Will Carter, no al que aparecía en la prensa ni a Don Encantador. Y lo cierto era que estaba disfrutando. Nunca confesaría a nadie que se sentía intrigada por él.

—No, no quiero nada de eso —dijo sonriendo.

Su voz apenas era un susurro. Estaban los dos solos y su cercanía resultaba intimidante. Sintió sus dedos afianzarse en su cintura, como si tratara de impedir que se apartara.

La sonrisa perfecta apareció, seguida por su hoyuelo.

Tuvo que contenerse para evitar alargar la mano y acariciarlo.

—El Novio y la Novia a la Fuga, vaya par.

Las palabras de Will se quedaron flotando en el aire y ambos se tornaron pensativos.

Rose se quedó sin respiración. Eso no pasaría nunca. Era demasiado joven e ingenua. Tenía muchos planes. En aquel momento, no había sitio en su vida para alguien como Will Carter, teniendo en

cuenta además que no se fiaba de su intuición. Sintió que le daba un vuelco el estómago. Will estaba bromeando. Ambos lo estaban, pero no pudo evitar sentir un cosquilleo ante aquella sugerencia.

Dio un paso atrás, respiró hondo y rompió la atmósfera que se había creado entre ellos.

—¿Qué tiene esta isla?

Un brillo asomó a los ojos de Will. ¿Sería de desilusión? Rose se sintió molesta. No estaba dispuesta a ser su siguiente conquista. Había admitido que era enamoradizo. Ella no tenía ese problema. Nunca había estado enamorada.

Rose contuvo una exclamación al llegar ante el camino que llevaba a una pequeña iglesia de ladrillo rojo con una gran vidriera.

—¿Una capilla escondida? ¿Es una broma?

—No.

Will se acercó y abrió la gran puerta de madera. Los rayos de sol resplandecían a través de la arboleda. La iglesia era pequeña y el ventanal casi ocupaba toda una pared. Tan solo una veintena de personas tendrían cabida en los cuatro bancos que había a cada lado del altar.

El sol de la tarde se filtraba por la vidriera, iluminando con un bonito haz de colores las paredes blancas. Había una mesa de madera oscura en el altar y nada más.

—Este sitio es increíble. ¿Es tuya?

Will asintió.

—Hay una pequeña cabaña detrás de la capilla. Ambas estaban en ruinas cuando compré esta propiedad. Hice reconstruir la iglesia y encargué que pusieran ese ventanal. Las obras de la cabaña están recién terminadas.

Rose dio una vuelta sobre sí misma.

—Me encanta este sitio. ¿Qué era originalmente?

—Nadie lo sabe. Creo que era una especie de lugar de retiro. Hasta la desaparición de los monasterios en el siglo XVI, aquí hubo uno. Esto es lo único que queda.

Rose respiró hondo y se acercó a tocar una de las blancas paredes.

—Piensa en toda la historia de este sitio, en todas las cosas que habrán pasado entre estas paredes a lo largo de los siglos —dijo, y acarició el cristal de la vidriera mientras contemplaba la escena que

representaba—. ¿Qué representa?

—Está inspirada en la catedral Troyes de Francia. Cuenta con las vidrieras medievales más antiguas. Estos son dos de los profetas: Moisés y David.

Sabía muy bien de lo que le estaba hablando. Era evidente que había dedicado mucho tiempo y dinero a las labores de restauración.

—Deberías obtener el permiso necesario para celebrar bodas aquí.

—¿Cómo? ¿Y que la novia se caiga del bote en el camino? Este lago puede ser muy bonito, pero te aseguro que el fondo es profundo y turbio.

Rose se rio y se acercó.

—Lo dices como si te hubieras caído en él.

—Lo hice y salí convertido en una horrible criatura del lago negro —bromeó.

—Entonces, ¿para qué usas este sitio?

Por fin parecía que estaba conociendo a Will un poco mejor. Quizá para la prensa fuera Don Encantador, pero en el fondo era un buen tipo. Era agradable estar a su lado. Violet no solía equivocarse al juzgar a las personas. Debería haber confiado más en su hermana.

—Ven y te enseñaré todo esto.

Salieron y se dirigieron a la cabaña que había a espaldas de la capilla. Era blanca, con la puerta y los marcos de las ventanas pintados de negro. Entraron y le enseñó el interior.

Era pequeña, pero espectacular. Prácticamente todo estaba a la vista. En un extremo había una moderna cocina abierta, una zona de estancia en el centro y una plataforma con una gran cama de matrimonio al otro lado. Incluso había una pared de cristal de pavés, que ocultaba un lavabo y un inodoro, y la bañera estaba ubicada junto a una de las dos ventanas.

Rose se quedó boquiabierta.

—¿Bañarse junto a la ventana?

Will sonrió.

—Es todo privado. Si alguien se queda aquí, la isla es toda suya. Nadie más puede poner un pie en ella. Privacidad total. A la gente le gusta eso.

Rose trató de imaginarse quién querría alejarse de todo. No había

televisión, ni teléfono y probablemente tampoco habría Internet.

—¿Quién viene aquí, Will? ¿Lo alquilas?

Él negó con la cabeza.

—No, este sitio es para amigos, para gente que necesita un poco de espacio y de tiempo.

Rose ladeó la cabeza. Había oído hablar de sitios como aquel. Uno de los miembros de la banda de su padre se había retirado a un refugio en las montañas después de varias visitas a clínicas de rehabilitación. Contuvo la respiración. ¿Debería haber buscado un sitio como aquel cuando tres años antes su amiga había muerto de una sobredosis?

Aquel lugar era un santuario, un escondite del mundo exterior. Era perfecto.

—Me encanta —susurró Rose—. Espero que la gente que venga aquí encuentre lo que busca.

Las manos de Will volvieron a tomar su cintura. Ni siquiera se había dado cuenta de que se había acercado.

—Me gusta oírte decir eso. Es la razón por la que no traigo gente aquí. Ni se te ocurra contar lo que hay en esta isla.

Confiaba en ella y en que no contara nada a nadie. Algo en el interior de Will se agitó.

De repente, Rose fue consciente de la gran cama que había sobre la plataforma que tenía detrás. Resultaba tentadora. Estaban allí solos, en una isla a la que nadie más podía llegar. Nadie los molestaría.

—¿No has traído a nadie aquí?

Él sacudió la cabeza.

—Nunca —respondió en voz baja y sensual.

La sangre le hervía en las venas. Sentía que la cabeza le daba vueltas. Acababa de conocer a aquel hombre. Aunque fuera el mejor amigo de su hermana, apenas sabía nada de él. El problema era que lo que estaba conociendo, le estaba gustando.

De nuevo, Rose puso las manos en la cálida piel de sus brazos musculosos.

—¿Por qué yo?

Sintió picor en la garganta. Casi temía respirar. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que hacía, levantó la mano y le acarició el

pelo. ¿Qué demonios estaba haciendo? Sintió la boca seca y deseó un trago del vino que había sobrado de la boda de su hermana. La noche anterior había estado demasiado cansada como para tomarse más de dos copas.

Will no parecía rechazar su caricia. Al instante reaccionó acercándose más y tomándola con fuerza de la cintura. Su rostro estaba a escasos centímetros del de ella. Sentía su respiración en la mejilla y veía las diminutas pecas del puente de su nariz y las finas arrugas alrededor de sus ojos. Se pasó la lengua por los labios y sintió que se le ponía la carne de gallina. Nunca antes había experimentado una sensación igual.

No había llevado a nadie allí, pero sí a ella. ¿Qué significaba eso? No tenía ni idea.

—Pensé que te gustaría. Suponía que la valorarías como nadie más lo haría. Tenía razón.

La cabeza le decía que se apartara, que desviara la mirada y que se soltara de sus manos. Estaba aturdida. Había aprendido a no fiarse de su intuición y a cuestionarse cada cosa. Will avanzó, oprimiendo con su torso sus pechos y deslizando las manos más allá de la cintura acercando su pelvis a la suya.

Sus palabras eran como una droga. Como mujer independiente, Rose nunca había buscado la aprobación de un hombre. Pero, de repente, el que a Will Carter le gustara y la respetara, le parecía la cosa más importante del mundo.

Ya estaba bien. Había llegado el momento de apartarse. Aquel hombre había dejado plantadas a varias mujeres y no estaba dispuesta a ser la siguiente.

Pero su cuerpo no quería seguir los dictados de su cabeza.

Ninguno de los dos había hablado durante los últimos segundos. En cualquier momento se apartaría y se sentiría como una tonta. Lo que le pasaba era que le faltaban horas de sueño.

Aunque se había acostado a medianoche y había dormido profundamente hasta por la mañana, seguía teniendo el horario de Nueva York. Eso debía de ser lo que le provocaba aquel comportamiento extraño. Le estaba haciendo comportarse de una manera diferente a la habitual.

Will parpadeó. Su mirada resultaba hipnótica. No podía apartarse de él. No quería hacerlo por mucho que se lo dijese la cabeza.

Rose se humedeció los labios al ver que su mirada se detenía en su

boca. Will alzó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara. Sintió su roce como el aleteo de una mariposa sobre su piel y se mordió los labios. Al acercarse a ella, se sintió embriagada por su olor. Era de puras feromonas.

Fue su último pensamiento antes de sentir los labios de Will Carter rozar los suyos.

Capítulo 4

Por unos segundos se sintió perdido en su olor, en su sabor y en el estallido de hormonas que se había producido en su cuerpo. Se sentía envuelto en la corriente de energía que flotaba entre ellos, como si de ondas sísmicas se tratara.

Era fabuloso. Ella era fabulosa. Recorrió sus curvas con las manos, acariciando su sedosa piel. Un gemido escapó del fondo de su garganta mientras cada parte de su cuerpo reaccionaba acorde.

Entonces, de la nada, una voz habló en el interior de su cabeza: «Novio a la Fuga, deja plantada a mi hermana y te mato».

Eso lo hizo volver a la realidad. Violet lo mataría, de eso no había ninguna duda. Dio un paso atrás dejando a Rose a mitad del beso, con los ojos aún cerrados. Ella se quedó inmóvil unos segundos más en aquella posición, antes de abrir los ojos.

Trató de calmar su respiración entrecortada, procurando no recrearse en el sabor que le había dejado en los labios. Sus miradas se encontraron y vio un millón de cosas en los ojos de ella: confusión, vergüenza, deseo. Levantó las manos y sacudió la cabeza.

—Rose, lo siento. No debería haber hecho eso. Solo quería, yo solo…

No encontraba las palabras, seguramente porque tenía la cabeza hecha un lío. Se acercó a la cama y se sentó en el borde, mientras se pasaba la mano por el pelo de la misma manera que ella lo había hecho unos segundos antes.

No fue una buena idea. En aquel momento, se la veía más confundida.

—Es este sitio. La cabaña, la capilla…

Ella seguía sin decir palabra, pero la expresión de su rostro lo estaba torturando. Violet lo mataría si su hermana le contaba lo que acababa de ocurrir.

—No era mi intención que pasara esto. No lo había planeado.

—Evidentemente.

Fue su primera palabra y sonó fría como el hielo. La agradable temperatura parecía haber bajado de golpe veinte grados.

—No, no es eso lo que pretendía. Eres muy guapa, más que guapa. Y tu olor, tus curvas… Yo solo…

La expresión de sus ojos cambió y sus labios empezaron a curvarse. Su balbuceo debía de estarle resultando divertido. No podía evitarlo. Siempre le pasaba cuando se ponía nervioso. ¿Por qué decir tres palabras cuando se podían decir veinte?

Rose se acercó hasta que la tela de su vestido casi rozó su nariz. Will trató de no pensar qué habría debajo. Tampoco quería imaginarse la suavidad de su piel.

Ella suspiró.

—Will, ¿te pongo nervioso?

Él levantó la vista. No se le pasó por alto el tono jocoso de su voz. La tenía muy cerca. De nuevo, se sentía embriagado por su olor.

—Sí, quiero decir no. Bueno, tal vez.

—¿Qué te parece si nos olvidamos de esto? —preguntó ella cruzándose de brazos—. Eres el mejor amigo de Violet y tu reputación no es buena. No quiero tener algo con alguien como tú.

—¿Ah, no?

No pudo evitar sentirse ofendido al oír sus palabras. ¿Qué había de malo en él? Bueno, había estado comprometido varias veces, pero en el fondo era un buen tipo.

Rose estaba sonriendo y debería sentirse aliviado. Sin embargo, ¿por qué se sentía insultado?

—No, de ninguna manera —dijo ella acercándose a la ventana—. Digamos que ha sido un momento de locura. Necesito que me ayudes a preparar la boda y tú necesitas que te ayude con la publicidad. Podemos hacerlo, ¿no? Podemos pasar las próximas semanas juntos y olvidar que esto ha pasado.

No era una pregunta, era una declaración de intenciones. Rose tenía razón, Will sabía que la tenía. Pero nunca antes le había rechazado una mujer y para él eso era una novedad.

Se levantó y se llevó las manos a la cabeza. Rose pretendía olvidar aquello y era lo mejor que podían hacer.

—¿Por qué no lo achacamos al golpe de mi cabeza? —preguntó bromeando.

—¿Pretendes que parezca que me estoy aprovechando de la persona a la que se supone que tengo que cuidar? ¿En qué me

convierte eso?

—En una mujer de negocios despiadada.

Ella sonrió. Parecía estar disfrutando, pero de repente la expresión de sus ojos cambió y miró la hora.

—Will, ¿no tenías una reunión de trabajo esta tarde?

—Oh, no. ¿Qué hora es? Maldita sea.

—Tenemos cinco minutos —dijo ella abriendo la puerta—. No sé si llegaremos a tiempo.

—Démonos prisa.

La tomó de la mano y corrieron, tirando de la puerta para que se cerrara tras de sí. Apenas tardaron un minuto en recorrer el muelle hasta el bote y Will encendió el motor. Esa vez, Rose no esperó a que la ayudara a embarcar. Se levantó el vestido dejando ver sus piernas bronceadas y saltó dentro. El bote se balanceó con furia al poner los pies en él y Will la tomó de la cintura y la ayudó a sentarse.

En unos minutos atravesaron el lago. Aquella reunión era importante y tenía que llegar a tiempo. Era incapaz de apartar la mirada de Rose. El viento sacudía su melena rubia y su vestido amarillo remarcaba sus curvas de nuevo.

No pudo evitar soltar un gruñido. ¿Cómo demonios iba a arreglárselas durante las próximas semanas?

El futbolista era tan desagradable como recordaba. La había saludado con desprecio después de que Will la presentara y supiera de quién era hija. Pero a Rose no le había importado y se había puesto a trabajar.

Su instrumental de joyería había llegado y con la ayuda de dos empleados de Will lo había montado y había dedicado unas cuantas horas a dar los últimos retoques a las alianzas.

—Rose, ¿estás aquí?

Estaba puliendo los anillos y levantó la mirada. Will atravesó la habitación, sonriendo como era habitual.

—Ya veo que lo has instalado todo. ¿Qué tal va?

Rose le enseñó los anillos en su estuche de terciopelo.

—Acabo de terminar. La compañía de mensajería vendrá a

recogerlos dentro de una hora. ¿Qué te parecen?

Will se inclinó y acercó el flexo para ver mejor la combinación de oro rosa y amarillo en el anillo de la novia y el oro blanco en el del novio.

—Rose, son preciosos. ¿Los has hecho tú sola? ¿Cómo sabes por dónde empezar?

Ella suspiró y se echó hacia atrás.

—¿No me creías capaz de hacer joyas?

—No, no quería decir eso —replicó él negando con la cabeza—. Es solo que…

Se calló, sonrió y se sentó al lado de ella.

—¿Cómo lo consigues?

Rose no pudo evitar sonreír. Sabía muy bien a qué se refería, pero puso expresión de inocente.

—¿El qué?

Él se encogió de hombros.

—Hacerme balbucear como a un adolescente. Me da la impresión de que no dejo de meter la pata y luego no encuentro las palabras para arreglarlo.

Ella arqueó las cejas.

—Creía que habías dicho que no te ponía nervioso.

—Por supuesto que no —dijo él frunciendo el ceño—. Pero… sí, sí me pones nervioso. Bueno —añadió levantando las manos—, no lo sé.

Ella se rio.

—¿Qué tal te ha ido la reunión con Don Cretino?

—¿Don Cretino? ¿Así es como lo llamas?

Ella asintió y se cruzó de brazos.

—Le queda bien.

Will se pasó la mano por el pelo, evitando tocarse la frente. Rose volvió a tener sentimiento de culpabilidad. Debía de dolerle, aunque no se quejaba.

—Tienes razón, pero de momento es lo mejor que tengo. Hay algo en él que no me inspira confianza, pero es la única forma que tengo para conseguir publicidad, ¿qué otra opción tengo?

Sentada tan cerca de Will, podía apreciar las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y en su frente. Aquello le preocupaba y parecía sinceramente decidido a hacer el bien. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar?

Rose se mordió el labio inferior.

—Se me ocurren algunas ideas opcionales.

—¿Para conseguir publicidad?

—Sí —contestó pasándose las manos por el vestido.

Hacía calor en la habitación, en parte debido a la soldadora. Estaba deseando meterse en la ducha y cambiarse de ropa.

—Cuéntame más.

—Todavía no —dijo ella negando con la cabeza—. Todavía tienes que cumplir tu parte del trato —añadió poniéndose de pie—. Quiero darme una ducha y cambiarme, pero no tengo ropa.

—Sí, sí que tienes. Violet ha mandado tu maleta azul. Supongo que ahí tendrás todo lo que necesitas. ¿Por qué no te pones cómoda y después cenamos?

¿Violet le había mandado la maleta? ¿Así, como si nada? Iba a tener que hablar muy seriamente con su hermana. Sería mejor que no estuviera haciendo de casamentera.

Asintió con la cabeza y a Will le brillaron los ojos al sonreír. Aquello era lo último que necesitaba ver en ese momento.

—Voy a ofrecerte una habitación en mi casa solo si prometes no causar daños —dijo esperándola junto a la puerta.

—¿Tienes jarrones antiguos en las habitaciones?

—En la tuya no.

—¿Hay algún hombre dispuesto a meterse en la cama con una perfecta desconocida?

—Solo bajo petición —respondió él, y sus miradas se encontraron.

Rose sintió un escalofrío y se quedó sin respiración. No debía olvidar las veces que aquel hombre había estado comprometido. Aun así, cenar en Gideon Hall podía ser muy agradable. Rose era muy curiosa y le gustaba conocer casas bonitas.

Will la acompañó por la escalera circular hasta un corredor. El color crema predominaba y todo estaba limpio y reluciente. Abrió una puerta y la invitó a pasar. Por fin una nota de color. Un amarillo

pálido contrastaba con el crema. Era precioso. No pudo evitar acercarse a las cortinas. Las cortinas y las telas siempre habían sido su debilidad. Aquella habitación parecía sacada de una de esas revistas de decoración. Una cama enorme llena de cojines invitaba a tumbarse en ella. El papel de la pared era amarillo con pequeñas flores a juego con la alfombra, del mismo color.

Unos enormes ventanales daban a los jardines.

—Es preciosa. Toda la casa es preciosa —dijo ella, y sonrió con picardía—. ¿Cuál de tus novias te ayudó a decorarla?

—Lo cierto es que la mayoría de las cosas las he elegido yo. Para otras, conté con la ayuda de profesionales —replicó él irguiéndose.

Era evidente que se sentía halagado.

—¿De veras?

Estaba asombrada. Se había imaginado que le habría encargado a alguien que se ocupara de la decoración por él.

—Sí, de verdad. ¿Por qué te resulta tan extraño?

—Porque sí.

—¿Te resulta extraño que un hombre se preocupe por el aspecto de su casa?

Rose se quedó pensativa. Dicho en voz alta, no parecía tan extraño. Pero no se podía imaginar a Will Carter sentado ante una docena de muestrarios, eligiendo papel para las paredes y telas.

Se acercó al cuarto de baño y asomó la cabeza. Todo era blanco, con toallas amarillas, combinando a la perfección.

—Está bien, tal vez no.

Will inclinó la cabeza como si se alegrara de haber ganado la discusión.

—¿Qué te parece si te pones cómoda y nos vemos dentro de un rato abajo? ¿Hay algo que no te guste, tienes alguna alergia?

Ella negó con la cabeza.

—Te contaré un secreto. Soy una mujer con gustos muy sencillos. Me encanta el pollo, cocinado de todas las maneras.

Will parecía aliviado.

—Estupendo —dijo, y miró por la ventana—. ¿Te apetece que cenemos fuera? Podemos sentarnos en el patio que tiene vistas a los

jardines y al lago.

Rose sintió un pellizco en el estómago. Aquello parecía más una cita que una reunión de trabajo. Y aunque no estaba bien, aunque ya le había dicho a Will que nunca sentiría nada por él, le resultaba halagador.

Los últimos años habían sido difíciles. Ya no salía tanto como antes. Siempre le había gustado flirtear y tener citas. En cuanto se cansaba de un chico, salía con el siguiente, sin que ninguna relación fuera en serio.

Pero todo había cambiado después de la muerte de Autumn. Habían sido amigas durante unos años y solían salir juntas. Cuando Rose se había marchado de aquella fiesta con el hombre de turno, había asumido que Autumn estaría bien. Una presunción equivocada. Aunque Rose nunca tonteaba con las drogas, sabía que su amiga lo hacía de vez en cuando. Autumn era independiente y tenía un fuerte carácter. Conseguir que lo dejara había sido imposible, pero Rose todavía se sentía culpable. Si se hubiera quedado allí, no habría aparecido en una esquina, sin respiración. Habría podido llamar a una ambulancia y hacer algo.

En vez de eso, había recibido una llamada de su padre unas horas más tarde preguntándole dónde estaba y si estaba bien. Rose había sabido al momento que algo no iba bien. Sus padres eran muy liberales y en cuanto sus hijas habían cumplido veintiún años, habían podido hacer lo que habían querido. A la edad de veintiún años, debería haber sido más sensata. Nunca se había olvidado de la expresión de su padre cuando había llegado en taxi a Huntingdon Hall. La había esperado en la puerta, mientras su madre aguardaba dentro de casa para darle la noticia.

Las muertes por drogas eran siempre recogidas por la prensa. Y Rose se había encontrado involuntariamente en todos los titulares:

La hija de una estrella de la canción en una fiesta con drogas. Una amiga de Rose Huntingdon-Cross muere por sobredosis.

Después del funeral, no había esperado para salir del país. Ocuparse de las relaciones públicas era lo último que le había apetecido, pero complementaba el trabajo que hacía para la banda de su padre. Había aprendido con quién hablar, a quién evitar y a quién amenazar con demandas, todas las habilidades necesarias para moverse en ese mundo.

Esas mismas habilidades eran las que iba a tener que emplear para ayudar a Will Carter a conseguir lo que quería. Tan solo esperaba que escuchara la explicación de lo que quería hacer.

—Será un placer cenar fuera, gracias. Dame una hora para cambiarme.

Will asintió antes de salir y cerró la puerta tras de sí. Rose se quedó mirando el lago en dirección hacia la isla y se frotó los brazos. Había algo en aquel lugar y no estaba dispuesta a volver a poner un pie allí con Will Carter.

—La hermana de Violet, es la hermana de Violet.

Will no dejó de repetir aquellas palabras mientras recorría el pasillo. Si seguía recordándose que podía poner en peligro la relación con su mejor amiga si se aventuraba demasiado, quizá acabara convenciéndose. Tenía que hacer algo porque en aquel momento lo único en lo que podía pensar era en ese beso, en la suavidad de su pelo, en su piel sedosa…

Tenía que detener aquello. Violet le había hecho una advertencia y ella le conocía mejor de lo que él se conocía. Sabía que se enamoraría de la primera mujer guapa que se cruzara en su camino, fuera adecuada o no. Y desde luego que Rose no lo era.

Pero Rose no era como las demás. Nunca había llevado a sus prometidas a la isla porque ninguna de ellas había mostrado interés.

Tampoco había visto en ninguna la expresión de sus ojos al ver su casa. No tenía nada que ver con la riqueza o el esplendor, sino con que aquello fuera un hogar. Rose lo había apreciado y estaba agradecido por ello.

Bajó la amplia escalera hasta la cocina, en donde Judy, su ama de llaves y cocinera, lo estaba esperando.

—Pollo, cocínalo como quieras.

Ella asintió.

—Bueno, eso es fácil. ¿Quiere también algún postre?

Vaya, ni siquiera se lo había preguntado. Pero Judy lo conocía bien.

—¿Qué le parece una paulova de frutas? La preparé para ese futbolista que vino antes, pero ni siquiera la probó.

Will suspiró aliviado.

—Perfecto.

Miró a su alrededor. Como de costumbre, la cocina estaba impecable. Los empleados se tomaban muy en serio su trabajo. Tenía suerte de contar con ellos.

Judy empezó a sacar los ingredientes de la nevera.

—¿Quién es su invitado? ¿Alguien que yo conozca?

—No es nadie —contestó él sacudiendo la cabeza—. Es solo la hermana de Violet.

Judy lo miró interesado.

—¿Rose? He oído hablar mucho de ella a Violet, pero no la conozco. ¿Se parecen?

Will se quedó pensativo sin saber qué contestar. Con Violet, nunca había sentido que la sangre le hervía en las venas como con Rose.

—Sí, se parecen, pero son completamente diferentes —contestó rápidamente.

Judy asintió con la cabeza mientras empezaba a cortar la verdura en la tabla de madera.

—Estoy deseando conocerla. La cena estará preparada en poco más de media hora. Avíseme cuando estén listos —dijo, y le guiñó el ojo a Will como solía hacer.

Era como si pudiera leerle la mente y supiera lo que realmente estaba pensando.

Negocios, aquello era únicamente negocios. Si no lo olvidaba, todo iría bien. Trató de contener el escalofrío de su espalda. Escribiría una lista con todas las cosas que Rose necesitaba organizar para la boda, eso era lo que haría.

Cualquier cosa con tal de mantener su objetivo.

Rose estaba acostumbrada a los lujos. En la casa de su familia no escatimaban en nada. El castillo Hawksley había sido algo completamente diferente, pero aquel sitio, Gideon Hall, añadía una nueva dimensión.

No era tan grande como Huntingdon Hall, pero tenía más terreno alrededor. Will tenía muy buen gusto. Los muebles eran cómodos y estilosos.

Terminó de secarse el pelo y abrió la maleta para buscar más ropa. No tardó mucho en sacar ropa interior limpia y un vestido azul hasta la rodilla. Aunque el sol ya caía, seguía haciendo calor y lo último que le apetecía era sentirse acalorada cerca de Will Carter.

Se puso un poco de perfume, dedicó un par de minutos a maquillarse y se calzó unas sandalias planas doradas.

Cuando bajó la escalera de Gideon Hall, se sentía una mujer nueva. Era increíble lo que una ducha y ropa limpia podían conseguir. Will estaba junto a la puerta de la gran cocina.

—Rose, ven que te presente a Judy. Nos ha preparado la cena.

Rose entró en la cocina y tendió la mano a Judy.

—Es un placer conocerla. Espero que no la hayamos hecho trabajar demasiado.

Judy se acercó y le estrechó la mano.

—Se parece mucho a su hermana. Es increíble. ¿Alguna vez las han confundido?

Will percibió una ligera mueca en el rostro de Rose. Seguramente había oído muchas veces aquel comentario en sus veintisiete años de vida. Por lo que había visto en la mayoría de las fotos de Violet y Rose, siempre habían intentado diferenciarse.

Rose se tocó su larga y lisa melena.

—No es nuestra intención parecernos tanto. Llevo viviendo en los Estados Unidos los últimos años. Siempre hemos procurado llevar estilos diferentes. Si yo llevaba el pelo corto, ella lo llevaba más largo. Si una se lo aclaraba, la otra se lo oscurecía —dijo, y se encogió de hombros mientras jugueteaba con un mechón de pelo—. Tengo que hacer algo para cambiar esto.

—Ni se te ocurra.

Aquellas palabras escaparon de su boca antes de que pudiera evitarlo y las dos cabezas se volvieron hacia él con una expresión de asombro en sus rostros. Will tragó saliva y se esforzó en sonreír.

—Era una broma —añadió rápidamente—. ¿Quieres que tomemos vino? ¿Prefieres blanco o tinto?

—Blanco y espumoso si tienes.

Las mujeres intercambiaron una mirada mientras Will merodeaba por la cocina. ¿Dónde estaba el vino cuando se necesitaba?

Judy sacó el pollo del horno y el aroma del asado, con los tomates

y los pimientos verdes, invadió la cocina.

—Huele muy bien —dijo Rose—. ¿Puedo hacer algo para ayudar?

Judy agitó la mano en el aire.

—Está todo listo. Denme dos minutos y lo serviré para que cenen fuera. Los cubiertos y las servilletas están puestos.

Por fin encontró una botella de vino y la abrió antes de sacar un par de copas. Rose lo esperó con dos platos llenos de comida caliente en las manos.

—Indíqueme el camino, señor Carter. Espero que esté preparado para la reunión que vamos a celebrar.

Will no pudo evitar sonreír mientras la conducía por la casa hasta atravesar la amplia puerta que daba al exterior desde el comedor. La mesa estaba puesta en el patio que daba a los jardines y al lago. Sirvió el vino y se sentó frente a ella antes de levantar la copa.

—Por las interesantes compañías de cama.

Ella sonrió y chocó su copa.

—Por las cosas que sirven como armas.

Aquello no fue una buena idea. Rose lo supo desde el momento en que brindaron con sus copas y sintió el vino bajando por la garganta. ¿Cuántas veces antes habría hecho lo mismo? ¿Cuántas veces habría cenado con una mujer mirando hacia los jardines? La casa era espectacular, la comida que había preparado Judy, deliciosa, y Will la miraba con aquel brillo en los ojos.

—Toma, te he preparado una lista —dijo él, sacando un trozo de papel del bolsillo.

—¿Una lista de qué?

Rose tomó el papel y leyó lo que había escrito bajo el titular de Preparativos de boda. Luego, se mordió el interior del carrillo para evitar reírse.

—¿Cómo? ¿Acaso tienes un listado ya preparado, listo para usarlo?

—Ya está bien —dijo él frunciendo el ceño y apuntándola con el tenedor—. Si quieres que te ayude, vas a tener que dejar de hacer bromas sobre bodas. Pensé que lo necesitarías para esa libreta negra que tienes.

Rose ladeó la cabeza mientras levantaba la copa.

—Eres un aguafiestas.

Will se llevó una mano a la cabeza y fingió dolor.

—Creo que ya me has hecho sufrir demasiado.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir así?

Él no pudo evitar sonreír.

—A ver. Los puntos se caerán dentro de siete días, así que al menos hasta entonces.

—Como encuentre otro jarrón, volveré a rompértelo en la cabeza.

Will se reclinó sobre la mesa y sonrió.

—Adelante, Rose, me parece justo.

Rose no pudo evitar sonreír. Incluso cuando se enfadaba,

Will Carter estaba muy guapo y sexy. Se terminó el pollo y volvió a leer la lista.

—¿Por qué algunos apartados tienen una marca?

Will se echó hacia atrás en la silla y empezó a contar con los dedos.

—Rose, no sabes lo fácil que lo tienes. Lo mejor: el sitio. Tus padres ya han dicho que quieren celebrarlo en Huntingdon Hall. Aun así, tienes que tomar las medidas para encargar las carpas.

Rose tragó saliva. ¿Dónde demonios iba a encontrar una de aquellas enormes carpas para cobijar a los invitados a la boda? Quedaban menos de cuatro semanas e iban camino del verano.

—Creo que voy a necesitar un poco más de vino —dijo ella alzando la copa—. ¿Qué más?

Will siguió contando con los dedos.

—Tienes fotógrafo. ¿Para qué encargarle las fotos a alguien teniendo a Daisy?

Ella asintió.

—Pero ¿y las fotos en las que queramos que aparezca Daisy?

—¿No tiene un ayudante?

—No estoy segura, se lo preguntaré.

—Para las flores, no hace falta decir que Violet se puede ocupar, aunque eso suponga tener que levantarse a las tres de la mañana para ir a un mercado de flores.

Rose volvió a asentir. Violet haría lo necesario para conseguir lo que su madre quisiera para ese día. A Sherry le gustaban las flores exóticas.

—Entonces, ¿qué nos queda?

Will tomó un sorbo de vino.

—La banda, el oficiante, el catering, la decoración, los regalos de boda y las bebidas —contestó arrugando la nariz—. ¿Crees que hará falta alguien que se ocupe de entretener a los niños? ¿Y coches? Ah, no, que van a casarse en su casa.

Rose empezó a sentir un nudo en el estómago. Will acababa de decirle que lo tenía muy fácil, pero no se lo parecía.

—Tengo el presentimiento de que mis padres querrán hacer una entrada. Probablemente saldrán por detrás para volver a entrar por la puerta principal ante los invitados. —Entonces, ¿vas a necesitar coches?

Rose tomó el bolígrafo que había sobre la mesa y tachó la palabra «Coches».

—Claro que no. ¡Con todos los coches que tiene mi padre en el garaje! Entre los que mi madre conoce y los que no, hay suficiente donde elegir para que hagan su aparición. Seguro que en eso no hay problema.

Will soltó una carcajada.

—Tienes mucho que aprender en muy poco tiempo —dijo, y rozó accidentalmente la mano de Rose—. ¿De verdad estás preparada para esto?

A Rose se le quedó la lengua pegada al paladar. Tenía la boca muy seca. Una docena de pequeños ciempiés acababan de invadir su cuerpo y subían por su brazo hacia su agitado corazón.

¿Qué demonios le pasaba? Había tenido muchas citas y unas cuantas relaciones, pero nunca antes había tenido aquella sensación tan inquietante. Siempre había pensado que aquellas cosas eran tonterías. Era como si su cuerpo estuviera diciéndole algo.

Al arreglarse, no se había preocupado de qué ponerse.

Pero, de repente, el vestido le parecía demasiado revelador. Podía sentir su mirada en sus curvas, siguiendo el contorno de sus caderas y

de sus pechos. Se sentó un poco más erguida.

Su cabeza intentaba contener las reacciones de su cuerpo. Aquel hombre no era para ella.

¿Estaba preparada para aquello? En absoluto.

Will no sabía muy bien lo que estaba pasando. Él mismo se había metido en la boca del lobo en sus últimas cuatro relaciones; se había dejado llevar por la pasión.

Pero aquello era algo completamente diferente. Lo único que deseaba era abalanzarse sobre la mesa y besarla. El sol había empezado a ponerse, perfilando su cuerpo y su perfecta melena rubia. Aquella luz hacía destacar su piel sedosa y sus labios.

Aquel pensamiento hizo que se humedeciera los labios y sintió que todavía podía saborearla. Apartó la mano de la suya y se llevó la copa a los labios. Parecía que a los dos se les había quedado seca la boca.

Intentó concentrarse en la lista. No debía dejar de repetirse que estaba fuera de su alcance.

Su mirada recorrió el papel. Nada como un listado de preparativos de boda para calmar su libido.

—¿Qué me dices del catering? ¿Ya sabes a quién se lo vas a encargar?

Rose se revolvió en su asiento. Era como si su cabeza estuviera dando vueltas en círculos por las mismas nubes que él. Al menos, eso era lo que esperaba.

—Ah, no. Eso va a ser una pesadilla. Mis padres son muy especiales para las comidas.

—¿No puedes pedir algún favor?

—Ya he pedido favores para la gira. Y solo para atender a los cinco miembros de la banda. Todavía no sabemos a cuánta gente van a invitar, pero te aseguro que no serán cinco.

Will frunció el ceño.

—Hay poco tiempo. Siento decirte que tendrás que conformarte con lo que encuentres.

—No digas eso.

Rose apoyó la cabeza en la mesa y su pelo rubio cayó hacia

delante. Él sonrió. Parecía una mujer tranquila, pero llegado el momento se ponía muy dramática.

—Hay un encuentro empresarial en el auditorio Newbridge el lunes y suelen acudir muchas empresas de catering para darse a conocer.

Rose levantó un poco la cabeza, lo suficiente para que se entreviera un ojo entre los mechones de su pelo.

—Preparar la comida para un encuentro empresarial es muy distinto que hacerlo para una boda.

—Te sorprendería el nivel de los cocineros. Pero el problema puede ser el número de invitados. Además, tendrás que tener alguna idea del menú. ¿Sabes lo que les gusta?

—Esa pregunta es sencilla. A mi madre le gusta el pollo y a mi padre la carne.

—No hay ninguna duda de que eres hija de tu madre.

Rose se enderezó en el asiento.

—Sí, supongo que sí, aunque me parezco más a mi padre —comentó tomando un lápiz—. El postre tendrá que ser algo de chocolate para mi madre y para mi padre, cualquier cosa con fresas o frambuesas —añadió, y siguió leyendo la lista—. «Globos, fundas para las sillas, recuerdos para los invitados, tarta de boda, entremeses…». ¡No puedo hacer todo esto!

Will la tomó de la mano y tiró de ella. Rose apenas tuvo tiempo de pensar antes de que la hiciera sentarse en sus rodillas y la rodeara con el brazo por la cintura.

—Te estoy ayudando. Ese era el trato. Ya verás, el lunes por la tarde tendremos catering y el martes habremos resuelto el tema de las fundas de las sillas, los globos y los recuerdos. Teniendo dinero, se puede conseguir lo que quieras.

Will se puso de pie y la hizo girar entre sus brazos. Luego le acarició la mejilla, tratando de no recrearse en aquel gesto.

—Rose, deja de preocuparte. Ya te he dicho que lo más importante lo tienes.

De manera instintiva, Rose se había abrazado a su cintura. Sus dedos presionaban suavemente por encima de la camisa. Will deseó que siguieran moviéndose y recorrieran su espalda. Deseaba sentirlas subiendo por el pecho hasta el cuello. Si se acercara un poco más…

Rose lo observaba fijamente con sus grandes ojos azules y Will

sintió que se quedaba sin respiración. Nunca antes la había visto tan guapa y, por un instante, estuvo seguro de que lo estaba mirando de la misma manera que él la miraba.

Pero de repente ella apartó la vista. Era como si algo se le hubiera pasado por la cabeza.

—Sabes mucho de este tema, ¿verdad?

Ella dejó caer las manos y dio un paso atrás.

¿Qué acababa de pasar?

—Tranquila, siéntate. Iré a por la paulova de frutas y a por el café. Luego cuéntame qué ideas tienes para dar a conocer la fundación de los sin techo. Es lo que habíamos acordado, ¿no?

Will recogió los platos y volvió sonriendo al interior de la casa. Una vez dentro, se detuvo y recostó la cabeza en la fría pared del pasillo. ¿En qué estaba pensando?

Iba a tener que colgarle un cartel en la cabeza de No tocar, porque si no lo hacía iba a meterse en un buen lío.

La paulova tenía un aspecto magnífico, con varias capas de merengue, nata y rodajas de fresas, frambuesas y kiwi. Aquello, seguido del olor a café recién hecho, la obligó a hacer sitio en el estómago.

Había recuperado la calma. Había aprovechado los pocos minutos de ausencia de Will para recuperar la compostura. Una rápida visita al cuarto de baño para lavarse la cara con agua fría le había servido para refrescarse, aunque no le había servido para calmar los latidos de su corazón.

Pero al menos, había recuperado el control. Will estaba de vuelta con su habitual simpatía. Había desaparecido de sus ojos aquella mirada insinuante.

—¿Qué tienes pensado para la publicidad?

Su voz sonó calmada. Había llegado el momento de descubrir si de verdad lo estaba. Saboreó un bocado de paulova y dejó el tenedor.

—La idea, Will, eres tú —dijo como si fuera lo más evidente del mundo.

—¿Cómo? —preguntó él arrugando la nariz.

—Hasta que no me lo has contado, no tenía ni idea de tu

vinculación con esa asociación. Y entonces me pregunté por qué no lo sabía, teniendo en cuenta que la prensa habla mucho de ti.

—Pero siempre se refieren al asunto de las bodas, a temas personales. Eso no les interesa.

Ella sacudió la cabeza y se inclinó hacia él. No parecía estarla entendiendo.

—Eso es, Will, lo que les interesa eres tú. La gente quiere saber de ti. Te adoran. Tu fama como Novio a la Fuga te precede y es hora de que la uses en tu propio beneficio.

—No, no estoy de acuerdo —intervino él frunciendo el ceño—. Odio ese asunto. ¿Cómo puede ayudar a una organización para los sin techo el hecho de que se me conozca como Novio a la Fuga?

Ella respiró hondo. Era evidente que iba a tener que convencerlo.

—¿Has visto esos programas de televisión en los que la gente llama para votar?

—¿Te refieres a esos concursos para convertirse en estrellas de la canción?

—Exacto. Los periódicos hacen lo mismo. Organizan votaciones para elegir las series favoritas, las mejores modelos…

—Sigo sin entenderlo. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Vamos a hacer algo parecido contigo —dijo Rose, y esbozó su sonrisa más diplomática.

—¿Para qué demonios iba alguien a votarme?

—A la gente le caes bien y disfrutaría viendo al Novio a la Fuga pasando apuros. Podríamos proponer una serie de pruebas y pedir al público que eligiera por votación una, la que quisiera que hicieras. Así se recaudarían fondos y la organización para los sin techo se daría a conocer.

—¿Por qué demonios iba a interesarle eso a la gente?

—Porque habría cuatro opciones, cada una propuesta por una de tus exnovias.

—¿Cómo?

Rose continuó rápidamente antes de que Will tuviera demasiado tiempo para pensar.

—Piénsalo un momento. Apuesto a que alguna todavía quiere vengarse de ti. Seguramente estarán encantadas de proponer esos

retos. Por lo que me has contado, a todas tus ex les gustaba aparecer en la prensa. Si las convenzo de que es una manera de vengarse de ti a la vez que se recauda dinero para una causa benéfica, estoy segura de que querrán participar. Y lo que es mejor, la prensa estará encantada.

Will no había dejado de negar con la cabeza desde el segundo en que había comenzado a hablar. Su rostro cada vez estaba más congestionado, como si estuviera enfadado.

—Tienes que estar bromeando. ¿Esta es tu idea?

Ella se revolvió en su asiento.

—Si te tomaras un momento para considerarlo…

Will se puso de pie bruscamente y la silla cayó hacia atrás.

—¿Tomarme un momento para considerar ser humillado delante de millones de personas? ¿Hacer que la gente hable de mí en vez de en un fin benéfico? Ni que estuviera loco.

Rose se mantuvo imperturbable. Se llevó la taza a los labios y dio un sorbo de café, como si estuviera acostumbrada a que la gritaran a diario, cosa que no era rara en Nueva York.

—Sí, deberías pensarlo. A la gente le interesaría saber por qué lo haces. ¿Por qué razón el soltero más deseado del mundo está dispuesto a ser humillado públicamente? Eso les haría interesarse por la fundación para los sin techo.

Will tenía los puños apretados sobre la mesa y por la tensión que se adivinaba en su mentón, estaba muy enfadado. Pero después de unos minutos, su respiración se volvió más calmada y la congestión de su rostro desapareció. Rose permaneció sentada, contemplando las vistas mientras se tomaba el café.

Aquella era la solución perfecta. Desde el principio había sabido que no le gustaría, pero, si estaba tan comprometido con la causa como parecía, se daría cuenta de que podía funcionar.

Will se dio la vuelta y levantó la silla. Después de unos segundos, se sentó y apoyó el rostro entre las manos.

Paciencia. A los hombres había que dejarlos tranquilos para pensar. En pocos días, Will Carter estaría convencido de que la idea había sido suya.

Él levantó un poco la cabeza y sus ojos azules se clavaron en ella.

—¿De veras crees que esto puede funcionar?

Ella asintió lentamente.

—Creo que es una idea mucho mejor que soportar a ese futbolista. Sabes que será un desastre.

Will gruñó y se recostó en su asiento.

—Lo sé, pero a la gente le gusta aunque sea un idiota.

Ella sonrió.

—No, Will. A la gente le gustas tú.

Él seguía mostrándose escéptico.

—¿De veras crees que puedes convencer a mis ex para que participen?

Rose se mordió el labio inferior.

—Si se lo vendo bien, estarán encantadas. No hay nada como una mujer herida.

—Nunca fue mi intención herirlas. Puede que esto les haga revivir los malos recuerdos.

—Precisamente, son esos malos recuerdos lo que necesitamos. De esa manera se les ocurrirán retos que harán que el público descuelgue el teléfono y vote por ellos.

Aunque la idea no era del todo de su agrado, la realidad era que, si Will quería publicidad para su fundación en poco tiempo, esa era la manera de obtenerla.

Will empezó a dar vueltas por la habitación, valorando los pros y los contras.

—No sé. Dos de mis ex no pondrán pegas. Ya lo han superado y están casadas. Las dos me dijeron que se alegraban de que lo nuestro no resultara. Tuvieron su final feliz con otra persona —dijo, y esbozó una triste sonrisa—. Otra se ha convertido en centro de atención mediática y le agradará tener más publicidad. Echando la vista atrás, creo que por eso empezó a salir conmigo. Pero ¿la cuarta? No sé.

—¿Es a la que dejaste plantada en el altar?

—Melissa fue mi segunda novia. Todavía me siento fatal. No lo ha asumido bien y sigue odiándome.

—Quizá esta sea la manera de que lo supere.

—No lo sé —dijo él, y sacó el teléfono.

—¿Qué haces?

—Voy a hablar con Violet.

Por alguna razón, sintió que le daba un vuelco el corazón, lo cual era ridículo. Violet era su mejor amiga. Era normal que quisiera hablar con ella. Pero no pudo evitar que se le encogiera el estómago.

Nunca antes se había sentido así, ni había tenido celos de su hermana. Estaban muy unidas y siempre se apoyaban. Nunca habían tenido una discusión seria, tan solo las habituales rencillas entre hermanas. Pero de repente sentía celos de la relación que había entre Violet y Will. Él confiaba en ella y valoraba su opinión. Era como si necesitara su consejo.

La llamada apenas duró un minuto y la hizo delante de ella. Podía oír las carcajadas de Violet al otro lado de la línea.

—Es una idea perfecta. A la prensa le entusiasmará. ¡Ya te dije que mi hermana era un genio!

Un sentimiento de culpabilidad la invadió y comenzaron a arderle las mejillas. Violet siempre la había apoyado, incluso en las circunstancias más difíciles.

Will la miró con una expresión de inseguridad. Rose permaneció callada. No había nada que pudiera decirle a esas alturas para convencerlo. Tenía que hacerlo él solo y llegar a aquella conclusión por sí mismo.

Ella se levantó y le tendió la mano.

—Gracias por una velada tan agradable, Will. Estoy cansada. Creo que me iré a la cama. Supongo que te encuentras bien del golpe en la cabeza y que mañana podré irme a mi casa.

Él se quedó mirando su mano unos segundos. Resultaba extraña aquella formalidad entre dos personas que ya se habían besado. Pero se acercó y se la estrechó.

Rose sintió de nuevo aquel cosquilleo subiéndole por el brazo. Por mucho que intentara convencerse, no era su imaginación. Su mano era cálida y firme.

Era la primera vez que estando con Will, no le veía tan seguro de sí mismo. La forma de publicidad que le había sugerido, lo había incomodado.

—Gracias, Rose.

Ella se dio la vuelta para volver a la casa. Tenía una sensación extraña. Prefería cuando la relación entre ellos era relajada e insinuante. Por mucho que le costara admitirlo, estar con Will Carter era mucho más interesante de lo que se había imaginado.

La cabeza le decía una cosa y todas las hormonas femeninas de su cuerpo la contraria. Era agotador. Pero sentía curiosidad por ver a dónde la llevaría aquello.

—¿Rose?

Se giró al oír su voz. Por un instante, se le paró el corazón.

—Recuerda que el lunes es el encuentro empresarial.

Encontraremos una empresa de catering, ya lo verás.

—Claro —dijo, confiando en que no resultara evidente su desilusión—. Gracias.

Se dio media vuelta y aceleró sus pasos de regreso a la casa.

El lunes quedaba muy lejos.

Capítulo 5

Violet y Rose esperaban impacientes en la chaise longue. Su madre estaba haciendo lo habitual: tenerlas esperando.

—¿Tienes tu teléfono para mandarle un mensaje a Daisy? —preguntó Violet.

—Nada de fotos —gritó su madre desde la habitación de al lado—. No quiero que haya la más mínima posibilidad de que se entere la prensa.

Ambas hermanas se miraron haciendo una mueca. Sherry ya se había probado once vestidos de varios diseñadores amigos. Ninguno de ellos la había convencido.

—¿Te ha dicho cómo quiere las flores? —susurró Rose.

—He prometido mantener el secreto y no voy a decir nada.

—A mí puedes contármelo.

Violet sacudió la cabeza.

—Ni siquiera a ti.

—Tienes que estar de broma. Después de lo que me ha caído, ¿no puedes contarme cómo son las flores?

Violet se encogió de hombros. Estaba acostumbrada a las intrigas de su madre, aunque no pensaba que mereciera la pena tanto secretismo.

—¿Cómo van las cosas entre mi mejor amigo y tú? —preguntó mirándola divertida.

Rose sintió que se le erizaba el vello de la nuca y se puso a la defensiva.

—¿A qué te refieres?

—¿Ya le has besado?

—¿Cómo? ¿Por qué demonios me preguntas eso?

—Porque es Will Carter. Es encantador, adorable y a todo el mundo le cae bien —respondió Violet arqueando las cejas—. Además, no os conocíais. Y no creas que no me di cuenta ayer de que hay química entre vosotros.

Rose estaba molesta.

—¿Química? No hay ninguna química. Se metió en mi cama y le rompí un jarrón en la cabeza. ¿Eso es química?

—Pero ayer estuviste todo el día con él y has pasado la noche en su casa.

Si supiera que había pasado toda la noche dando vueltas en su cama de Gideon Hall preguntándose si Will aparecería… Había sido un pensamiento ridículo que solo le había servido para enfadarse cada vez más según avanzaban las horas.

—No ha pasado nada, absolutamente nada. Sabes perfectamente por qué tuve que quedarme allí, porque tú no quisiste ayudarme.

—Vaya, esta chica protesta demasiado —bromeó Violet—. Ten cuidado o caerás en sus redes.

Rose respiró hondo, dispuesta a estallar en cólera, pero no llegó tan lejos.

—¿Qué os parece este?

La voz de su madre se quebró al girarse para que la miraran.

Sherry Huntingdon seguía conservando su silueta de modelo y su melena dorada. Aparentaba quince años menos de los que tenía.

Rose se llevó la mano a los labios.

—Me gusta este, mamá. Es perfecto.

Violet se puso de pie y se acercó a tocar la tela. El vestido era de raso con detalles en pedrería y cola de sirena. Le sentaba como un guante y resaltaba cada una de sus curvas.

—¿De veras te lo parece? —preguntó quebrándosele la voz.

Estaba emocionada. Era el vestido perfecto para la boda perfecta.

—Me encanta, mamá —contestó Rose con orgullo.

Su madre estaba más guapa que nunca.

—¿Con velo o sin él?

—Sin velo —contestaron sus hijas al unísono.

Luego se miraron y rompieron a reír.

Su madre se quedó pensativa unos instantes antes de mostrarles un vestido colgado de una percha. Era de un color azul brillante, con los hombros al descubierto, el cuerpo entallado con un broche justo debajo del pecho y la falda suelta hasta el suelo.

—Os he elegido este vestido para las tres, aunque cada una tendrá que elegir el color. ¿Os parece que le sentará bien a Daisy? No quiero que su embarazo destaque.

Rose asintió.

—Me gusta —dijo agitando suavemente la tela de un lado a otro—. ¿Qué color quieres, Violet?

—Rojo o morado. ¿Y tú?

—Me gusta este azul. ¿Podemos llevar joyas de colores? ¿Pensáis que a Daisy le gustará el verde esmeralda?

—No veo por qué no. Los colores alegres sientan bien.

Violet intercambió una mirada con su madre. Era evidente que algo se le estaba pasando por la cabeza. Rose sintió curiosidad. ¿Qué estaban tramando?

—Ya hablaremos más tarde de colores —dijo Sherry antes de darse la vuelta—. ¿Me puede alguien bajar la cremallera para echar un vistazo a los tocados?

Rose estaba agotada. El día anterior, su madre había elegido su vestido y el de sus hijas, y se habían probado un montón de accesorios. Y eso había sido solo para el vestido.

Había mandado correos electrónicos a varias empresas de catering y no había recibido ninguna respuesta. Lo mismo le había ocurrido con los instaladores de carpas y estaba empezando a sentir pánico. Por suerte, las cosas mejorarían con Will ese día.

Según le había asegurado, mientras estuviera dispuesta a pagar cualquier precio, encontrarían a alguien.

Cambió el peso de una pierna a otra y jugueteó con un pendiente mientras esperaba a que llegara. Dos minutos más tarde, oyó un coche que se detenía en el camino de entrada. Will apareció en un coche idéntico al de su padre, solo que en plata. Ella se quedó sorprendida mirándolo mientras salía del coche y lo rodeaba para abrirle la puerta.

—¿Qué? —preguntó él sonriendo—. ¿Acaso pensabas que tu padre era el único que tenía uno de estos?

Rose se subió.

—Suponía que tendrías un coche más moderno, más ecológico.

Le gustaba el detalle de que le abriera la puerta del coche.

—Calidad y clase —replicó él, y volvió a su sitio—. Tuve que esperar varios años para poderme comprar este coche. Ahora que ya lo tengo, disfruto conduciéndolo.

Rose se fijó en los puntos de su frente. La hinchazón había bajado.

—¿Qué tal tu cabeza? ¿Te duele?

—¿Te preocupa después de dos días? —preguntó él en tono burlón, antes de acercarse—. Me pica. Anoche pensé que iba a tener que ponerme unos guantes para evitar rascarme mientras dormía.

—¿No hay alguna crema que te calme el picor?

Él sacudió la cabeza mientras aceleraba por la carretera rural en dirección a la autopista.

—No puedo ni tocármelo, así que de rascarme ni hablar.

De nuevo, Rose notó aquel pellizco en el estómago por sentirse culpable.

—¿De verdad crees que encontraremos una empresa de catering? Estoy empezando a preocuparme. He contactado con unas cuantas y todavía no me han contestado.

Él asintió mientras tomaban la autopista.

—Cero que daremos con alguna. Espero que tengas hambre.

—¿Por qué?

—Porque todas tienen un puesto y estarán cocinando para dar a probar su comida. Servir el catering en un evento es un buen negocio. Supone mucho dinero.

—¿De veras vamos a probar la comida?

Él sonrió.

—Sí, te lo garantizo. No querrás volver a comer en una semana.

Ella suspiró y se acomodó en el asiento de cuero mientras empezaban a mezclarse con el tráfico.

—Es una pena que no podamos clonar a Judy para que prepare la comida. El pollo de la otra noche estaba buenísimo.

—Es estupenda. Y no, no puedes tenerla, es mi arma secreta.

Ella se revolvió en su asiento.

—¿Has pensado en lo que te propuse?

De pronto advirtió que sus nudillos se aferraban al volante y empezaban a blanquear.

—Ya hablaremos de eso más tarde.

Se inclinó hacia delante y encendió la radio. Era evidente que la conversación había concluido. Rose se volvió para mirar por la ventanilla. Seguía dando vueltas a algunos asuntos en su cabeza. Tenía que hablar con Will acerca de las carpas. Se estaban convirtiendo en un gran problema. Si pudiera encontrar una empresa de catering, podría tachar otro punto de su lista. Ya solo le quedaría ocuparse de encontrar los regalos para los invitados a la boda y de la decoración de las mesas.

Will puso el intermitente y salió de la autopista en dirección al centro de convenciones. El aparcamiento ya estaba lleno, pero se dirigió directamente al servicio de aparcacoches de la entrada y se bajó. Rose no quería pensar en cuánto iba a costar aquello.

El centro de convenciones estaba lleno de gente con trajes de marca y zapatos italianos de piel. Rose reparó en la blusa blanca y en los pantalones beige que se había puesto.

—Deberías haberme advertido de que no estaba vestida para la ocasión. Me habría cambiado.

—Estás perfecta, no te preocupes —dijo él mirando el plano que tenía en la mano—. Por aquí, el pabellón C es donde están todas las empresas de catering. Vayamos para allá.

Era sin ninguna duda lo más concurrido. Will no lo dudó y se fue derecho al primer puesto y tomó un plato y un tenedor de plástico.

—Venga —susurró—, empecemos a probar. Si no te gusta, nos iremos al siguiente.

El olor a pollo y carne con especias estaba abriéndole el apetito. Tomó un bocado y lo degustó a la vez que Will. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se giró hacia él, conteniendo la risa.

Al cabo de unos segundos, la misma expresión apareció en el rostro de Will. Con un gesto le señaló hacia una mesa cercana en la que había una jarra de agua y vasos.

—¿Agua?

Ella asintió y lo siguió hasta la mesa. Tomó el vaso de agua que le había servido y lo vació de un trago.

—Creo que se han pasado con el picante.

Will se tomó un segundo vaso de agua.

—Vaya manera de empezar —dijo, y la tomó de la mano—. Vamos a buscar algo más suave.

Se acercaron a un puesto de comida italiana en el que había lasaña, espaguetis a la boloñesa y pollo arrabiata esperando para ser degustados.

—Está bueno —afirmó Rose después de probar la lasaña y los espaguetis—. Pero no creo que sea el menú más adecuado para la boda de mis padres.

Will asintió.

—Probemos más cosas.

Media hora más tarde habían probado comida china, india, sushi y varios platos tradicionales de la cocina inglesa. Rose seguía sin encontrar algo que de verdad le gustara y en su plato se amontonaba la comida.

Will le quitó el plato y lo tiró a un contenedor.

—Espera. Conozco a alguien que prepara una comida muy buena. Intentémoslo con él.

Caminó decidido sin soltarla de la mano. Rose sintió un cosquilleo subiendo por su brazo y tuvo una extraña sensación de arraigo. Inglaterra siempre había sido su hogar. Había vivido en Huntingdon Hall desde pequeña. Los tres años que llevaba viviendo en Nueva York le habían dado el espacio y la distancia que necesitaba.

Estar cerca de Will le estaba haciendo considerar las opciones que tenía. Su padre ya le había comentado que iba a tener que volver para la gira europea de su banda. Por mucho que le gustara Nueva York, estaba empezando a perder su atractivo. Asistir a la boda de Daisy le había hecho darse cuenta de lo mucho que echaba de menos su hogar. Además, su hermana iba a tener un bebé y el hecho de querer estar cerca de su sobrino o sobrina le hacía desear quedarse.

Will la guio hasta otro puesto.

—Hola, Frank. Te presento a mi amiga Rose HuntingdonCross. Estamos organizando una celebración para dentro de muy poco y necesitamos un catering.

Frank tendió la mano y estrechó la de Rose.

—Es un placer conocerte. Dime qué te apetece probar. Los amigos de Will son también mis amigos.

Rose sonrió. Aquel puesto prometía.

—Los gustos de mis padres son sencillos. A mi madre le gusta el pollo, a mi padre la carne, pero tienen que estar exquisitos. Cómo los cocines, es decisión tuya.

—Pollo y carne, mis dos platos ingleses favoritos. Dame un segundo.

Se puso en cuclillas detrás del mostrador y empezó a sacar platos.

—A ver, carne. Esto es solomillo y puede ir acompañado de salsa de carne, de pimienta o de whisky y champiñones. Esta es mi versión de carne stroganoff y esto un guiso tradicional. Luego tengo pollo con sidra, manzanas, champiñones y nata, pollo estofado con tomates y pimientos y el tradicional pollo Balmoral con morcilla escocesa y salsa de pimienta.

Los platos fueron apareciendo uno tras otro. Will sonrió. Aquel podía ser el tipo que estaban buscando. Rose fue probando plato tras plato, cada uno tan bueno como el anterior y suspiró al llegar al final del puesto.

Frank permanecía con los brazos cruzados.

—¿Qué tienes pensado para postre?

Rose se volvió hacia Will, que estaba probando el solomillo con salsa de champiñones.

—Si ya lo conocías, ¿cómo no le hemos llamado inmediatamente?

Will sonrió.

—Es mi arma secreta. Cada uno tiene sus gustos. Yo siempre cuento con Frank.

—El postre tiene que ser algo de chocolate y naranja para mi madre y algo de fresa o frambuesa para mi padre —comentó Rose, volviéndose hacia Frank.

—No hay problema —dijo desapareciendo de nuevo antes de llenar el mostrador de platos—. Tengo pastel de chocolate y naranja, paulova de frambuesa, pastel de queso con fresas, gateau de chocolate y cerezas y brazo de gitano de chocolate y frambuesas.

Rose abrió los ojos como platos.

—He muerto y acabo de llegar al paraíso. Todos, los quiero todos.

Rose tomó un tenedor y fue probando uno por uno todos los postres.

A Frank, la sonrisa le llegaba de oreja a oreja.

—¿Cuándo es la celebración? ¿El año que viene?

Rose tragó saliva y miró a Will en busca de ayuda.

—En cuatro semanas.

—¿Cómo? —preguntó Frank alzando la voz.

Will se acercó a Frank por el otro lado del mostrador y le rodeó los hombros con un brazo.

—Es algo muy importante, Frank. Y si te digo que el dinero no es problema, ¿ayudaría? Sus padres van a renovar sus votos matrimoniales. Tienen una cocina enorme de la que podrás disponer. Quizá hayas oído hablar de ellos: son el cantante de rock Rick Cross y la exmodelo Sherry Huntingdon. Va a ser la celebración del año. Todo el mundo se enterará de quién va a servir el catering.

Frank, que en un principio se había quedado pálido, fue tranquilizándose al oír la explicación de Will.

—Tengo reservas para los próximos dos años. Ocuparse de algo así no es ninguna tontería. Tendré que contratar más empleados y hacer algunos ajustes en las otras reservas sin alterar la calidad.

Rose sentía un nudo en el estómago. Las propuestas de Frank eran perfectas y se ajustaban tanto a los gustos de su madre como a los de su padre.

—Por favor, Frank, ¿puedes hacer un hueco en tu agenda? Tus platos son fantásticos. A mis padres les gustará mucho tu menú.

Él se quedó pensativo mientras pasaba las páginas de su agenda de reservas.

—Ese día lo tengo reservado para una reunión empresarial, no para una boda. Podré organizar un equipo para que se haga cargo. Pero necesitaré más empleados —dijo, y se quedó mirando a lo lejos—. También necesito ver la cocina antes de tomar una decisión.

Rose asintió. Estaba convencida de que la cocina cumpliría sus exigencias y, si necesitaba algo más, se lo proporcionaría.

—Cuando quieras, Frank. Solo tienes que decirme cuándo puedes ir a verla.

—Esto saldrá caro, eres consciente, ¿no?

Rose sacó una tarjeta de visita y se la entregó.

—He probado tu comida y me gusta. No te preocupes por los gastos. ¿Necesitas un adelanto? —dijo, y sacó una tarjeta de crédito.

—Todavía no he visto la cocina —contestó Frank, y riéndose, se volvió hacia Will—. ¿De dónde la has sacado? Es estupenda.

Rose sintió que se sonrojaba.

—No, no hay nada entre nosotros.

Frank guiñó un ojo.

—Eso es lo que dicen todos.

Will intentó romper la tensión del momento, pero su reacción inmediata fue rodearla con un brazo por los hombros y atraerla hacia él.

—Rose y yo solo somos buenos amigos. Estoy ayudándola a organizar la boda de sus padres y ella me está ayudando con la publicidad de la organización benéfica.

Frank volvió a mirarla. Esa vez lo hizo con respeto. Luego, alzó el puño y lo chocó con el de Will.

—Nos vemos el miércoles por la noche en el comedor social —dijo, y agitó la tarjeta—. Te llamaré más tarde para quedar a ir a ver la cocina, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. Muchas gracias.

Siguieron avanzando por los puestos y Will se detuvo ante uno de helados. Rose sentía la calidez de su brazo sobre los hombros. Debería apartarse, especialmente cuando no había motivo para estar tan cerca. Pero le agradaba.

—Se me olvidaba contártelo. El sábado se celebra una feria de bodas en un hotel cercano. ¿Por qué no vienes conmigo para resolver los últimos preparativos?

—No se me ocurre nada peor. Odio las ferias de bodas con todo mi corazón. He estado en más de las que recuerdo.

Ella sonrió.

—Bien, entonces no será un problema. Iré a buscarte a las diez.

—¿Irás a buscarme? —preguntó él arqueando las cejas.

—Intentaré ir en un coche discreto. Cuanto antes lleguemos, antes nos iremos.

—De acuerdo, me parece bien.

—No me habías contado que fueras voluntario en un albergue.

—¿Ah, no? Pensé que lo sabrías. Violet ha venido varias veces a ayudar. Voy una vez en semana, así mantengo contacto con la gente a la que ayudo. Algunas de sus historias te romperían el corazón —dijo, y se detuvo antes de girarse y tomarla por los hombros—. Es algo muy importante para mí.

—Lo sé.

Podía ver en su cara la preocupación.

—Por eso no estoy seguro de querer hacer lo que sugieres. Entiendo que es una buena idea, pero no quiero publicidad para mí, sino para ellos.

—Lo entiendo, de veras que lo entiendo —dijo ella dándole un apretón en el brazo—. ¿Te preocupan las pruebas que puedan proponer tus ex? Las cosas no siempre funcionan como nos gustaría, Will. Si así fuera, ninguna de esas personas se habría quedado sin hogar. Lo que te ofrezco es una manera de dar a conocer la fundación. Pero antes, necesitamos un gancho.

Él suspiró.

—Y el gancho soy yo.

El hombre que tenía ante ella ya no era el Novio a la Fuga, no era el que tantos titulares proporcionaba a la prensa. Era sincero. Estaba comprometido con una causa benéfica y quería luchar por ella. Había un aspecto de Will Carter que nadie conocía. Si antes pensaba que era encantador, no había contado con lo mucho que el verdadero Will podía afectar a su corazón.

—¿Te preocupan los retos que tus ex pueden proponer?

Él sacudió la cabeza y esbozó una triste sonrisa.

—Probablemente debería ser así, pero lo cierto es que eso es lo que menos me preocupa.

Alargó la mano y le pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. Fue un gesto natural, pero al sentir el roce de su dedo en la mejilla, volvió a la iglesia de la isla. Recordó sus labios junto a los suyos. De nuevo, el estallido de sus hormonas despertó extraños deseos en su cabeza.

Si se ponía de puntillas en aquel momento, sus narices se rozarían y sus labios volverían a tocarse.

Necesitaba volver a la realidad y solo había una manera de conseguirlo.

—Entonces hagámoslo. Tienes que darme detalles sobre quiénes son y cómo contactar con ellas. Déjamelo a mí. Sabré ocuparme de ellas.

Will apartó las manos de sus hombros y las dejó caer.

—Claro. A ver qué puedo hacer.

Luego, se dirigió hacia la salida. Rose esperó un segundo para

dejar que su corazón volviera a la normalidad. Se le encogió el estómago. Nada como escuchar directamente de sus exnovias todos los aspectos negativos de Will para hacerse una idea.

Capítulo 6

Will se despertó con un martilleo en la cabeza. Una feria de bodas era lo último que le apetecía. Ni los globos de helio ni las pequeñas botellas de whisky le agradaban.

Se puso su atuendo deportivo y se fue a correr, rodeando la casa y los jardines antes de continuar por el lago. El ejercicio físico siempre le resultaba terapéutico. Le ayudaba a quitarse las telarañas de la cabeza y a aclarar las cosas.

Pero las telarañas de aquella mañana tenían la forma de Rose y parecían dispuestas a permanecer a pesar de lo que hiciera.

Lo último que quería era defraudarla. Así que por mucho que lo odiara, pasaría el día hablando de regalos para invitados, fundas para sillas y globos.

Todo aquello debería hacerle salir corriendo en dirección contraria. Pero la idea de estar junto a Rose le resultaba tentadora. Por mucho que lo intentara, no encontraba la manera de quitarse a Rose Huntingdon-Cross del pensamiento. A pesar de los mensajes que su cabeza le enviaba, los de su cuerpo eran muy diferentes y llevaban la delantera.

Estaba llegando a la puerta principal cuando su teléfono vibró. Era un mensaje de Violet.

¿Qué haces hoy?

Un sentimiento de culpabilidad le provocó un nudo en el estómago. Antes de cambiar de opinión, le contestó.

Ayudar a Rose con los preparativos de la boda.

Se quedó a la espera de que Violet le contestara, pero no lo hizo y eso le hizo sentirse peor. Aunque solo habían pasado unos días, la había estado evitando. En cualquier momento lo llamaría para preguntarle qué estaba pasando. Entonces se vería en un aprieto.

Atravesó el vestíbulo, subió la escalera y se duchó en su habitación. Luego, de manera mecánica sacó un traje del armario, se quedó mirándolo y volvió a guardarlo. No era día de ponerse un traje. Lo último que quería era que lo tomaran por un novio a punto de casarse.

Buscó una camisa de manga corta y un pantalón informal antes de acercarse al centro médico para que la enfermera le quitara los puntos. A pesar de lo reciente de la herida, la mujer le aseguró que con el tiempo no le quedaría cicatriz, y volvió a tiempo de ver llegar a Rose a su casa.

—¿Te han quitado los puntos? —preguntó ella mientras Will se subía en su pequeño Mini.

Él asintió.

—Ya es oficial. Ahora soy Harry Potter y me llevo a todas las chicas de calle. ¿Alguna novedad? —preguntó al ver la libreta negra sobre su regazo.

Rose estaba tan impecable como de costumbre. Llevaba un vestido rosa y blanco estilo años cincuenta. Era recatado y no dejaba adivinar lo que había debajo, aunque él ya había visto y acariciado sus curvas. Sintió un cosquilleo en los dedos.

—¿Por qué te has vestido tan informal? —preguntó ella.

—¿Cómo? ¿Preferirías que me hubiera puesto un traje y que hubiera fingido ser un novio? ¿Crees que no tengo experiencia suficiente?

Ella frunció el ceño.

—Bueno, podía haber formado parte de nuestro disfraz. No sé si quiero contarle a la gente que estoy organizando la renovación de votos de mis padres. Todavía no han dado a conocer la noticia.

—¿Todavía no has comunicado la fecha a sus amigos?

No quería mostrarse crítico, pero se imaginaba que la mayoría de la lista de invitados de Rick y Sherry tendría una agenda apretada.

Rose iba concentrada en la carretera. Se la veía muy guapa conduciendo.

—Sí, ya lo he hecho, aunque hay unos cuantos a los que todavía no he localizado. Y son precisamente los que se llevarán un gran disgusto si se enteran por la prensa.

—Tampoco es para tanto.

—¿Cómo? —preguntó ella sorprendida ante aquel comentario.

—Esa gente es adulta. Si quieren información, que revisen sus correos electrónicos o sus contestadores. Odio la manera en que muchos famosos se comportan. Parecen un puñado de críos.

La escuchó tomar aire como si estuviera pensando qué decir.

¿Acaso la había ofendido? Violet era tan normal que había asumido que Sherry y Rick no se comportaban como otros famosos. Rose se estaba mordiendo el labio inferior.

—¿Estás enfadada?

—preguntó sin poder contenerse.

—No —respondió ella sacudiendo la cabeza—. Supongo que tienes razón. Será que estoy acostumbrada a tratar con este tipo de gente y ya me parece normal.

Tomó un desvío hacia una casa de campo. El camino ya estaba lleno de coches y Will se encogió en su asiento.

—Tengo un mal presentimiento.

Ella se rio y le dio una palmada.

—Vamos, venga. ¿Qué puede salir mal?

—Se ve que nunca has conocido a una panda de locas desesperadas por casarse.

Rose detuvo el coche. El aparcamiento estaba lleno y el tráfico estaba parado.

—¿Vas a aparcar aquí, en el camino de acceso?

Ella asintió y sonrió.

—¿Por qué no? En los próximos cinco minutos no quedará más remedio. Vamos.

Se bajó del coche y esperó a que Will la siguiera. Allí donde miraran había gente. La entrada estaba abarrotada, así que rodearon la mansión y entraron por la puerta de atrás. Will sacó dinero para pagar la entrada y tomó un folleto con el plano.

Rose sonreía divertida.

—¿Tienen planos estas cosas?

Él se rio y la rodeó con su brazo por los hombros.

—Permíteme introducirte en el mundo de las novias. Si pasamos el día aquí, te garantizo que en algún momento veremos a dos novias discutiendo.

—No me lo creo.

—Ya lo verás —replicó él, y miró el plano—. ¿Por dónde quieres empezar?

Arrugó la nariz y se apoyó en él, envolviéndolo con su aroma

fresco y floral. Era el olor que debía tener una mujer llamada Rose.

—No hace falta que veamos el desfile de vestidos de novia. Eso está resuelto. Vayamos hacia los regalos para los invitados. No tengo ni idea de qué debería elegir.

Will la guio a través de las distintas estancias de la mansión.

—Mucha gente se decanta por lo tradicional, botellas en miniatura de whisky para los hombres y una cajita de bombones para las mujeres. También son frecuentes los billetes de lotería.

Rose negó con la cabeza.

—No creo que a mi madre le gustara regalar billetes de lotería a sus invitados. Tiene que ser algo más personal que eso.

—¿Algo personal para unas doscientas personas?

—Más bien trescientas.

Recorrieron el salón a pesar de estar abarrotado. Algunas cosas eran bonitas, otras prácticas y otras simplemente estrafalarias. Rose se detuvo ante un puesto de chanclas de diferentes colores.

—¿Para qué son?

La chica que había al otro lado del mostrador le sonrió.

—Es nuestro producto estrella. Las chanclas son para las mujeres que llevan todo el día con zapatos de tacón y quieren pasar la noche bailando.

—Qué buena idea —exclamó Rose.

Luego, se acercó al siguiente puesto, que ofrecía libretas personalizadas con fotos del novio y la novia en la portada y pañuelos con la fecha de la boda bordada.

—No veo nada que me guste.

Will respiró hondo y percibió un aroma dulce. En un rincón había un mostrador de una de las tiendas más conocidas de Londres.

—¿Qué te parecen unos bombones?

Rose se acercó a ella.

—¿No están muy vistas las cajas de bombones?

—¿Y si les das un toque personal? Rellenos de fresa, naranja, lima… —dijo Will, se acercó para hablarle al oído—. De hecho, si hablas con el hombre de detrás del mostrador y le enseñas la lista de invitados, probablemente conozca los gustos de muchos de ellos.

Will se inclinó y tomó una bolsa triangular llena de palomitas.

—Hay quien prefiere esto —continuó—. También tienen galletas e incluso hacen donuts pequeños. A todo el mundo le gusta la comida. Si puedes ofrecer variedad, será un éxito.

Rose estaba empezando a relajarse, a pesar de que cada vez había más gente en el salón.

—Dame cinco minutos a ver qué puedo hacer —comentó sonriendo.

Al instante desapareció y al cabo de un par de minutos estaba detrás del mostrador, junto al chocolatero. Sacó la lista y los dos estuvieron confabulando hasta que el hombre la dobló cuidadosamente y se la guardó en el bolsillo. Rose sacó su talonario y rápidamente le extendió un cheque junto a su tarjeta de visita.

Volvió con una pequeña cesta llena de chocolatinas.

—¿Ha habido suerte?

—Más que suerte. Vendrá a la boda y montará un mostrador.

—¿También se ocupará de los detalles para los invitados?

Rose tomó una chocolatina y se la llevó a la boca.

—Umm, de fresa, deliciosa —dijo, y le ofreció la cesta—. ¿Quieres una?

—¿Vas a contarme cuánto va a costar todo esto? —preguntó Will inclinándose hacia delante.

Rose sonrió y se metió otra chocolatina en la boca.

—Por supuesto que no. Echemos un vistazo por aquí. El chocolatero me acaba de dar una idea estupenda.

Se acercaron hasta un pequeño puesto que había al fondo del salón. Estaba lleno de joyas y diferentes recuerdos, todos ellos con cristales incrustados. Tomó el más cercano y dedicó una amplia sonrisa al chico que estaba detrás de la mesa.

—Sé que vas a odiarme, pero Paul, el chocolatero, me manda.

El muchacho sonrió y puso los ojos en blanco mientras Rose tomaba una pequeña joya en forma de guitarra.

—¿No te parece perfecto? —dijo Rose volviéndose hacia Will—. Una guitarra como recuerdo de la renovación de votos de Rick y Sherry.

Estaba muy emocionada. Aquella pequeña pieza de artesanía era

preciosa. Pero ¿cuánto se tardaría en hacer?

—¿Qué te parece si te encargo trescientas de estas para dentro de tres semanas?

El chico se quedó boquiabierto.

—Diría: ¿sabes cuánto te costaría?

—Me hago una idea.

El chico le tendió la mano y rodeó la mesa.

—Me llamo John Taylor. ¿Rick y Sherry? ¿Te refieres a Rick Cross?

Ella asintió.

—Es mi padre. Mis padres van a renovar sus votos matrimoniales. Me gustaría regalar estas pequeñas guitarras de recuerdo a los invitados.

—Soy un gran admirador suyo —dijo John, y suspiró—. Las guitarras están hechas, solo tengo que pegarles los cristales. Son piedras semipreciosas. Hacerlas lleva su tiempo, pero ¿por Rick Cross? Estoy dispuesto a lo que haga falta.

—Gracias.

Rose soltó un grito y abrazó al muchacho. Will frunció el ceño, pero ella estaba demasiado ocupada sacando la tarjeta de crédito y haciendo el pago como para darse cuenta.

Después de unos minutos, Rose miró a su alrededor y puso la mano en el brazo de Will.

—Ahora, ayúdame a encontrar alguna empresa que esté dispuesta a alquilarme una carpa por un día. Quiero una de esas con farolillos que se enciendan por la noche, así el ambiente será mágico.

—Ten cuidado, corres el peligro de convertirte en una de esas novias alocadas.

—Oh, no, no te equivoques. Esta es la boda con la que sueña mi madre, no la mía.

—Bastante parecida a la de Daisy.

—Cierto, pero a mí no me gusta nada de esto.

Aquello no lo convencía.

—¿No quieren todas las mujeres una boda de ensueño y sentirse princesas ese día?

—Por supuesto que no —respondió ella muy seria—. Viendo todo

el caos que se ha formado por la boda de Daisy me ha convencido todavía más. Lo único importante en esa boda eran las dos personas que estaban en el altar prometiéndose amor eterno.

Una novia histérica la empujó por detrás al pasar a su lado, y Rose fue a dar con la cara en el pecho de Will.

Él la atrajo y la protegió rodeándola con su brazo por la cintura. Ella suspiró.

—No quiero nada de esto para mí. Me gustaría que mi futuro marido y yo, solos los dos, pronunciáramos nuestros votos sin toda esta parafernalia.

—¿Parafernalia? —repitió él sonriendo—. Creo que no había escuchado esa palabra en años.

—Bueno, ¿no te parece la descripción más acertada? —dijo ella alzando las manos ante aquel bullicio—. ¿Quién necesita esto? Yo no.

Una cálida sensación se estaba apoderando de él. Había tenido cuatro novias y todas habían querido lo mismo. Desde el principio se había dado cuenta de que Rose era diferente. Se había dado cuenta de que lo atraía en muchos aspectos, pero no había sido consciente de cuánto.

Había sido la manera en que había pronunciado aquellas palabras: «mi futuro marido y yo». Aquellas palabras deberían haberlo aterrorizado, pero por primera vez en su vida, no había sido así.

—¿De veras no quieres todo esto?

Sabía que la capilla de la isla le había gustado. Según sus palabras, le había parecido perfecta, pero eso no significaba que no quisiera una gran boda. Claro que Rose no podía disimular la sinceridad de sus ojos. Sus novias anteriores le habían llenado la cabeza con sus planes de boda. Ninguna de ellas se había mostrado dispuesta a dejar a un lado sus sueños y simplemente casarse.

En aquel momento no deseaba salir corriendo en medio de un ataque de pánico. Todo estaba siendo diferente y tenía una sencilla explicación. Aquella no era su boda ni Rose su futura esposa. Y la diferencia estaba en Rose.

Su rostro se hallaba a apenas centímetros del de ella.

—De veras no quiero nada de esto —susurró mirándolo con sus ojos azul claro.

El bullicio de su alrededor estaba desapareciendo. Solo podía

pensar en la cara que tenía ante él. El parecido con su hermana había desaparecido. Aquella era Rose, la mujer que le estaba provocando una reacción que no llegaba a entender.

Ella alzó la mano y la apoyó en el pecho de Will. Bajo su camisa, sintió su calidez y se sostuvieron las miradas durante unos instantes.

¿Estaría pensando lo mismo que él?

Y, de repente, ocurrió. Se imaginó haciendo todas aquellas cosas con Rose, algo que nunca se habría imaginado que pasaría.

¿Sería porque su idea de una boda era parecida a la suya?

Lo más curioso era que, aunque cambiara de opinión, se imaginaba organizando todo aquello con Rose. A su lado se sentía bien, como si formara parte de él.

Para Will fue como una revelación. Le daba vueltas la cabeza y se le había quedado la boca seca. ¿Era eso lo que otra gente sentía? ¿Era así como Rick y Sherry se sentían?

Rose le guiñó un ojo y una sonrisa se le dibujó en los labios.

—Sigamos. Había tres cosas de la lista de las que nos íbamos a ocupar hoy. Los regalos para los invitados ya los tenemos. Nos faltan la carpa y los globos.

El brillo de sus ojos lo devolvió a la realidad. Tenía que estar seguro, no, tenía que estar más que seguro. Lo último que quería era hacer daño a Rose.

Él asintió y la tomó de la mano.

—A ver si podemos resolverlo. Hay un desfile de vestidos de novia a punto de empezar y todo el mundo desaparecerá para verlo.

Deseaba salir de allí y tener a Rose para él solo.

Por suerte, no tardaron mucho en dar con una empresa que les podía montar una carpa para la fecha elegida. En cuanto oyeron los nombres de Rick Cross y Sherry

Huntingdon, cerraron el trato.

Los globos fue otro cantar. En un extremo del salón había una gran variedad de artículos expuestos para la decoración de las mesas.

—¿Sabes qué color prefiere tu madre para decorar las mesas?

—Le gustan los colores de las joyas: rojo, verde y azul.

Rose recorrió los puestos tocando los globos. Unos estaban sujetos por pesos, otros atados a sillas y mesas.

—¿Por qué te gustan tanto? ¿Nunca te compraban globos?

Ella sonrió e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Simplemente me gustan —contestó—. ¿Ves aquellos con forma de corazón? Son justo los que necesitamos. Quisiera poner un montón en cada una de las cuatro esquinas de la carpa.

Will se quedó mirando los globos. Le provocaban náuseas. No entendía por qué le gustaban. Cada vez hacía más calor en la mansión. Había más y más gente por momentos. Estaba deseando salir de allí. Tenía un objetivo en mente: sacar a Rose de allí y tenerla para él solo.

Las puertas que daban al jardín estaban abiertas, pero apenas circulaba el aire.

Rose tardó unos minutos en hacer el pedido y extender el cheque. Luego, se acercó sonriendo.

—Me encantan esos. Creo que serán perfectos.

—Estupendo. ¿Podemos irnos de aquí?

Ella se giró y el vestido flotó a su alrededor. Varias miradas se fijaron en ella. No era consciente de lo guapa que estaba con aquel vestido de estilo antiguo. Era como tener a Doris Day allí. No pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

—¿Y las tartas? Todavía no hemos visto tartas…

Se le quebró la voz mientras acariciaba los globos de color rosa y plata que hacían un arco junto a ella.

El desfile debía de haber terminado porque la gente se abalanzó hacia la salida, en dirección hacia donde estaban ellos. Rose dio un traspié y fue a dar contra los globos, que se soltaron de su anclaje y empezaron a elevarse en el aire a su alrededor.

Durante un instante, todo el mundo en el salón contuvo la respiración mientras doscientos globos se elevaban. Will vio su expresión de horror y la tomó de la mano para tirar de ella hacia una de las puertas abiertas que daban al jardín.

Era contagioso. Rose empezó a reírse al salir mientras varios globos escapaban con ellos.

Detrás de ellos se oían gritos y alboroto, pero a Will le daba igual. El aire fresco resultaba muy agradable mientras corrían por la hierba hacia donde los coches estaban aparcados.

Lo último que vio fue un globo rosa y plateado flotando delante de ellos al llegar corriendo al coche.

Capítulo 7

Rose esperó nerviosa mientras el teléfono daba la señal. En aquel momento, se arrepentía de la sugerencia que había hecho.

—¿Dígame? —dijo una voz al otro lado de la línea.

—Hola, soy Rose Huntingdon-Cross. Quería hablar con Melissa Kirkwood.

—¿La hermana de Violet? ¿Qué demonios quieres?

Melissa era la novia a la que había dejado plantada en el altar y la que más difícil iba a resultar.

—Te llamo porque estoy organizando una obra benéfica para Will Carter y su fundación para los sin techo.

—No me menciones su nombre.

Lo dijo con tanto odio que Rose se quedó atónita. Aunque su cabeza le decía que mantuviera la calma, fue incapaz de contener su lengua.

—Siento molestarte. Es solo que pensaba que podías estar interesada en esto. Nos estamos poniendo en contacto con todas las ex de Will Carter para ver si quieren participar en una causa benéfica. Lo único que tienes que hacer es proponer algún tipo de prueba o reto que te gustaría que Will Carter hiciera, y luego lo someteremos al voto popular. Todo lo que se recaude irá a parar a la fundación. Puedes proponer lo que quieras por terrible que le parezca. Elije algo que sepas que odia.

Oh, no. ¿De veras había dicho aquello en voz alta? Ya era demasiado tarde y no podía retirarlo.

El otro lado de la línea se quedó en silencio y se oyó una inspiración. El corazón de Rose latía desbocado. Por un lado, quería que Melissa se negara, pero por otro, necesitaba que dijera que sí.

—Hemos hecho un trato con la prensa y también habrá entrevistas en televisión. Podrás mostrarle al mundo cómo lo has superado.

Will le había contado que algunas de sus ex buscaban ser el centro de atención. Con un poco de suerte, caería en la tentación.

—¿Cómo de horrible puede ser la prueba?

—Tan horrible como quieras. Después de la votación, tendrá que llevar a cabo la que haya elegido el público.

—Necesitaré un día para que se me ocurra algo.

—No hay ningún problema. ¿Qué te parece si te llamo el martes y concierto una entrevista con la prensa para ese mismo día?

Así podía matar dos pájaros de un tiro. No quería tener largas conversaciones con ninguna de las ex de Will, por mucha que fuera la curiosidad que sentía. Una vez que hiciera las llamadas telefónicas, dejaría que las cosas siguieran su curso. Al director del periódico le había encantado la idea y los presentadores de su programa favorito de televisión habían accedido a entrevistar a todas las mujeres.

El tono de voz de Melissa había cambiado. Era como si ya tuviera claro lo que iba a proponer.

—Está bien, el martes.

Colgó y Rose tragó saliva. Tachó su nombre de la lista. Ya solo le quedaban otras tres llamadas por hacer.

—¿Rose, estás ahí?

La voz de Will resonó en el pasillo y asomó la cabeza por la puerta de la habitación de Rose. Tenía algo en la mano y parecía contrariado.

Después de hacer todas las llamadas, había acabado agotada y se había metido en la cama. Llevaba veinte minutos sin moverse y no tenía intención de hacerlo.

—Si vuelves a comprometerte con una loca, no volveré a hablarte —dijo mirándolo.

—¿Ya lo has hecho? ¿Has llamado a todas?

No esperó a que le invitara a pasar. Atravesó la habitación y se sentó al borde de su cama.

—Sí, las he llamado a todas —contestó ella, y apoyó la cabeza en el brazo—. ¿De dónde demonios las has sacado?

Él frunció el ceño.

—No seas así. Todas tienen algo bueno —afirmó—. Nunca pretendí hacerles daño. Simplemente, las cosas se me fueron de las manos.

Rose se incorporó de la cama.

—Una o dos veces puedo entenderlo, pero cuatro… ¿Acaso no

sabes aprender la lección?

—Parece que estoy a punto de hacerlo.

Había algo en la manera en que hizo aquel comentario. Resultaba poco serio. Pero el ambiente entre ellos había cambiado. Aunque se mostrara relajada junto a Will, la corriente que sentía cada vez que lo veía entrar en la misma habitación no desaparecía.

—¿Qué es eso? —preguntó ella señalando el periódico que Will tenía enrollado en la mano.

Rose volvió a acostarse.

—Ah, sí, esto —respondió él tumbándose a su lado.

—Ya hemos compartido cama anteriormente —comentó sonriendo.

Él también sonrió.

—Sí, lo sé. Lo recuerdo muy bien. Incluso tengo una cicatriz que lo prueba. Solo espero no estar a punto de ganarme otra.

Ella frunció el ceño.

—¿Y por qué ibas a ganarte otra?

Le resultaba desconcertante tener aquellos ojos azul oscuro tan cerca de los suyos. Así sería la sensación de despertarse junto a Will Carter. Lo tenía a pocos centímetros de ella. Aquel pensamiento le estaba provocando un cosquilleo en el estómago.

Will se acercó un poco más. Podía ver las pequeñas pecas de su nariz, sentir la calidez de su aliento en la mejilla y oler su colonia. ¿Estaba a punto de besarla?

—Creo que tu campaña de publicidad acaba de tomar un camino inesperado —contestó él extendiendo el periódico.

Se quedó aturdida durante unos segundos. No iba a besarla. Intentó fijar la mirada en la fotografía que aparecía en portada.

La reacción fue instantánea. Se incorporó justo en el momento en que su teléfono recibió un mensaje de texto.

La fotografía parecía un montaje. Era demasiado perfecta. Rose con su vestido estilo Doris Day y su melena rubia, y Will con sus pantalones informales y su camisa. Pero eran sus expresiones lo que llamaba la atención. Se estaban riendo y la alegría se reflejaba en sus caras, en perfecta armonía con los globos en forma de corazón rosas y plateados subiendo al cielo detrás de ellos.

Fue el titular lo que la dejó sin respiración: ¿Habrá encontrado por fin a su esposa el Novio a la Fuga?

—¿Cómo? —dijo arrancándole el periódico de las manos—. ¿Qué demonios es esto?

Will abrió la boca para decir algo, pero no se le ocurrió nada coherente.

—No sé… Es solo una foto, se les olvidará en un par de días.

Por su trabajo, Rose sabía muy bien qué significaba aquello. Odiaba ver su cara en la portada de un periódico. Le traía desagradables recuerdos de cuando unos años atrás salía en todas las portadas. Lo había odiado y no había querido que volviera a repetirse.

—¿Cuántas, Will? ¿Cuántas llamadas has tenido ya?

—Una docena.

—¡Una docena!

Si hubiera sido otra la mujer fotografiada con Will, estaría contenta. Sería una estupenda manera de lanzar la campaña para dar a conocer la fundación para los sin techo.

Pero no era otra mujer, era ella y temía que se hiciera una montaña de un grano de arena. Odiaba ser ella la que apareciera en los titulares. Qué ironía. Odiaba a la prensa, pero había aprendido a usarla en su provecho. Quizá aquello fuera una señal para ella, quizá debería empezar a mostrarse un poco más complaciente.

—¿Violet?

Sintió la mano fría de Will en el brazo.

—He hablado con ella y se ha reído. Y de nuevo me ha hecho una advertencia.

—¿Se ha reído?

Rose sintió que el pánico se apoderaba de ella. Ni siquiera le había comentado a su hermana los pensamientos que se le habían pasado por la cabeza acerca de Will. ¿Cómo iba a hacerlo? Ni ella misma lograba entenderlos. Lo último que quería era decirle a su hermana que se estaba enamorando del Novio a la Fuga.

—Después de las llamadas de esta mañana… Espera a que tus ex vean esto. Pensarán que soy la siguiente de tu lista. Pensarán que estoy haciendo esto porque estoy cayendo en tus redes.

—¿Cayendo en mis redes? —repitió él en voz baja, enfadado, antes de quitarle el periódico—. Mañana será agua pasada. Esa foto la hizo

alguien en la feria de bodas de ayer.

No hay nada que podamos hacer —dijo encogiéndose de hombros—. Si vas a sitios públicos corres el riesgo de que te fotografíen. Ya deberías estar acostumbrada.

Will no tenía ni idea de lo que había pasado unos años antes y cómo aquello había hecho cambiar muchas cosas, como la percepción que tenía de sí misma.

Rose respiró hondo y trató de mantener la cordura. Tenía razón en lo que había dicho, pero no quería reconocerlo.

—Pero esto es un desastre. ¿Qué pasará cuando llame de nuevo a tus ex? ¿Y si se niegan a participar en esto? —preguntó señalando el periódico—. Todo esto es una basura.

—No, no lo es.

Se giró rápidamente hacia él. Will estaba tumbado en la cama y tiró de ella para que volviera a su lado.

—¿De qué estás hablando?

No pudo evitar el temblor de su voz. Habían vuelto a la posición inicial. Estaban tumbados en la cama y unos pocos centímetros separaban sus caras.

—Rose, deja de fingir que no está pasando nada entre nosotros. Ambos nos hemos dado cuenta —dijo, y le acarició con un dedo la mejilla.

Ella se estremeció. No se podía creer que acabara de reconocerlo en voz alta. No se estaba volviendo loca, ni imaginándose las cosas. Él también lo sentía.

Pero él lo había sentido cuatro veces antes y no quería ser la quinta.

La última vez que se había sentido tan vulnerable había sido tras la muerte de su amiga, cuando se había visto salpicada por la prensa. Entonces se había dado cuenta de que era preferible ser la persona que controlara los medios de comunicación que ser la persona que aparecía en ellos.

Y cuanto más aumentaran sus sentimientos hacia aquel hombre, más dudaría de sí misma y de su capacidad en dejarse llevar por su instinto. Lo que había pasado tres años antes le había afectado más de lo que creía. Siempre se arrepentiría de haber dejado a su amiga, de no haber permanecido a su lado cuando existía el riesgo de que Autumn cayera en peligro. No podía volver a pasar por lo mismo.

Tenía que vivir en el mundo real.

Solo sus padres sabían que conocía el problema de Autumn con las drogas. ¿Qué pensaría Will de ella si supiera la verdad?

—¿Por qué no puedes ser un tipo corriente? —susurró.

Will sonrió. Se le veía muy tranquilo. No parecía tener ningún problema con su intuición. Ni siquiera tenía una sombra de duda en su expresión.

—¿Por qué no puedes ser una mujer corriente?

Se inclinó hacia delante y rozó sus labios con los suyos. Rose temió moverse. Reconocerlo era una cosa. Darse cuenta de a dónde podía llevarles, otra.

Pero todo lo que él hacía resultaba natural, desde acercar sus cuerpos hasta tocarse hasta acariciarle el pelo, la cara y el cuello. Cada beso llevaba al siguiente y le hacía desear más y más.

Todos los sentidos de su cuerpo estaban en alerta, como si Will tuviera más de un par de manos y estuvieran acariciando sus zonas más erógenas.

Rose se apartó bruscamente.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Estoy nerviosa. No estoy segura de esto.

—¿De qué no estás segura?

Rose tenía la mano en su bíceps. Podía sentir el calor de su piel. Deseaba deslizar la mano por debajo de la camisa y acariciar más.

—No me gusta llamar la atención, Will. Accedí a ayudarte con la publicidad, pero no la quiero para mí.

—Me temo que es lo que pasa por estar a mi lado. Podríamos emitir un comunicado explicando que tus padres van a renovar sus votos matrimoniales y por eso estábamos allí. Quizá después, te dejen en paz.

«Olvídalo todo. Déjate llevar y bésalo como lo estás deseando».

Pero no pudo. Para Rose, era importante mantener el control. Desde la muerte de su amiga, se había convertido en una obsesión. Por eso hacía tan bien su trabajo. No dejaba nada al azar.

Sin que se dieran cuenta, les habían hecho fotos. Eran imágenes que dejaban adivinar lo que verdaderamente sentía por Will. En aquellos momentos, todo el mundo lo sabía. Menos mal que estaba

tumbada.

—¿He cruzado el límite? ¿Quieres que te deje a solas?

—No.

Era el primer pensamiento claro en su cabeza. Se sentía muy confusa en aquel momento. No quería ser la siguiente en la lista de Will Carter.

Quería tener la oportunidad de ser simplemente Rose y Will, dos personas que se sentían atraídas. Había una fuerte corriente entre ellos. Pero lo que para ella era algo nuevo, para él no lo era y no debía olvidarlo.

—No quiero ser la número cinco —dijo con rotundidad.

Will sacudió la cabeza con tristeza.

—No eres ningún número. Eres Rose —afirmó, y volvió a acariciarle la mejilla—. ¿Por qué no esperamos a ver dónde nos lleva esta relación?

—Ese es el problema, Will, que tú no tienes relaciones. Te comprometes, haces planes de boda y luego nada. Tienes fobia a los compromisos, aunque no seas consciente de ello. No quiero correr el riesgo de empezar una relación que no lleve a ninguna parte.

—Eso no pasará, Rose.

Esperaba que dijera algo diferente, que hiciera alguna broma. Era imposible que supiera que un torbellino de emociones se había formado en su pecho.

Parecía estar buscando las palabras apropiadas y la idea de que quisiera calmarla la hizo desear que se la tragara la tierra. Aquellas pocas palabras habían sido demasiado. Debería haber sido más consciente. Ni siquiera debía haber reconocido que había algo entre ellos.

—Esto es diferente.

Sus palabras fueron inesperadas. Pero no debía creérselas, por mucho que deseara hacerlo.

—Apuesto a que eso ya lo has dicho otras veces.

Era evidente por la expresión de su cara que lo había herido. Y aunque probablemente debería haberse disculpado, no lo hizo. La reputación de Will lo precedía. No importaba que a ella le resultara alguien diferente. Seguramente, sus exnovias habían pensado lo mismo también.

Will se incorporó y se sentó en la cama a la vez que el teléfono de Rose emitía un sonido por segunda vez.

—No sé cómo explicarte que esto es diferente, Rose.

Ella también se sentó y sacó su teléfono. Era un mensaje de su padre. ¿Puedes venir a verme?, leyó.

—Es mi padre. Será mejor que me vaya.

Él sacudió la cabeza.

—Rose…

Ya se dirigía hacia la puerta y no le agradó tener que darse la vuelta. Estaba desesperada por aferrarse a sus palabras.

—Ya veremos a dónde nos lleva esto.

No podía hablar. Ni siquiera lograba entender por qué se sentía tan herida. A regañadientes asintió antes de desaparecer por la puerta y unas lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

Su padre la estaba esperando en la cocina, concentrado en un trozo de papel.

—Hola, papá, ¿qué pasa?

Rick levantó la cabeza y la miró entornando los ojos un segundo. Siempre había podido leer sus pensamientos. Parecía a punto de preguntarle si le pasaba algo, pero volvió a distraerse con el papel que tenía delante. Dudó unos segundos antes de enseñárselo.

—¿Qué te parece?

Había un dibujo hecho a lápiz de una pulsera con tres aros de oro entrecruzados que quedaban unidos por una rosa, una margarita y una violeta, las tres flores que daban nombre a sus hijas.

—Es preciosa, papá. ¿Para qué es?

—Es para tu madre. Es mi regalo de boda. Quería que fuera algo especial. ¿Puedes hacerlo? Me gustaría que fuera de oro amarillo, blanco y rosa.

Aunque la pulsera le quitaría bastante tiempo, teniendo en cuenta los detalles, le resultaba imposible decirle que no.

Lo que más le conmovía era el amor que veía en la expresión de su padre. Era evidente que había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a aquel diseño. Pero más evidente era lo mucho que amaba a su madre.

Después de todos aquellos años, todavía deseaba hacer algo para impresionarla.

Eso era lo que ella quería, la clase de relación que le gustaría tener. Deseaba un amor que durara toda la vida.

Unas lágrimas asomaron a sus ojos mientras su padre la rodeaba con el brazo por los hombros.

—No te preocupes, papá. Tengo el oro que necesito. Quedará perfecta. A mamá le encantará.

Una vez resuelto el regalo, Rick Cross desvió su atención a otro asunto. Nada se le escapaba, especialmente en lo relativo a Rose.

—Bueno, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa entre ese Will Carter y tú? Violet anda como alma en pena.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Le has quitado su juguete favorito.

Una lágrima rodó por su mejilla. Se sentía al límite.

—No lo he hecho. Le he estado ayudando. Y él me ha ayudado a mí con los preparativos de la boda. Es solo que hemos pasado mucho tiempo juntos. No pretendía hacer a Violet a un lado. La llamaré, no, iré a verla —dijo balbuceando sin poder evitarlo.

Su padre sacudió la cabeza.

—Rose, ¿qué ocurre? Era solo una broma. Violet sabe cuidarse sola. Solo me preguntaba si había algo que tuviera que saber. Parece que mis hijas se han empeñado en dejar la soltería.

Rose sintió que se ahogaba y su padre pareció notarlo.

Acababa de tener aquella incómoda conversación con Will. Nadie debía tener una conversación así al poco tiempo de conocerse. Era como si su padre le estuviera leyendo el pensamiento.

Pero Rick Cross era un padre más liberal que la media.

—Me cae bien ese tipo. Siempre supe que no surgiría nada entre Violet y él. Pero ¿contigo? —dijo, y se encogió de hombros—. Eso depende de cómo te sientas.

Las palabras se quedaron flotando en el aire. Era horrible. No estaba preparada para hablar de aquello con su padre ni con nadie.

Volvió a fijarse en el dibujo.

—Deja que yo me ocupe.

No sabía de dónde sacaría las horas, pero, si aquello era lo que su

padre quería, lo tendría.

Si su padre se dio cuenta del brusco cambio de tema, no dijo nada.

—Vaya, se me olvidaba contarte algo. ¿Recuerdas al tipo que quieres que escriba tu biografía, Tom Buckley, de Nueva York? Me ha escrito un correo electrónico diciendo que le parecen bien los términos y las condiciones. Acompañará a la banda durante la gira y tengo que conseguirle los billetes de avión.

Su padre sonrió. Aquello era algo importante para él y él mismo había elegido quién quería que se ocupara de tal misión. Además, Rose había trabajado con Tom en el pasado y había sido la encargada de convencerlo para que escribiera la biografía en el plazo que su padre quería. Una cosa más hecha de la que podía olvidarse. Se sintió orgullosa. Su padre estaba contento con ella.

Rick le dio un beso y un abrazo.

—Estupendo, cariño, muchas gracias por ocuparte de ello. Si necesitas hablar conmigo de algo, ven a verme. O llámame, ya sabes que puedes contar conmigo siempre.

Rose sintió que se le encogía el corazón. Su padre nunca le haría preguntas ni husmearía. Era su manera de decirle que sabía que algo la preocupaba. Rick Cross era un buen padre. Cuando todo aquel asunto de la sobredosis de Autumn había saltado a la prensa, él había sido su mejor portavoz. Y lo mismo había hecho cuando el escándalo de la cinta de vídeo de contenido sexual de Violet había llegado a la prensa. Rick Cross llevaba muy mal que intentaran hacer daño a su familia.

Había llevado a Rose a ver a los padres de su amiga. Había pasado horas hablando con ellos, consolándolos y reconfortándolos, y no había permitido que culparan a Rose de los actos de su hija. Y, cuando unos días más tarde la prensa había empezado a hacer comentarios desagradables, había hecho lo necesario para impedirlo. Tenía suerte de que su familia fuera tan comprensiva.

Se sintió un poco más fuerte. Quizá había llegado el momento de volverse hacia sí misma y empezar a confiar en su instinto.

Su padre le acababa de decir que le gustaba Will Carter. Will llevaba tres años siendo el mejor amigo de Violet y lo que conocía de él, distaba mucho de cómo lo presentaba la prensa.

—La pulsera quedará muy bien, ya lo verás —dijo, y le dio un abrazo—. No te preocupes, papá, confía en mí.

Rick le dio un beso en la mejilla y la miró con curiosidad.

—Eso siempre, Rose —afirmó, y antes de salir de la cocina, se volvió—. Por cierto, cuando lo sabes, lo sabes.

Salió por la puerta mientras ella arrugaba el dibujo entre las manos.

Capítulo 8

Will gruñó y apoyó la cabeza en las manos.

Cuatrocientos sesenta correos electrónicos tenía que leer. Aquello se estaba descontrolando.

No podía concentrarse porque no podía dejar de pensar en Rose.

La sensación que lo había asaltado el día de la feria de bodas lo abrumaba. Las palabras de Rick Cross no dejaban de dar vueltas en su cabeza: «Cuando lo sabes, lo sabes». Además, estaba la forma en que Rick había mirado a Sherry. Había complicidad entre ellos. Él no la había tenido con nadie, salvo con Rose.

El problema era que no sabía qué hacer. ¿Cómo convencer a Rose de que aquello era muy diferente?

No podía culparla. ¿Cómo se sentiría si Rose hubiera estado comprometida antes? Tenía suerte de que no se hubiera apartado de su lado.

Pero no podía evitar sentir algo por ella y era incapaz de quitársela de la cabeza. Miró el calendario y luego se acercó a la ventana. La isla estaba justo enfrente de él y desde aquella perspectiva veía el tejado de la capilla.

Sintió un estremecimiento. Se le acababa de ocurrir una idea.

Si se lo contaba a Violet, le echaría un cubo de agua fría. Si se lo contaba a Rose, saldría corriendo en dirección contraria.

Por primera vez, Will se imaginaba pasando el resto de su vida con alguien. En vez de sentir pánico, una agradable sensación se expandió por su pecho.

Esa idea estaba tomando forma en su cabeza. Tan solo tenía que hacer una cosa, algo que esperaba que nadie descubriera. Podía suponer un gran cambio en su vida.

Rose colgó el teléfono y apoyó la cabeza en la mesa.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó Violet sonriendo desde la puerta, con los brazos cruzados.

—Peor —replicó Rose sin levantar la cabeza.

Violet se acercó y tomó el papel de la mesa de Rose.

Primero soltó una exclamación de sorpresa, luego resopló y después empezó a reírse. Cuando Rose levantó la cabeza, Violet se estaba secando una lágrima.

—He venido para avisarte de que Will acaba de aparcar el coche. Apuesto a que estás deseando contarle cuáles son las pruebas que va a tener que hacer —comentó, y sacudió la cabeza mientras volvía a leer la lista—. Estoy deseando ver su cara.

—¿De veras? —replicó Rose confiando en que su hermana no estuviera bromeando—. Entonces, cuéntaselo tú.

Violet arqueó las cejas.

—Ah, ni hablar. Esa es tarea tuya.

Se dio media vuelta y salió riéndose.

Rose oyó un intercambio de saludos en el pasillo entre Will y su hermana, y a los pocos segundos lo vio aparecer en su puerta, pálido.

—Oh, no. ¿Qué proponen?

Rose señaló la silla que tenía enfrente.

—Será mejor que te sientes.

Por una vez, Will hizo lo que le decía.

—La buena noticia es que no hay ninguna duda de que a la prensa le interesará.

—¿Y la mala?

Rose le entregó el papel y tragó saliva.

—Puede que algunas pruebas no te gusten —contestó y se mordió el labio inferior—. El caso es que el periódico ya las tiene, así que no podemos pedirle a nadie que las cambie.

—¿Para qué iban a cambiarlas? ¿Acaso puedo morir en alguna?

Ella negó con la cabeza.

—No, esa era una de las condiciones, que no hubiera peligros.

—Por favor, dime que estás bromeando.

Rose volvió a sacudir la cabeza y esbozó una sonrisa.

—No.

—¿Tirarme del Puente de la Torre al Támesis?

Rose contuvo la risa. No había ninguna duda de que la prensa disfrutaría con aquello. Por no mencionar todas las entrevistas que había acordado con la televisión y otros medios. Aquella iba a ser una de las campañas de publicidad más exitosas en las que había participado.

Will no se había equivocado. Tres de sus cuatro exnovias habían aceptado participar. E incluso Melissa parecía dispuesta a hacerlo. Estaba deseando salir en televisión.

—¿Vestirme de gladiador y pasar el día en Piccadilly Circus? ¿Ponerme un tanga y trabajar un día en la sección de lencería?

Rose no pudo evitar reírse.

—Esas dos últimas propuestas son de Angie y Marta. Buscaban algo divertido más que una venganza.

Dos de las exnovias de Will estaban casadas y tenían hijos. Querían colaborar con la causa benéfica y se habían tomado con humor la iniciativa. Las dos parecían muy agradables y felices con sus vidas.

La tercera, Esther, se lo había tomado como una manera de dar a conocer su incipiente carrera como presentadora de televisión. No había demostrado ningún interés en la fundación, pero sí en autopromocionarse.

Will se encogió aún más en la silla al terminar de leer.

—¿Hacerme la cera en todo el cuerpo ante las cámaras? —dijo arrugando la hoja—. ¿Cuál crees que ganará? —preguntó resignado.

Rose intentó mostrarse racional.

—Creo que las favoritas serán la del baño en el Támesis y la del tanga. Mira —dijo levantando un diminuto tejido verde con el lápiz—. Marta incluso ha querido ayudar y ha mandado el tanga.

Will abrió los ojos como platos y se echó hacia delante para tomar la prenda.

—Tienes que estar bromeando. De ninguna manera voy a ponerme esto ni me voy a vestir de gladiador.

—Claro que sí —dijo Rose poniéndose de pie—. Accediste a hacer esto. Recuerda que no lo haces por ti, sino por la fundación. Piensa en la cantidad de dinero que se recaudará gracias a las llamadas que haga la gente para votar. Estoy segura de que tendrás que contratar más empleados. No seas un gallina ahora.

Will gruñó y se quedó mirando el tanga que tenía en la mano.

—Pero la gente no hablará de la fundación, sino de mí y de mi humillación.

—¿Y qué? También dará a conocer tu labor benéfica.

Will se quedó mirándola fijamente. Por un momento parecía a punto de asesinarla. Se levantó y se colocó ante ella, llenando su campo de visión con su fuerte y ancho pecho.

—Tiene que haber algo más —afirmó con rotundidad.

—¿Qué? ¿Qué más quieres de mí, Will? —dijo levantando la voz, con la paciencia al límite—. ¿Qué más puedo hacer?

—Quiero una noche.

—¿Cómo?

Estaba perdiendo el norte. Ya no veía sentido a todo aquello. Tenía muchas cosas de las que ocuparse: hermanas, padres, bodas, giras, pulseras, promociones, entrevistas, Will, Will y más Will. En cualquier momento explotaría.

—Quiero una noche —repitió Will—. Quiero demostrarle a la gente de qué va todo esto. Quiero pasar una noche en las calles como mi amigo cuando no tenía un hogar, cuando no sabía a quién recurrir. Quiero que la gente se dé cuenta de lo terrorífico y peligroso que puede ser, y que conozcan las historias de la gente a la que quiero ayudar. Y quiero que tú lo hagas conmigo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Pero ¿por qué?

—Porque eres la persona perfecta con quien hacerlo. Eres la hija de una pareja de famosos, a la gente le encantará. Pensarán que es algo que una mujer como tú y un hombre como yo nunca haríamos. Enseñémosles lo difícil que es. Contémosles las historias de las personas que están ahí fuera.

Cuando quería, su encanto brotaba a raudales. Su propuesta tenía sentido y aportaba otra perspectiva. Le habría gustado que se le ocurriese a ella. Pero casi prefería que lo hiciera con otra persona. ¿Estaba preparada para volver a colocarse en el punto de mira?

Will la tomó de los hombros. Su olor invadía sus sentidos. Era como una poción mágica que estuviera mermando su sensatez.

—Te necesito, Rose. Necesito hacer esto y quiero hacerlo contigo. ¿Lo entiendes?

De nuevo, Rose sintió que le daba un vuelco el estómago. Will sabía muy bien cómo dirigirse a ella para que no le dijera que no. Aquello la asustaba.

No estaba en situación de negarse ni quería hacerlo. Y aunque aquello era completamente diferente a lo que había pasado años atrás, una parte de ella seguía recordando como un hombre la había distraído de todo lo demás. El sentimiento de culpabilidad todavía la acompañaba. No quería que volviera a pasarle nada parecido.

No importaba que fuera Will, ni que no hubiera peligro. Aquello no tenía nada que ver con él, sino con ella y con su capacidad para sentirse segura. Todavía no había aprendido a fiarse de su instinto. ¿Y con un tipo con el pasado de Will? No parecía alguien en quien se pudiera confiar.

Aun así, no podía ignorar lo que estaba pasando entre ellos, ni la manera en que su cuerpo reaccionaba cada vez que estaban juntos. Nunca antes había sentido algo así por un hombre. ¿Sería amor o simplemente atracción?

—Rose, ¿estás bien? ¿Necesitas tiempo para pensarlo? Por favor, dime que lo pensarás. De verdad quiero que hagas esto conmigo.

Ella respiró hondo. ¿De veras estaba preparada para hacer aquello por una causa benéfica? Claro que lo estaba. Tenía suerte. Llevaba una vida privilegiada y sus padres siempre les habían transmitido a sus hermanas y a ella lo afortunadas que eran. Por supuesto que podía pasar una noche en las calles.

Respiró hondo. Aquello parecía mucho más. Era como una sociedad, como una manera de cimentar lo que había entre ellos. Era la forma de comprobar si sus caminos podían confluir o no.

—Lo haré.

Ya estaba. Había dicho las palabras sin dedicar demasiado tiempo a pensar.

Y Will hizo lo que Rose tanto deseaba que hiciera: sellar el acuerdo con un beso.

Las entrevistas estaban acordadas. Los números de teléfono para votar se anunciarían al día siguiente. Con toda aquella publicidad para la fundación de los sin techo y los periódicos hablando sin parar de todas sus exnovias, todo el mundo parecía haberse olvidado de la foto de Will con Rose, excepto él.

Por primera vez en su vida, cortó una foto de un periódico. Incluso la tenía guardada en un archivo en su ordenador.

Le encantaba cómo salían en ella. Daisy era la fotógrafa en la familia de Rose y la había oído hablar apasionadamente de sus fotos y de lo que pretendía captar en ellas. Pero Will no lo había entendido hasta entonces.

No hasta que había visto su cara y la de Rose, juntos para la eternidad. Le gustaba tanto la foto que iba a enmarcarla.

Pero a la vez le ponía nervioso. Nada tenía importancia en comparación a lo que sentía por Rose. En ese momento se daba cuenta. Nunca antes había conocido el amor de aquella manera.

¿Cómo reaccionaría cuando le contara lo que había hecho? Si sentía lo mismo que él, todo saldría bien. Pero si no…

Tendría que aprender a vivir con una Novia a la Fuga.

Capítulo 9

Paul Scholand era su presentador de televisión favorito. Con sus brillantes ojos azules y sus canas prematuras, la audiencia femenina lo adoraba. Tenía a todas las exnovias comiendo de su mano y sabía muy bien compaginar lo personal con la publicidad. Por fin Rose empezaba a relajarse, especialmente después de recibir un mensaje sobre el repentino aumento en las votaciones. Las cosas iban mejor de lo que se había imaginado.

Will había pasado la mayor parte de la mañana dando vueltas por la habitación. Violet había aparecido de vez en cuando para hacer algún comentario y reírse antes de volver a marcharse. El segmento de Will había sido grabado previamente y, cuando su rostro llenó la pantalla, Rose contuvo la respiración.

La cámara lo adoraba. Siempre lo había sabido, pero nunca antes se había parado a pensarlo. Sus ojos eran más bonitos que los de Paul y con su pelo oscuro enmarcando su rostro y aquellas pequeñas arrugas alrededor de los ojos, se le veía muy atractivo. Pero por encima de todo estaba su actitud relajada. Todo el mundo estaba enamorándose de él en aquel momento, incluida ella, y se sintió celosa. Aquel era su Will y no quería compartirlo con nadie más.

—¿Ha terminado ya? —preguntó ocultándose detrás de sus manos.

—Está a punto —contestó Rose, y le enseñó la pantalla de su teléfono—. Mira cómo ha ido todo.

Will abrió los ojos como platos y dejó caer las manos.

—¿Tanto?

Ella sonrió.

—Sí, tanto. Y es solo el primer día. La gente no deja de hablar de esto y de tu fundación.

—Estoy siendo el hazmerreír de la televisión a nivel nacional.

Rose se levantó y se acercó a él.

—Paul ha hecho muy bien las entrevistas. De momento, la recaudación va muy bien. Mañana tienes otra entrevista en un canal de noticias. Eso te dará la oportunidad de hablar de tu amigo y de explicar por qué estás haciendo esto. Podrás hablar de la noche que

vas a pasar en la calle. Estás haciendo algo muy bueno.

Will se puso de pie y se quedó a su lado.

—Lo sé. Me pregunto qué prueba acabaré haciendo —comentó sacudiendo la cabeza—. Esto podría ser un desastre.

—Estará bien. Pase lo que pase al final, habrá merecido la pena.

Él asintió lentamente.

—Tienes razón, claro que tienes razón —dijo, y ensortijó un mechón de pelo de ella en su dedo—. ¿Cómo va tu lista?

Rose tuvo que ordenar sus pensamientos para lograr concentrarse.

—Ah, sí, la lista de los preparativos de boda —contestó, y se acercó a la mesa para tomar su libreta negra—. Ya tenemos sitio, carpas, comida y banda de música.

—¿Va a actuar tu padre en su propia boda?

Ella suspiró.

—Por supuesto, pero al final. Sus teloneros tocarán durante la fiesta. En algún momento mi padre y sus compañeros saldrán a tocar algo —dijo, y siguió bajando el dedo por la lista—. Violet se va a encargar de las flores. Mi madre le ha dicho lo que quiere. Los vestidos ya están. Daisy hará algunas fotos y el resto, su asistente.

—¿Y todo lo demás?

—Bueno, los regalos para los invitados y los bombones están encargados, así como las fundas para las sillas y los globos. Solo me queda encargar la tarta nupcial y elegir el vino que se servirá.

—¿Cuándo piensas hacerlo?

Ella arrugó la nariz.

—Dentro de una hora. Confiaba en que pudieras acompañarme y ayudarme a elegir los últimos detalles.

Will se encogió de hombros.

—Me gusta eso de elegir tartas y vino. Es la cita perfecta de cualquier hombre.

Rose abrió la boca para decirle que no era una cita, pero se calló. Le agradaba que se lo tomara así.

Tardó unos minutos más en contestar unos correos electrónicos y unas llamadas, y luego hizo las últimas gestiones para organizar el viaje del periodista que iba a ir desde Nueva York a escribir la biografía de su padre. Había trabajado con Tom Buckley en numerosas

ocasiones y era muy bueno. El único inconveniente era su agenda. Tom estaba terminando otro encargo y lo más pronto que podía llegar era el mismo día en que sus padres iban a renovar sus votos matrimoniales. Iba a tener que dejar la fiesta para ir a recogerlo al aeropuerto.

Will terminó de hablar por teléfono a la vez que ella.

—¿Lista?

Ella asintió y se dirigieron al coche de Will.

—¿Tienes alguna dirección?

Rose se mordió el interior del carrillo y giró su teléfono para enseñarle la pantalla.

—¿De veras? —dijo sorprendido—. ¿Qué demonios…?

—Sí, lo sé. Cuando llamé a Angie para decirle que propusiera una prueba, me preguntó qué tal iba todo. No pude evitar contarle lo de la boda de mis padres y lo difícil que me estaba resultando organizarlo todo con tan poco tiempo. Me dijo que su hermana estaría encantada de preparar la tarta.

—¿Sabe que voy contigo?

Rose lo miró nerviosa.

—Quizá resulte algo incómodo, pero estoy segura de que todo irá bien.

—Eso espero, en caso contrario tendremos problemas. Tú te quedarás sin tu tarta y a mí probablemente me la tire encima.

Ella se rio.

—Todo irá bien —repitió—. Angie me ha parecido muy agradable por teléfono. Parece muy feliz ahora que está casada y tiene un hijo.

Will se quedó pensativo mientras seguían avanzando por la carretera.

—Lo cierto es que Angie es estupenda.

Aquellas palabras le provocaron una extraña sensación a Rose. Le caía bien Angie, pero no quería pensar en lo que había habido entre ellos.

—Simplemente, no era la mujer adecuada para mí, ni yo el hombre adecuado para ella.

Una sensación de alivio la invadió. Will pareció darse cuenta porque una de sus manos dejó el volante y acarició su pierna por

encima del vestido, mirándola de reojo.

—Tienes razón. Estoy seguro de que todo irá bien.

Volvió a poner la mano en el volante y continuaron por la carretera hasta que llegaron a la dirección.

Deb, la hermana de Angie, era muy profesional. Menuda y con una melena corta pelirroja, le enseñó a Rose un álbum con fotos de tartas. Además, había preparado varias muestras para que las probara.

—Estos son bizcochos. Prueba un poco de cada uno. Si quieres algo en especial, puedo preparárlo. Tengo tartas de frutas, de chocolate, de zanahoria, de fresa y chocolate blanco, de chocolate negro y naranja. También bizcochos de coco y vainilla, de limón y de café. ¿Te gusta alguno?

—Me gustan todos. ¿Qué me propones? ¿Una tarta tradicional o algo más original? —preguntó Rose sin dejar de mirar las fotos del álbum.

—¿Qué les gusta más a tus padres?

—Ese es el problema, no lo sé. En los cumpleaños siempre hemos optado por tartas originales, pero no sé si querrán lo mismo para su boda.

—¿Cuántos pisos quieres? ¿Cuántos invitados asistirán?

—Unos trescientos invitados.

—¿Quieres un consejo?

Rose asintió.

—Te lo agradecería. No tengo ni idea de estas cosas.

Deb pasó las páginas del álbum.

—Para ese número de invitados, elige una sencilla. ¿Qué tal una tarta de ocho pisos, cada uno de un tipo de bizcocho? Así todo el mundo encontrará uno de su gusto. Puedo poner una cobertura con pequeños lazos y puedes pedirle a la florista que te haga un centro de flores a juego con el de tu madre para colocarlo arriba del todo.

Rose asintió rápidamente. En aquel momento, agradecía cualquier sugerencia que le facilitara las cosas. Deb señaló las tartas que tenía delante.

—Iré a preparar té. Ve eligiendo los bizcochos de cada piso —dijo entregándole un papel—. Recuerda que el primer piso será el más grande y el octavo el más pequeño, así que lo único que tienes que decidir es el orden. Te dejaré tranquila durante un rato. Esto lleva su

tiempo.

Dejó a Rose y a Will solos en la habitación. Will apenas había hablado desde que habían llegado.

—¿Estás bien?

—Es solo que me resulta extraño. Deb ni siquiera ha mencionado las pruebas ni lo que está saliendo en la prensa.

—Probablemente no quiera —dijo Rose, y señaló los bizcochos—. Es su negocio y hacer la tarta nupcial de mis padres es una buena publicidad para ella. Seguramente me va a salir caro por encargársela con tan poco tiempo, pero me alegro de poder contar con alguien.

Will frunció el ceño.

—Esta boda va a costar mucho dinero. ¿No va en contra de los principios de tus padres?

Ella arrugó la nariz.

—Sé a lo que te refieres. Supongo que donarán la misma cantidad que van a gastarse —contestó encogiéndose de hombros—. Desde fuera, la boda parecerá ostentosa. Eso fomentará la imagen de éxito que se tiene de ellos.

Will asintió y se quedó pensativo, antes de tomar un trozo de uno de los bizcochos.

—¿Cuál es tu favorito?

—No puedo decidirme, están todos deliciosos.

—¿Qué elegirías para tu boda? Si por mí fuera, sería una gran tarta toda de chocolate.

—No, no me gustaría tener una tarta nupcial.

—¿No? —preguntó él sorprendido.

Ya le había dicho que no quería una gran boda, pero ¿cómo de sencilla la quería?

Rose sacudió la cabeza y agitó la mano.

—No, no me gustan nada esas cosas.

Una desagradable sensación lo embargó.

—¿Te refieres a la boda?

—No, pero eso es precisamente lo que quiero: una boda, con un vestido y un ramo de flores en las manos.

—Y supongo que un novio, ¿no?

Rose echó la cabeza hacia atrás, riéndose.

—Bueno, eso forma parte del paquete.

Se sintió aliviado. Lo cierto era que no se había imaginado que, cuando Rose había dicho que quería una boda sencilla, fuera a serlo tanto. Pero cuanto más la conocía, más la comprendía.

Rose se llevó a la boca un bocado de tarta de zanahoria.

—Esta está deliciosa —dijo, y suspiró antes de levantar un trozo de la de fresa y chocolate blanco—. Pero esta también me gusta.

Al darle un mordisco, se desmoronó y Will alargó la mano y se la colocó bajo la barbilla.

—No me imaginaba que comieras tan mal —dijo él y le llevó a la boca un poco de la tarta de chocolate—. Toma, prueba un poco de mi favorita.

Rose se quedó pensativa. Resultaba muy sensual que alguien le diera de comer, aunque fuera en mitad del día y en casa de otra persona. Su mirada se clavó en la puerta. Deb no estaba por allí.

Separó los labios para que le llevara a la boca un poco de aquel esponjoso bizcocho. La cobertura de chocolate era perfecta y despertó en su boca una explosión de sabores, por no mencionar lo que el roce de sus dedos le provocó.

—Te has manchado un poco —dijo él pasándole el pulgar por la comisura de los labios.

—¿Dónde? —preguntó Rose buscando una servilleta.

—Espera, te lo limpiaré.

Se echó hacia delante y la besó. Sus labios rozaron los de ella, delicadamente al principio antes de separarlos y unir sus bocas. Deslizó la mano por detrás de su nuca y por su pelo, haciéndola desear más. Aquello era lo que le provocaba: le daba un poco y la dejaba deseando más.

Rose empezó a escuchar voces en su cabeza. Aquello se le estaba yendo de las manos. Con cada beso deseaba no volver atrás. La casa de la hermana de Angie daba vueltas a su alrededor. Se apartó y tomó una servilleta. Lo hizo un instante antes de que Deb volviera con el té y su radiante sonrisa en los labios.

Rose tomó el papel y rápidamente enumeró cada piso de la tarta con el bizcocho elegido.

—Muchas gracias por hacer esto, Deb. Ya me dirás qué te debo.

Deb se quedó pensativa unos instantes.

—No te preocupes, pero te agradecería mucho que me consiguieras una foto de tus padres junto a la tarta para mi álbum.

—Claro, claro, eso está hecho.

—Gracias —dijo Deb sonriendo.

A los pocos minutos, se metieron en el coche y se marcharon. Rose se sentía feliz. Por fin podía tachar todos los puntos de la lista de preparativos. Por fin podía relajarse y dedicar toda su atención a la pulsera de su madre.

De repente, cayó en la cuenta de que ya no había motivo para pasar más tiempo con Will. Ya no le parecía tan terrible su propuesta de pasar la noche en la calle.

Will parecía despreocupado.

—¿Estás preparada para pasar una noche en la calle conmigo? Me vendrá bien para olvidarme de esas dichosas pruebas. ¿Sabes algo nuevo?

Ella sonrió.

—Las favoritas son la del gladiador, la del tanga y la de la depilación a la cera en todo el cuerpo —contestó encogiéndose de hombros—. Personalmente, pensé que la gente se inclinaría más por la del baño en el Támesis. Pero no, parece que prefieren algo más humillante.

—¿La de la depilación incluye el pelo de la cabeza?

—Por supuesto.

—No parece muy apropiado para una causa benéfica.

—¿Acaso te lo parece vestirte solo con un tanga y trabajar en la sección de lencería?

Sin apartar la vista de la carretera, Will sonrió.

—Se ve que lo que quieren es humillarme.

Se lo estaba tomando bastante bien. Todo aquel asunto de las pruebas no parecía molestarle. Parecía preparado para cualquier cosa.

Era otro motivo para quererlo. Sabía que pasar una noche con él en las calles no era una buena idea.

—¿Qué necesito?

—Ropa de abrigo, sobre todo una buena chaqueta y unas botas. Puede llegar a hacer mucho frío por la noche.

—¿Crees que llegaremos a dormir algo?

—No lo sé, ya lo veremos. ¿Vendrá algún periodista con nosotros?

—El periódico publicará un reportaje. Me costó convencerlos. Pero no creo que se quede toda la noche.

El teléfono de Will sonó y levantó un poco la cadera.

—¿Puedes sacarlo?

Ella se estiró y metió la mano en su bolsillo. La piel junto a la fina tela de algodón estaba cálida, pero trató de pensar en otra cosa mientras tomaba el teléfono. Lo sacó y miró la pantalla.

—Es Violet. Quiere que la llames —dijo.

Rose sintió que se le encogía el estómago. Era su hermana, la mejor amiga de Will. No había razón para sentirse celosa.

Will inclinó ligeramente la cabeza, pero no dijo nada. Eso la hizo sentirse aún peor.

—Déjame en casa —dijo ella bruscamente—. Tengo que ponerme a trabajar en la pulsera de mi madre.

—Está bien.

Siguieron el resto del camino en silencio y, cuando llegaron a casa de sus padres, Rose se bajó a toda prisa.

—Gracias, te mandaré un mensaje para quedar el sábado por la noche.

Cerró la puerta de un portazo y se cruzó con Violet en el pasillo.

—¿Está Will fuera? Necesito hablar con él.

Violet se apresuró a salir mientras Rose se dirigía a su taller. Tenía que recuperar la compostura y ver las cosas con perspectiva. La cabeza le estaba jugando malas pasadas con aquellos pensamientos tan irracionales. ¿Se sentía así porque estaba enamorada? Porque, si era así, no era una sensación agradable. De repente, sintió que se le revolvía el estómago.

No había manera de impedir aquello. El sábado por la noche, en las calles, iba a suponer un momento crucial para ambos. Él lo sabía y ella también.

Capítulo 10

Era la última prueba del vestido. Daisy ya había vuelto y el embarazo empezaba a notársele. El vestido verde disimulaba perfectamente su vientre abultado. Las tres hermanas, con sus vestidos verde, azul y morado, estaban muy guapas.

Sherry aplaudió.

—Estáis preciosas.

Rose se recogió el pelo.

—¿Necesitamos ponernos una tiara o algo?

Sherry intercambió una mirada con Violet.

—Lo tenemos todo bajo control. Llevaréis flores en el pelo.

Daisy se sentó y se miró las sandalias.

—¿Puedo llevar unas zapatillas en vez de estos tacones?

—No —dijo Sherry, y le enseñó otro par de sandalias parecido—. Te tengo unas planas para la fiesta. Solo tendrás que llevar las de tacón para la ceremonia —y girándose hacia Rose, añadió—: ¿Ya está todo listo?

Rose asintió.

—Las carpas las montarán el día anterior. Violet se ocupa de las flores y Daisy de las fotografías. El grupo telonero de papá está avisado. Las sillas y las mesas llegarán el día antes. Los regalos para los invitados y la tarta están encargados, además del menú. Todo saldrá perfecto, mamá, no tienes nada de qué preocuparte.

Sherry la envolvió en un abrazo.

—Por eso te confiamos todo, cariño. Se te da muy bien organizar cosas. No sé qué haríamos sin ti.

Rose sonrió. Su madre no sabía nada todavía de la pulsera. Estaría encantada. La que no parecía muy contenta era Violet. Era como si el comentario de su madre la hubiera molestado.

Rose no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Tenía mucho en lo que pensar en aquel momento, especialmente en aquel hombre que siempre salía corriendo de sus bodas.

Will apenas podía ver su rostro. La capucha de su parka le cubría hasta la nariz.

—¿Hay alguien ahí dentro?

—Dijiste que haría frío y solo quería estar segura de estar abrigada.

—Hará frío —dijo Will rodeándola por los hombros con el brazo—. Haré todo lo posible por mantenerte caliente.

Rose miró a su alrededor. Había un buen número de personas en el albergue tomando té y sopa.

—¿A qué hora cierra este sitio?

—A las once.

—¿Y adónde se van todos después?

Se fijó en las personas que allí había. La mayoría llevaba varias capas de ropa. Muchos de los que dormían en la calle llevaban zapatos desiguales y viejos. Cuando encontraban un par de zapatos que les quedaban bien, los usaban hasta que literalmente se les caían de los pies.

—Esa es la cuestión. Supongo que lo descubriremos.

Rose se acercó un poco más a él. Will estaba acostumbrado a ir allí. Solía ayudar a servir la comida. No le sorprendía la gente desaliñada que había. Aquel era un sitio seguro en el que podían comer y disfrutar de unas horas de calidez. Era atendido por voluntarios y nada le gustaría más a Will que abrir más horas.

Cuando los encargados de la cocina empezaron a limpiar y a recoger, Will se dispuso a ayudarles. Rose permaneció a su lado fregando platos y limpiando encimeras. Todo el mundo arrimaba el hombro.

Para cuando cerraron las puertas, ya se había hecho de noche. Rose se fijó en la gente que se congregaba en pequeños grupos cerca de la puerta. No estaban hablando. La mayoría estaba decidiendo dónde pasar la noche.

—No tenía ni idea de que hubiera tanta gente durmiendo en la calle —susurró—. ¿El Ayuntamiento no les facilita alojamiento?

Will sacudió la cabeza.

—Algunas de estas personas existen para el sistema, otras no.

Algunos han tenido problemas de adicción y no han sido capaces de pagar sus alquileres, a pesar de que el Ayuntamiento les facilitó una vivienda. Administrar dinero es algo que a mucha gente le resulta difícil.

Rose se quedó sin respiración al ver pasar a un adolescente cabizbajo y muy delgado, con las manos en los bolsillos.

—Will, no debe de tener ni dieciséis años.

Will sintió que se le encogía el corazón.

—Es Alfie y tiene diecisiete años. Lleva dos años en la calle y no quiere que le ayude. Lo he intentado.

Rose se quedó horrorizada.

—¿Por qué iba a querer un chico de esa edad vivir en la calle?

—Ese es el problema, que no lo cuenta. Y es uno de los veinte chicos que conozco que no deberían estar ahí fuera. Mira —dijo él señalando al otro lado de la calle—, ese es Danny, uno de los voluntarios. Estará casi toda la noche velando a los más jóvenes para asegurarse de que no les pase nada. Es un enviado del cielo.

Rose se volvió hacia él.

—No lo entiendo. ¿Por qué estos chicos no quieren dormir bajo un techo y en una cama?

—Porque no todos los hogares son como el tuyo y el mío. Algunos huyen de abusos, otros tienen desórdenes mentales que les hacen difícil integrarse —comentó, y señaló hacia un grupo de hombres de mediana edad—. Y no solos los jóvenes. El año pasado se estimó que unas tres mil personas dormían en las calles de Londres, gente que no tenía familia ni amigos que los ayudase. Hay muchos motivos para acabar viviendo en la calle.

Rose lo tomó de la mano.

—¿Cómo está tu amigo?

Will sintió un escalofrío. Era la razón por la que estaba allí, pero seguía siendo un tema espinoso. Pensaba que le había fallado.

—Va mejor. Tardó mucho en dejar que alguien lo ayudase. Aunque les prometiera un sitio seguro para pasar la noche, la mayoría de ellos no me creerían.

Su voz sonó con tristeza y Rose se aferró a su mano. Will no se imaginaba allí con ninguna otra persona, mucho menos con sus exnovias. Ninguna habría accedido a hacer aquello con él, aunque

tampoco habría querido que lo hicieran.

Pero aquello era diferente. Era importante para él. Y, si la decisión que había tomado en relación a Rose era correcta, aquella era la clase de cosas que quería compartir con ella.

Necesitaba que lo entendiera.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —preguntó señalándole las calles oscuras.

Parecía nerviosa, a pesar de que intentaba disimularlo.

—Estoy bien. Estoy contigo.

Él asintió y echó a caminar.

—Entonces, vámonos. Vamos a ver cómo sobrevives en las calles por la noche.

Aquel era un Londres diferente al que Rose conocía. No era ingenua. Sabía que había gente que dormía a la intemperie y había albergues por toda la ciudad, pero, aunque había participado con sus padres en numerosas causas benéficas, nunca había trabajado en ninguno de aquellos sitios.

Para Rose y sus hermanas, la noche de Londres implicaba ambientes de moda y discotecas. Las calles que estaban recorriendo en aquel momento le resultaban desconocidas. Eran oscuras, húmedas y escalofriantes.

Will la llevó por callejones, deteniéndose junto a contenedores de basura para hablar con gente que se escondía en las sombras. Les repartía galletas y tarjetas con direcciones para encontrar ayuda. La noche se fue haciendo más fría y oscura. De vez en cuando se encontraban con otros voluntarios y algunos policías. Will parecía conocerlos a todos y se paraba a hacer comentarios con ellos. Algunos bromearon sobre el seguimiento que le estaba haciendo la prensa, aunque todos le estaban agradecidos por tratar de llamar la atención de aquel problema.

Empezó a sentirse cansada. El frío le llegaba hasta los huesos. Will la condujo hasta uno de los puentes sobre el Támesis.

—Esta es una zona muy concurrida. Mucha gente pasa la noche debajo de los puentes. Mantente cerca. Suele haber muchas peleas.

La lluvia empezó a caer. Unas gotas gordas comenzaron a atravesar su chaqueta y se apresuraron a resguardarse bajo el puente. Estaba

completamente oscuro, salvo por alguna cerilla que ocasionalmente se encendía.

Al otro lado empezó una pelea por unos cartones. Rose se acercó a Will, lo rodeó por la cintura y se protegió el rostro. La pelea terminó tan rápido como había empezado con el vencedor reivindicando su botín y colocando la caja de cartón en el suelo.

—¿Se estaban peleando por una caja de cartón? —preguntó Rose en voz baja.

Will asintió.

—No tienes ni idea del valor que tiene en la calle, especialmente en una noche como esta. Ven.

La hizo acercarse al muro bajo el puente y se tumbó a su lado. Enseguida empezó a notar el frío del hormigón del suelo traspasando su ropa. Will seguía rodeándola por los hombros y ella se acurrucó contra él para sentir el calor de su cuerpo.

—¿Vamos a quedarnos aquí?

Todo le resultaba extraño: frío, incómodo, inseguro…

—Sí. Aquí es donde mucha gente sin techo pasa la noche. ¿Cuánto tiempo crees que podrás dormir?

—No creo que sea capaz de dormirme —contestó susurrando para evitar que alguien la oyera y se ofendiera.

—Lo sé, pero tenemos que intentarlo. Tenemos que entender por lo que pasa esta gente cada noche. Ese es el mensaje que quiero transmitir.

—¿Qué ha pasado con el periodista?

—Le ha surgido algo. Me hizo una entrevista antes de marcharse y me ha colocado una pequeña cámara en el bolsillo. Luego podrá elegir lo que quiera de la grabación.

Rose puso la mano en el suelo helado.

—Pero no sabrá el frío que hace ni cómo el viento silba debajo del puente ni cómo las gotas de lluvia te mojan.

Will sonrió.

—Tú sí.

—Sí, pero no me gusta, Will. Si estuviera sola estaría asustada. No soporto la idea de pasar cada noche así.

Will se quedó mirando las oscuras aguas del Támesis.

—Aquí es donde Arral solía dormir por la noche.

—¿Tu amigo?

Él asintió.

—Todavía no me explico cómo pudo ocurrir, cómo alguien a quien se le dio tan bien la universidad y que encontró su primer trabajo tan rápido, acabó apuñalado y en el hospital —dijo sacudiendo la cabeza mientras miraba los cuerpos que se apiñaban alrededor de ellos—. Arral estaba casado, pero perdió su trabajo y su casa, y su mujer lo abandonó. No se tomó en serio su matrimonio. Aquello de en lo bueno y en lo malo no iba con ella. En los últimos años no he dejado de pensar en eso, en que el matrimonio es para lo bueno y para lo malo. Siempre me ha hecho dudar y cuestionarme las relaciones que he tenido. ¿Me querría esta persona aunque no tuviera una bonita casa y un buen coche? Nunca he estado seguro de mi capacidad para elegir pareja.

Ella frunció el ceño.

—Pero las he conocido a las cuatro. Marta y Angie parecen muy agradables. Ninguna de las dos está amargada. Se dieron cuenta de que no estaban destinadas a estar contigo. Esther está concentrada en su carrera como periodista. ¿Y Melissa? Parece tener sus propios demonios, así que no creo que se pueda hacer nada por cambiarla —comentó, y apretó con fuerza su mano—. En este lugar se tiene una nueva perspectiva de la vida, ¿verdad?

Miró a su alrededor, al montón de rostros que se ocultaban bajo las capuchas o tras las cajas. La gente que allí estaba era muy variopinta. La mayoría eran jóvenes o de mediana edad. Habría unas cuarenta personas debajo de aquel puente, pero solo dos podían ser consideradas viejas.

—¿Estás bien?

Ella se estremeció y se acercó más a él.

—Sí, es solo que me estoy acordando de algo.

—¿De qué?

—De mi amiga Autumn —contestó Rose con tristeza—. Murió de una sobredosis en una fiesta. Ambas estuvimos allí y aquella noche tomé una decisión equivocada. Ambas nos equivocamos —añadió, y su voz comenzó a temblar—. Sabía que había tenido problemas con las drogas, pero aun así la dejé sola por irme con un hombre. No era una estúpida adolescente, sino una mujer de veinticuatro años que dejó a un lado a su amiga. Le fallé a ella, a mí misma y a mis padres.

Tuvieron que soportar las consecuencias de mi error.

Se sentía avergonzada de reconocer aquello en voz alta. ¿Qué pensaría Will de ella?

—Me pregunto cuántas de estas personas no tuvieron más opción que acabar aquí. Qué injusto —añadió en un murmullo, antes de continuar con su relato—. Por suerte, yo tenía una familia. Mi padre se ocupó de todo. Vino conmigo a hablar con los padres de Autumn y se quedó horas. La gente no sabe cómo es mi padre. No se imaginan que una estrella de rock pueda ser un padre tan comprensivo —dijo, y Will trató de reconfortarla tomándola del hombro—. Después del funeral, no pude soportarlo más. No soy una buena persona, Will. Soy la persona con más defectos que puedas conocer. Me fui a Nueva York huyendo, para empezar de nuevo, pero ahora me siento la persona más patética. No me sentí lo suficientemente fuerte para soportarlo y me marché. Pero ¿y si no tienes los medios para marcharte? ¿O si los medios para marcharte hacen que acabes en la calle? No fui lo suficientemente fuerte. No pude soportar lo que la prensa decía de mí. Odiaba ver mi foto en el periódico. No soportaba las mentiras. Ya no me fiaba de mi criterio y sentía que había fallado a mis padres. Pero todavía tenía a mi familia. ¿Es esto lo que ocurre cuando no tienes una familia que te apoye?

Will la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Rose, Violet y tú sois dos de las personas más fuertes que conozco. La prensa se ha aprovechado de vosotras. Contigo, por la muerte de tu amiga, y con Violet, por ese vídeo sexual. Pero ninguna os habéis hundido, si acaso, os ha hecho más fuertes. No saliste huyendo, necesitabas recuperarte. Has pasado los últimos años trabajando mucho para tu padre, no te has escondido. Y has descubierto algo con lo que disfrutas: hacer joyas. Teniendo en cuenta todo eso, ¿cómo vas a ser débil o una fracasada? Todos tenemos que asumir lo que la vida nos depara y llevarlo lo mejor posible —declaró y le acarició la mejilla—. ¿Es de eso de lo que tienes miedo, de no poder controlar lo que la prensa publica de ti, de fallarles a tus padres, de confiar en tu criterio? Confía en ti, Rose. Yo confío en ti, al igual que todos los miembros de tu familia. Has organizado la renovación de votos de tus padres en un tiempo récord. Han confiado en ti para que lo hicieras. Ellos confían en tu criterio —afirmó y, acercándose a ella, añadió—: Y yo también, Rose, más de lo que te imaginas. ¿Crees que habría traído a otra persona aquí? ¿Crees que alguna de mis novias hizo al menos el intento de entender esto? Solo podías ser tú. Eres la única persona con la que podía compartir esto.

Sonaba muy convencido. Estaba muy seguro de lo que estaba

diciendo.

—Ya te he contado que a Arral lo abandonó su esposa y que los días previos a mis bodas empezaba a tener dudas. Dudaba de si esa era la persona con la que quería envejecer —continuó Will—. No tengo ninguna duda sobre ti, Rose. Me veo envejeciendo a tu lado. Tienes que darnos una oportunidad. Lo que hay entre nosotros es real.

Ahí estaban las palabras que pensaba que quería oír. ¿Cómo decirle que a pesar de que estaba tan seguro, era ella la que tenía dudas?

De repente, cayó en la cuenta. El problema no era él, sino ella.

Will era considerado el Novio a la Fuga. Era una etiqueta que nunca iba a desaparecer. Su instinto le decía que confiara en él, que creyera lo que le estaba diciendo.

Pero todavía no había aprendido a confiar en su instinto otra vez. Era lo que la estaba reteniendo. La parte precavida de su cerebro le decía que Will estaba en las primeras fases del enamoramiento y que en pocos meses todo habría acabado. No era posible conocer a alguien bien en unas semanas.

Pero estaba Daisy. Se había acostado con Seb una noche y había vuelto al poco tiempo para darle la noticia de que esperaban un bebé. Se habían casado a las pocas semanas y, aunque al principio habían tenido dudas, en su boda sus caras no habían engañado a nadie al pronunciar sus votos matrimoniales. Si le había funcionado a Daisy, ¿por qué no a ella?

Era muy fácil sentir algo por Will. Era guapo y encantador. Incluso en una noche fría, húmeda y lluviosa, la hacía sentirse la persona más especial del mundo.

—Una vez que acabe esto, vayámonos a alguna parte solos los dos. No quiero compartir esto con nadie, Rose. No quiero compartirte —dijo rozando con sus labios los suyos.

Lo único que distinguía Rose en aquella oscuridad era el azul oscuro de sus ojos. Era lo primero en lo que se había fijado de él, lo que le había atraído y que había hecho que le diera un vuelco el corazón.

Esa vez, no oyó ninguna voz de advertencia en su cabeza. Quizá, por vez primera, estaba preparada para arriesgarse en el amor.

No podía separarse de Will en aquel momento aunque lo intentara, así que se quedó allí, envuelta por sus fuertes brazos, disfrutando de su calor. Se sentía bien y a salvo. Era como si aquel fuese el sitio en el

que debía estar.

Parte de su cabeza seguía dando vueltas. Tenía que sincerarse con Violet y con Daisy. Tenía que contarles a sus hermanas cómo se sentía. Todo aquello no sería cierto hasta que no lo hiciera. Su familia era muy importante para ella, pero esperaría hasta que se hiciera público el anuncio del día siguiente y a la renovación de votos.

Eso le daría un poco de tiempo para volver a confiar de nuevo en su instinto.

Confiaba en que no ocurriera nada antes.

Capítulo 11

Abrió los ojos y oyó a Will respirando a su lado. Sentía su pecho subir y bajar junto a su espalda. Su brazo la rodeaba. Esa vez, despertarse junto a Will fue una sensación completamente diferente.

Al ver la hora en el reloj, se sorprendió. Era casi mediodía. Will había hecho una reserva en un hotel del West End de Londres. Había acabado agotada después de pasar la noche en las calles. El periodista había esperado a Will y le había concedido una breve entrevista sin soltarla de la mano. Luego, la había llevado a aquel hotel y le había hecho muchas cosas más hasta que habían acabado durmiéndose.

El corazón empezó a latirle con fuerza. Más tarde habría más entrevistas y luego, por la noche, se emitiría el programa en el que se daría a conocer la prueba ganadora. Había prometido estar allí. Pero en aquel momento, tenía que volver a casa y trabajar en la pulsera de su madre. El tiempo pasaba y no solo tenía compromisos que cumplir con Will, también con su familia. Sobre todo después de lo que había pasado entre ellos. Necesitaba hablar con Violet cuanto antes.

Salió de entre las sábanas. Su ropa estaba en el suelo y la recogió antes de ponérsela. Debería despertarlo, pero había acabado tan cansado como ella. Le dejaría dormir y le pediría el desayuno en una hora. Así podría atravesar Londres y dedicar unas horas a trabajar en la pulsera antes de tener que ir al programa de televisión. Si lo despertaba, se distraería.

Sacó el teléfono. No tenía batería y se había olvidado de llevar el cargador. Se inclinó y le dio un beso en la frente. Él ni se movió. Siguió respirando profundamente. Ella sonrió y se fue pensando en lo que había pasado aquella noche recorriendo Londres.

Algo no iba bien. No había ningún cuerpo cálido junto a él en la cama.

Se dio la vuelta y miró a su lado y luego hacia la puerta del baño. Se quedó a la espera de oír correr el agua y ver a Rose salir. Pero todo permaneció en silencio.

Unos golpes en la puerta a punto estuvieron de provocarle un ataque al corazón. La puerta se abrió y un empleado del hotel

apareció con una bandeja.

—Su desayuno, señor Carter.

—No lo he pedido.

Su estómago rugió.

—Una joven lo encargó para usted —dijo el hombre sonriendo con nerviosismo.

Will apartó la sábana y fue a levantarse hasta que se dio cuenta de que no llevaba nada puesto. El hombre giró la cabeza rápidamente y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde está?

—Creo que se ha marchado, señor —contestó el empleado, cerrando la puerta tras de sí.

El aroma a beicon, huevos y café llenó la estancia, mientras Will se metía de nuevo en la cama.

¿Por qué se había marchado después de la mañana que habían pasado? Will sintió que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Acaso lo había malinterpretado?

Sacó el teléfono y la llamó. Le saltó el buzón de voz. Le envió un mensaje y se quedó a la espera durante unos minutos de que le contestara. Nada.

Aquello no podía estar pasando. ¿Por qué demonios iba Rose a pedirle el desayuno y despedirse sin decir adiós o, peor aún, sin dejarle un mensaje? Buscó un papel y un bolígrafo, pero no encontró nada.

Apartó la bandeja del desayuno. En aquel momento no podía comer nada. Su teléfono sonó y se sobresaltó, pero no era un mensaje, tan solo un recordatorio de que en una hora un coche lo recogería para llevarlo al estudio de televisión. El programa no empezaba hasta las seis, pero querían que fuera pronto para ensayar. Teniendo en cuenta que todo aquello lo hacía por una causa benéfica, no quería fallarles.

Necesitaba ropa limpia. Seguía apretando con fuerza el teléfono y los dedos se le estaban poniendo blancos. Rose tendría que esperar hasta más tarde.

Estaba sin aliento y no paraba de maldecir.

—¿Cómo se llama? —preguntó el hombre de la recepción sin ningún interés.

—Rose Huntingdon-Cross.

Echó un vistazo a la lista y sacudió la cabeza.

—No aparece.

—¿Cómo que mi nombre no aparece? Pero si fui yo la que organizó la entrevista.

—No aparece en la lista.

Cada vez estaba más furiosa y, conteniendo las ganas de tomar a aquel hombre por el cuello, se cruzó de brazos.

—He venido para la entrevista de Paul Scholand con Will Carter, ya sabe, el Novio a la Fuga. Puedo darle el nombre de cada una de sus exnovias, quienes, por cierto, ya habrán pasado por aquí.

El hombre ni se inmutó.

—No figura en la lista —repitió.

Rose respiró hondo. Aquello parecía un desafío.

—¿Por qué no mira por el apellido de Cross? A veces la gente se equivoca.

A regañadientes, el vigilante pasó las páginas.

—Cross, Cross… Vaya.

El hombre le hizo un gesto con la mano para que pasara y ella se apresuró a hacerlo. Una vez dentro, encontró el estudio sin problemas. Paul Scholand llevaba cinco años haciendo entrevistas en el mismo estudio y Rose había estado varias veces allí con la banda de su padre. De hecho, en un mes tendría que volver.

Pero aquel día era diferente. El estudio estaba normalmente tranquilo, pero con aquellas cuatro mujeres a las que parecían mantener apartadas de Rose, y Will, a quien mantenían apartado de todo el mundo, los ayudantes y demás asistentes no dejaban de correr de un lado para otro.

Aquello que acababa de echar a rodar, se estaba convirtiendo en un torbellino en el que no estaba segura de querer participar. Si ella se sentía así, ¿cómo se estaría sintiendo Will?

Se metió la mano en el bolsillo y de pronto recordó que no había cargado la batería de su teléfono. Se le había ido el santo al cielo en el estudio. Se había quedado sin uno de los oros y el pedido tardaría más

de un día en llegar, por lo que se retrasaría en acabar la pulsera. En circunstancias normales, se habría dado cuenta al momento de que le faltaba material. Pero había estado demasiado ensimismada imaginando las manos de Will recorriendo su piel. Cada vez que pensaba en él, sentía un cosquilleo.

Miró a su alrededor, buscándolo en el estudio. Su mirada se encontró con la de alguien que la estaba observando atentamente: Angie, una de las exnovias de Will.

Dudó unos instantes antes de sonreír y dirigirse hacia ella.

—Angie —dijo tendiéndole la mano—, es un placer conocerte. Gracias por hacer esto. Los teléfonos no paran de sonar. Estamos recaudando mucho dinero para la organización benéfica.

Angie inclinó ligeramente la cabeza. La estaban peinando y maquillando.

—Me alegro mucho de que esté yendo tan bien.

Rose sintió un escalofrío en la espalda. Angie se mostraba reservada. ¿Había hecho algo para ofenderla?

—Y gracias por ponerme en contacto con Deb. Sus tartas son deliciosas. Me he quitado un peso de encima.

De repente, Angie acercó un envase de plástico hacia Rose.

—Deb te manda algo más para que lo pruebes. Es un bizcocho de chocolate y avellanas. Se le ha ocurrido que quizá quieras unos pasteles para más tarde.

Rose tomó el envase de inmediato. No podía esperar para probar el bizcocho.

—Muchas gracias, esto es estupendo. La llamaré más tarde.

Angie miró a un lado y a otro, como si quisiera asegurarse de que nadie la oía.

—Ten cuidado —le advirtió bajando la voz—. Se te nota, Rose. Créeme, desaparecerá enseguida. Eres una mujer muy agradable.

Rose abrió la boca para negarlo todo, pero el peluquero volvió a aparecer y siguió peinando a Angie.

Se había quedado boquiabierta. ¿Angie podía adivinarlo solo con mirarla a la cara? ¿Cómo era posible? No había pasado nada hasta aquella mañana. Hasta entonces, solo había habido unos cuantos besos, nada significativo.

Will estaba al otro extremo del estudio con Paul Scholand. Lo

saludó con la mano y él frunció el ceño, como si estuviera intentando adivinar quién era. Se le olvidaba que los focos apuntaban directamente a sus ojos.

Rose se acercó, pasando por detrás de las cámaras.

—¡Tú! —exclamó una voz a su espalda.

Se dio media vuelta y sostuvo con fuerza el envase de plástico como si fuera un escudo protector. Melissa Kirkwood provocaba aquella reacción en la gente. Aquella mujer no había superado que la dejara plantada. Era ella la que había sugerido el baño en el Támesis.

—¿Qué puedo hacer por ti, Melissa? —dijo Rose con su voz más dulce.

No tenía ninguna intención de hacer algo por Melissa. De hecho, estaba deseando alejarse de ella.

Melissa se cruzó de brazos. Llevaba un vestido de color rosa intenso con una abertura en la parte delantera. Una de las peluqueras del estudio estaba detrás de ella, arreglando las ondas de su pelo. Era evidente que Melissa había decidido no ser tan discreta como Angie.

—¿Estás flotando en una nube? ¿Crees que Will no volverá a mirar a una mujer de la misma manera en que te mira a ti? ¿Te ha dicho ya que te ama? Todas hemos pasado por ahí, querida. No pienses que eres especial.

Fue como si alguien le echara un jarro de agua fría por la cabeza.

¿Qué les pasaba a aquellas mujeres? Era como si llevara un rótulo de neón sobre la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —contestó rápidamente.

—Claro, querida, eso es lo que dicen todas antes de que les regale el anillo de pedida. Luego sale corriendo como si le persiguieran unos zombis asesinos. Lo llevas escrito en la cara. Eres la siguiente tonta de la lista.

Rose sintió que se sonrojaba. Dos exnovias acusándola de lo mismo. ¿Acaso había una cámara en la habitación del hotel aquella mañana? Lo último que quería era acabar como su hermana, protagonizando una grabación de contenido sexual.

Se dio la vuelta y se alejó de Melissa. Ya había tenido bastante.

Will estaba al fondo del plató, mientras una maquilladora le aplicaba polvos en el rostro. Aunque la mujer no paraba de hablar, sus ojos estaban fijos en los de Rose.

En dos pasos llegó junto a ella.

—¿Adónde te fuiste? Te he estado llamando. ¿Por qué no me has devuelto las llamadas?

Rose se quedó pensativa. Sus mejillas seguían sonrojadas por los comentarios de Angie y Melissa. Odiaba que la gente adivinara sus pensamientos, sobre todo cuando no había tenido ocasión de hablar con sus hermanas. ¿De veras estaba preparada para aquello?

Su silencio afectó a Will. Parecía dolido, incluso enfadado.

Paul Scholand apareció junto a él.

—¿Estás listo, Will? Empieza la cuenta atrás.

Will asintió.

—Espérame aquí —le dijo rápidamente.

La forma en que la miró le hizo sentir un vuelco en el estómago. Quería contarle la verdad. Se sentía confusa y necesitaba tiempo para pensar y hablar con su familia. La noche anterior y la mañana habían sido fantásticas. Casi se había convencido de que todo lo que le había dicho había sido en serio.

Pero allí, junto a las mujeres que había amado antes, se sentía abrumada. ¿Cómo demonios iba a saber lo que de verdad sentía Will por ella? Aquello presagiaba un desastre.

Will sentía claustrofobia en aquel lugar. Paul no dejaba de mirarlo de manera tranquilizadora y de darle palmadas en la rodilla. Debía de estarse dando cuenta de que Will quería salir corriendo del estudio.

El cámara les hizo una señal y la música empezó a sonar en el estudio. Al otro lado del plató, sus exnovias estaban sentadas en un sofá curvo. Hizo una mueca. Algunas se habían visto antes. Esperaba que el estudio estuviera preparado para aquello.

Por mucho que se fijara, no llegaba a distinguir dónde estaba Rose. Se había dado cuenta de que estaba asustada. Aquella mañana se había marchado como si tuviera dudas. No había respondido a sus muchas llamadas. Por primera vez en su vida, se sentía al otro lado. Quería que Rose sintiera lo mismo que él.

De no ser así, todos sus planes serían para nada y haría el ridículo más de lo habitual.

Paul estaba hablando en aquel momento, presentando un vídeo en

el que cada una de las exnovias comentaba la prueba que había propuesto.

Miró a las cuatro. En algún momento de su vida las había amado. Al menos, así lo había creído. En ese momento se daba cuenta de que tan solo habían sido un capricho.

No se parecía en nada a lo que sentía por Rose. Era su primer pensamiento al despertarse cada mañana y el último por la noche. El día anterior se había dado cuenta de lo vulnerable que era y quería hacer todo lo posible por proteger a la mujer a la que amaba.

No iba a huir asustado de Rose. Todo lo contrario. Quería ir tan deprisa que temía espantarla.

¿Y si lo había malinterpretado todo y en verdad ella no deseaba ir tan lejos? Para él, era muy importante demostrarle que ella era diferente, que era la mujer de su vida y que ya no sería el Novio a la Fuga nunca más.

—¿Estás listo para conocer el resultado final? —preguntó Paul tocándole el brazo.

Will parpadeó. No estaba prestando atención. Paul seguía esbozando su perfecta sonrisa televisiva.

—¿Quieres explicarle a la audiencia por qué es tan importante esta organización benéfica para ti?

Will asintió. Tenía que concentrarse. Aquello era importante.

—Es importante para mí porque tuve un amigo que acabó viviendo en la calle. Hay muchas ideas equivocadas sobre la gente que vive en la calle. No todos son drogadictos o alcohólicos. No todos tienen problemas con la policía. Mi amigo no había hecho nada malo, pero por la crisis económica su compañía quebró. Como consecuencia perdió su casa. No podía pedir trabajo porque no tenía un domicilio estable. No tenía familia a la que recurrir y le daba vergüenza pedir ayuda a los amigos. Me enteré después de que lo apuñalaran una noche y la policía se pusiera en contacto conmigo porque habían encontrado una tarjeta mía entre sus cosas. Quiero que la gente entienda que hay muchas razones por las que se puede acabar en las calles, pero que podemos hacer algo por evitarlo. Acudan al albergue más cercano y ayuden en lo que puedan. No tiene que ser mucho. Pueden donar ropa, comida, ayudar en la cocina, enseñar algo a los demás.

Paul asintió muy serio y se giró hacia la cámara.

—Las votaciones han concluido ya. Estamos a punto de averiguar

cuánto dinero se ha recaudado para esta causa benéfica. Señoras, ¿están preparadas?

La cámara enfocó a las cuatro mujeres. Aquella no era la idea que tenía Will de pasarlo bien. Pero, si hacía llegar el mensaje, no le importaba.

—¿Hay alguna prueba en particular que te gustaría evitar?

—Paul, estoy deseando hacer la prueba que el público haya elegido, por humillante que sea. Quiero dar las gracias a todas las personas que han descolgado el teléfono y han votado, contribuyendo a aumentar la recaudación —dijo Will, y se llevó la mano al pecho—. Muchas gracias de todo corazón.

Paul esperó el redoble de tambores, que pareció durar una eternidad.

—Las votaciones han concluido. Will Carter, la cantidad total recaudada para tu fundación benéfica es de un millón cien mil libras.

Las piernas de Will cobraron vida propia y saltó dando un puñetazo al aire.

—¡Bien!

Enseguida empezó a pensar en todas las cosas que iba a poder hacer con aquel dinero. Rose era un genio. Estaba deseando darle un beso.

Paul seguía hablando y Will se abrió paso entre el concurrido estudio. Había dejado de escuchar a Paul. Ya no le importaban las cámaras. Lo único que quería era encontrar a Rose.

La encontró con una radiante sonrisa y se abrió paso a codazos hasta ella. Luego la tomó en sus brazos y dieron varias vueltas.

—Es estupendo, Rose. ¿Sabes lo que esto significa?

No esperó a que contestara. La dejó en el suelo y le dio un beso en los labios, tomando su rostro entre las manos. Sabía a fresas, a dulces y jugosas fresas.

Pero ella no le devolvió el beso como solía hacer.

El bullicio del estudio parecía haberse desvanecido. Will sintió unas palmadas en el hombro. Paul, con un cámara, estaba a su lado.

—Will, ¿quién es esta mujer? ¿Deberíamos conocerla? ¿Es tu nueva novia?

Will sintió que Rose se ponía tensa y que apartaba los labios de los suyos. En sus ojos vio pánico. Se había equivocado, justo lo que no

quería que pasara. Se había dejado llevar por la emoción del momento y por los recuerdos de aquella mañana. Ni siquiera le había preguntado a Rose si estaba preparada para hacer público lo suyo y acababa de besarla en televisión, delante de todas sus exnovias. ¿Podía haberlo hecho peor?

—Rose, no te asustes. Todo saldrá bien. Deja que yo me encargue —susurró.

Pero se la veía asustada.

—No estoy preparada para esto, Will —dijo dejando caer sus manos.

Sus palabras sonaron muy frías.

Will se apartó. Parecía dolida y confundida. Y todo, por su culpa.

Will estaba acostumbrado a que las mujeres se enamoraran de él. No estaba acostumbrado a que lo dejaran plantado. Pero Rose era diferente y se había dado cuenta desde el principio. Por eso la amaba.

Se volvió hacia Paul. En aquel momento, deseaba darle un puñetazo. Paul sabía perfectamente quién era Rose.

Había trabajado con ella a menudo.

—Rose es solo una amiga —afirmó rápidamente, antes de girarse y mirar a la cámara—. Creo que no estoy preparado para tener otra novia, ¿no te parece? —dijo, y señaló hacia las cuatro mujeres que estaban sentadas—. Veamos qué prueba voy a tener que hacer.

Se dio la vuelta y vio que en donde había estado Rose no había nadie. Se había ido.

Rose nunca había caminado tan deprisa. Unas lágrimas surcaban sus mejillas. «Creo que no estoy preparado para tener otra novia, ¿no te parece?».

¿Qué más necesitaba para darse cuenta? Coleccionaba novias como los niños coleccionaban juguetes, cromos o coches. Will Carter hacía promesas que luego no podía cumplir.

Aquello no era para ella y nunca lo sería. Rose era una mujer tradicional. Quería lo que sus padres tenían: amor de por vida. No estaba dispuesta a conformarse con menos. Esperó a cruzar las puertas del estudio y sentir el aire fresco en la cara para echarse a llorar. Necesitaba irse a casa y hablar con sus hermanas.

Porque, en un momento como aquel, necesitaba a sus hermanas.

Capítulo 12

El teléfono de Will sonó y corrió al otro lado de la habitación, golpeándose con una silla antes de saltar sobre la cama para descolgarlo.

—¿Rose?

—Soy Violet y voy a matarte con mis propias manos, Will Carter.

—Pensé que era Rose —dijo él dejándose caer sobre la cama—. Le he dejado una docena de recados y le he mandado cientos de mensajes de texto.

—Lo sé, los he leído todos. Estoy a cargo de su teléfono.

Will se sorprendió. Aquellos mensajes eran privados y no para que los leyera su familia.

—Por favor, déjame hablar con ella.

—De todas las mujeres del mundo, has tenido que romperle el corazón a mi hermana.

—No, eso es lo último que quiero hacer.

—Bueno, demasiado tarde.

Nunca antes había oído a Violet así. Llevaban años siendo amigos y nunca habían discutido.

—Violet, ¿cuánto tiempo hace que me conoces?

—Tres años —contestó ella después de una pausa.

—¿Te he mentido alguna vez?

—No.

—Violet, amo a Rose con todo mi corazón. He hecho una locura para demostrárselo, pero es un poco difícil contárselo si ni siquiera quiere hablar conmigo. Necesito tu ayuda, por favor. Rose es mi mujer ideal. Nunca habrá nadie más. Ayúdame a demostrárselo.

Se oyó un largo suspiro al otro lado de la línea.

—Espero que valga la pena, Will.

El alivio de él fue inmediato.

—Más que eso, Vi, te lo prometo. Lo que necesito que hagas…

Rose no había tenido ni un minuto libre. La semana anterior había sido frenética con los últimos detalles de la ceremonia de renovación de los votos de sus padres. A la vez había tenido que vigilar a Daisy para que no hiciera demasiados esfuerzos en su estado y había estado evitando en todo momento los mensajes de Will.

Le había mandado flores todos los días, además de globos, pastelitos y los bombones que tanto le habían gustado en la feria de las bodas. Era agradable, pero eran detalles de un hombre acostumbrado a tener atenciones, no a entregar su corazón.

Al principio, Violet se había mostrado enfadada y Daisy compasiva. Pero en los últimos días, ambas hermanas habían estado sorprendentemente calladas. Quizá estaban tan ocupadas con los preparativos como ella.

Por fin todo estaba preparado.

Las carpas estaban montadas en su sitio con los rincones llenos de globos rosas y plateados en forma de corazones. Los arcos de flores y las sillas para la ceremonia exterior también estaban colocados. El sol había decidido brillar ese día.

La gente había estado llegando a Huntingdon Hall desde por la mañana. Amigos famosos, con su lista de exigencias.

Rose los había ignorado a todos. Ya eran lo suficientemente adultos como para arreglárselas solos. Con su madre tenía bastante.

Daisy estaba echada en una chaise longue con su vestido verde y su pelo cayendo en ondas sobre los hombros. A Violet le sentaba muy bien el vestido morado y las exóticas flores que su madre había elegido eran la combinación perfecta por su explosión de color.

—¿Os parece que se me están hinchando los tobillos?

Violet reparó en los tobillos de Daisy, que se veían perfectos con sus sandalias planas.

—Anda, Daisy, cierra el pico.

Rose hizo una mueca. Aquello resultaba cortante, aun proviniendo de Violet, pero parecía estar nerviosa.

—Bueno, chicas, ¿qué os parece?

Sherry Huntingdon estaba muy guapa. El vestido de encaje color crema con cola se ajustaba a su cuerpo perfectamente. Sus tres hijas la rodearon y se dieron un abrazo. Era algo que habían hecho desde que eran pequeñas.

—Estás espectacular, mamá —dijo Rose, tratando de contener las lágrimas—. Papá no va a poder quitarte los ojos de encima.

—Vamos a la escalera para las fotos. El vestido se verá precioso —comentó Daisy, pensando como la fotógrafa profesional que era.

Pero Rose no pudo mostrarse feliz para las fotos, por mucho que lo intentó. Tenía el estómago hecho un nudo. Debía relajarse. Todo estaba saliendo bien. Todas las horas que había dedicado a planificar aquello estaban dando sus frutos. Las noches que había pasado sin dormir trabajando en la pulsera de oro de su madre habrían merecido la pena, estaba segura. Pero ¿por qué no podía sentirse bien?

Todo estaba saliendo a la perfección. Trescientas personas habían asistido a la ceremonia de renovación de votos. Entre ellos, en alguna parte, estaba Will, pero todavía no lo había visto.

Después de la ceremonia hubo más fotos, además de entremeses y mucho vino. Luego, se sirvió la cena.

Su padre se levantó para pronunciar un discurso y Rose sintió que se quedaba sin respiración.

—Quiero daros las gracias a todos por estar hoy aquí —comenzó Rick alzando la copa—, por presenciar la boda que mi querida esposa se merecía, aunque sea veintiocho años más tarde. La mayoría sabéis que Sherry y yo nos casamos en Las Vegas. Apenas nos conocíamos —dijo, y volvió a levantar la copa mirando a su esposa con devoción—, pero, cuando lo sabes, lo sabes. Quiero que sepáis que cada día que he pasado con Sherry ha sido perfecto. Nos hemos peleado, hemos discutido, incluso en alguna ocasión hemos dejado de hablarnos. Pero no ha habido ningún día en que no haya querido formar parte de esta unión, de esta familia que con nuestras tres maravillosas hijas hemos formado —y tomando un pequeño estuche, añadió—: Muchas personas se compran nuevas alianzas para la ceremonia de renovación de votos. Pero Sherry y yo no hemos querido hacerlo. Hemos llevado estos anillos durante veintiocho años y nos han acompañado en los buenos y en los malos momentos. Son nuestros amuletos de la suerte. Así que con la ayuda de una de nuestras fabulosas y talentosas hijas, quiero regalarte esto.

Le entregó el estuche a Sherry y ella lo abrió con sus manos temblorosas. Sacó la pulsera y al instante se puso de pie y se abrazó al cuello de Rick.

—Es perfecta.

Los camareros esperaban para servir el primer plato. Pero Rose tenía el estómago cerrado. No era capaz ni de tomar un bocado.

Siempre lo había sabido. Aquello era lo que quería, despertar cada día sabiendo que había una persona que quería estar siempre a su lado.

—Disculpe —dijo a la persona que tenía al lado—. Tengo que ir a empolvarme la nariz.

Rápidamente recorrió los jardines y entró en la casa. Todo estaba tranquilo.

Respiró hondo, cerró los ojos y se apoyó en la pared. Tenía que mantener la compostura. Estaba en la renovación de los votos matrimoniales de sus padres. Lo único que tenía que hacer era aguantar hasta el final. Aquello no tenía nada que ver con ella ni con Will, sino con sus padres.

No pudo evitar derramar unas lágrimas. Oyó un golpe seco a su lado, el sonido de otros hombros al dar con la pared. Era Violet. De pronto una mano tomó la suya. Era una mano grande y fuerte, cuyos dedos se entrelazaron con los suyos.

Abrió los ojos.

—Will.

No quería que la viera así. Quería que la viera cuando estaba segura de sí misma, cuando sabía exactamente cómo reaccionar estando a su lado.

Will soltó su mano y se colocó delante de ella, apoyando cada mano sobre sus hombros y acorralándola contra la pared.

—Rose, no me devuelves las llamadas ni me contestas los mensajes.

—Yo… yo…

Era incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Nosotros, tenemos que hablar de nosotros, Rose.

—No hay nada entre nosotros.

—Pero debería haberlo —replicó él rápidamente.

—Lo siento, no pude soportarlo más en el estudio. Cuando vi a todas tus exnovias juntas mirándome, me sentí como si yo fuera la siguiente para ir al matadero. Fue demasiado, Will. Era demasiado pronto. Después de lo que acabábamos de hacer… Luego Angie dijo algo y me besaste, antes de que Paul soltara aquella broma.

—Déjalo ya, Rose —dijo él poniéndole un dedo en los labios.

Ella dejó de balbucear y trató de pensar con claridad. Will apartó la mano de sus labios y se la llevó al corazón.

—Tú eres la persona que me importa. Esas mujeres forman parte de mi pasado. Ninguna de ellas me importa. Tú eres lo que importa, eres mi futuro.

Ella volvió a abrir la boca, pero él sacudió la cabeza para hacerla callar.

—Debería haber previsto cómo te sentirías en el estudio. Si a mí no me apetecía estar allí, ¿por qué iba a apetecerte a ti? Era claustrofóbico. Nadie había pasado una noche como la nuestra ni visto lo que habíamos visto. Cuando Paul me dijo cuánto dinero habíamos recaudado, quise contártelo enseguida. Quería celebrarlo contigo, Rose —dijo levantando las cejas—. Y quiero agradecerte que no hayas venido al centro comercial a ayudarme a vender ropa interior femenina vestido con tan solo un tanga.

Rose no pudo evitar sonreír. Las fotos del trasero de Will probablemente habían contribuido a vender un millón de periódicos. La tienda nunca había conocido tal éxito de ventas y se había comprometido a donar un porcentaje a la organización para los sin techo.

Ella suspiró.

—No podía. Necesitaba tiempo y espacio.

Will alzó la mano y ensortijó en un dedo uno de los rizos rubios de Rose.

—Lo entiendo, pero te he echado de menos. Te he echado de menos cada día, Rose. No quiero pasar ni un solo día sin ti.

El nudo de su garganta se estaba haciendo más grande por segundos. Will estaba siendo sincero. Pero todavía tenía la terrible duda de que no era la única mujer que había oído aquellas palabras y eso le estaba partiendo el corazón.

—Te quiero, Rose —dijo él acariciándole la mejilla—. Quiero tenerte siempre a mi lado.

Una lágrima rodó por su mejilla. Debería estar dando saltos de alegría y, aunque en parte deseaba hacerlo, no se sentía capaz de afrontar el dolor de ser plantada en el altar, especialmente amándolo como lo amaba con todo su corazón.

Estaban los dos solos en el pasillo. Podía distinguir el borde oscuro de sus ojos, una visión que disfrutaría contemplando el resto de su vida.

—Puedo demostrártelo.

Metió la mano en su chaqueta y Rose sintió que el corazón se le desbocaba.

«No, esto no. Cualquier cosa menos esto».

—No quiero ser tu próxima novia —dijo sin pensárselo dos veces.

—Y yo no quiero que seas mi próxima novia —replicó él.

Lentamente sacó la mano del bolsillo de su chaqueta. No era el estuche de un anillo, ni nada relacionado con joyas. Era un trozo de papel. Rose no pudo evitar que se le encogiera el corazón.

Sin decir nada, Will le entregó el papel y bajó la otra mano de la pared.

Con manos temblorosas, Rose desdobló el papel y se quedó mirándolo unos segundos. Aquellas palabras la sorprendieron. No acababa de entender su significado porque nunca antes había visto nada parecido.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz temblorosa.

—Son nuestras amonestaciones. Para esta noche, para casarnos en la capilla de la isla. No quiero que seas mi novia, Rose. Quiero que seas mi esposa. No sé de qué otra manera demostrártelo.

—Pero ¿cómo has hecho esto?

Sus manos seguían temblando al ver la fecha. Habían pasado dieciséis días. No podía respirar. Se le doblaban las piernas.

—¿Ya lo sabías?

—Ya lo sabía, Rose. No tenía ninguna duda. A la única persona a la que tenía que convencer era a ti.

—¿Quieres que nos casemos hoy?

Él sonrió y clavó una rodilla en el suelo.

—Así es como se supone que debo hacerlo, ¿no? Supongo que tenía miedo de que no me dejaras llegar tan lejos —dijo tomándola de las

manos, y continuó—: Rose HuntingdonCross, te quiero con todo mi corazón y quiero despertarme a tu lado el resto de mi vida. Me da igual dónde lo hagamos. Si quieres seguir trabajando en Nueva York, iré contigo. Si quieres continuar diseñando joyas, te construiré un taller.

Haré lo que quieras, Rose.

Se inclinó y le besó los dedos uno detrás de otro.

—He prestado atención a todo lo que me has dicho. No quieres una gran boda, te gusta la capilla de la isla, los farolillos de colores y las cosas sencillas. Quieres alguien que te ame con todo su corazón, quieres la clase de amor que tienen tus padres —añadió guiñándole un ojo—. Eso me lo ha contado Violet. Así que ¿quieres concederme el honor de ser mi esposa? Te quiero, Rose. Nunca querré a nadie como te quiero a ti y espero que tú sientas lo mismo. Porque yo también quiero la clase de amor que tienen tus padres, el que dura para siempre.

Rose no se podía creer lo que estaba escuchando.

—¿De verdad quieres casarte esta noche?

—Lo decidí hace dos semanas.

—Pero… ¿cómo demonios lo sabías? —preguntó ella sin poder borrar la sonrisa de sus labios.

Él ladeó la cabeza.

—Porque, cuando lo sabes, lo sabes. ¿Te suena habérselo oído a alguien conocido?

Will había utilizado las palabras de su padre. Nunca antes le habían parecido tan adecuadas. Había llegado el momento de dejarse llevar y confiar en su instinto. Había madurado más de lo que pensaba en los últimos tres años. Will estaba ante ella declarándole su amor. Había hecho todo aquello porque la amaba. Y ella también lo amaba con todo su corazón.

Rose sonrió. En su imaginación podía verse sentada junto a él en un banco de madera, con el pelo canoso, haciéndose vieja.

Will se levantó y puso las manos en las caderas de Rose.

—¿Estás preparada para ir a nuestra isla?

—Nuestra isla… Me gusta cómo suena eso.

Capítulo 13

El estómago le dio un vuelco de la emoción. Will detuvo el coche justo al lado de donde estaba amarrado el bote. Desde allí, se veían los farolillos colgados entre los árboles de la isla.

—¿Y los testigos?

Will le acarició la cara.

—He hablado con Violet. Si intentábamos sacar a tus hermanas de la fiesta de tus padres, eso llamaría la atención. Nos esperarán a que volvamos. Nuestros testigos, siempre y cuando te parezca bien, serán Judy y mi amigo Arral.

Ella sonrió y asintió sin poder contener las lágrimas. Will había pensado en todo. Acarició la suave tela de su vestido azul. No era el vestido con el que había soñado casarse, pero era así como había querido hacerlo, como sus padres, sin revuelo, a solas las dos personas que se amaban.

El viaje hasta la isla transcurrió suavemente. Al otro lado, la ayudó a bajarse del bote y señaló hacia la cabaña.

—Te he preparado una sorpresa. Te esperaré unos minutos.

Rose se dirigió a la cabaña. Era tan bonita como la recordaba, pero el ambiente había cambiado. La vez anterior había habido emociones contenidas. Esa vez, todo era esperanza, promesas y amor.

Contuvo el aliento al ver un vestido colgado. Era un vestido de boda con el cuerpo bordado y falda de tul recta. Era exactamente lo que habría elegido ella.

Apenas tardó unos minutos en cambiarse el vestido azul por aquel de color crema. A un lado de la mesa había un ramo de rosas amarillas atadas con un lazo amarillo y crema. Había pensado que Will la estaba ayudando a preparar la ceremonia de sus padres, cuando lo cierto era que había estado planeando su propia boda.

Se oyeron unos golpes en la puerta.

—¿Estás lista, Rose? —preguntó nervioso.

Rose abrió la puerta. Su futuro esposo estaba muy guapo. Se había puesto un traje gris con una rosa amarilla en el ojal.

—Lo estoy deseando.

Caminaron de la mano hasta la capilla. Will sonrió al abrir la puerta y un puñado de globos con forma de corazón escaparon hacia el cielo. Luego, avanzaron hasta el altar, donde los testigos y el oficiante los esperaban.

—Gracias por acompañarnos —dijo Rose saludando con un beso en la mejilla a Judy y a Arral—. Gracias por compartir este momento con Will y conmigo.

—¿Empezamos? —preguntó el oficiante.

Rose respiró hondo y asintió mirando al hombre al que amaba a los ojos.

Repitieron sus nombres e hicieron sus declaraciones. Por un segundo, Rose temió que la capilla se llenara de exnovias enfadadas, pero todo permaneció en silencio.

Will se giró hacia ella, sosteniendo una alianza.

—Esto es lo único que no he podido averiguar. No podía pedirle a mi esposa que hiciera las alianzas de su boda sin revelarle el secreto. Así que pensé que estas nos servirían de momento, porque tienes el resto de tu vida para cambiarlas, si lo deseas.

—Estas son perfectas.

Will deslizó el anillo por su dedo.

—Rose Huntingdon-Cross, te quiero más de lo que pensé que era posible. He compartido contigo cosas que nunca había compartido con otra persona. Me complementas y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. Prometo amarte cada día más hasta el fin de mi vida —dijo, y sonriendo, añadió—: Porque, cuando lo sabes, lo sabes.

Ella esbozó una sonrisa nerviosa y tomó la alianza de Will. Con dedos temblorosos se la puso en el dedo.

—Will Carter, apareciste en mi vida de una manera impredecible y seguramente te quedará una cicatriz el resto de nuestras vidas. Te quiero, Will Carter, aunque me daba miedo. Me has enseñado a volver a confiar en mí misma después de tres años. Me has enseñado que la gente no es siempre como creemos, que hay todo un mundo ahí fuera del que no sabemos nada. Quiero pasar el resto de mi vida trabajando codo con codo junto a mi marido ayudando a todo el que lo necesite. Quiero envejecer contigo, Will, y amarte cada día más.

Se besaron y él deslizó las manos por su espalda para atraerla mientras ella lo rodeaba con los brazos por el cuello. No había podido ser más perfecto. Era la boda que siempre había soñado, su marido y ella prometiéndose amor en un entorno bonito.

—¿Vamos a pasar la luna de miel en la cabaña?

—No, la luna de miel es una sorpresa. Estaremos fuera tres semanas.

Ella se echó hacia atrás.

—¿Tres semanas? ¿Y la gira y el concierto benéfico? —preguntó y rápidamente se llevó la mano a la cara—. Oh, no. Se supone que debo recoger a ese periodista en el aeropuerto dentro de unas horas.

Will se rio sacudiendo la cabeza.

—Todo está bajo control. Durante las tres próximas semanas, Violet se ocupará de todo. Le he dado tu libreta negra y va a recoger a Tom Buckley en el aeropuerto. Incluso te ha hecho la maleta. Lo único que tenemos que hacer es volver y contarles a tus padres y a Daisy que nos hemos casado.

—¿De veras?

Había pensado en todo.

—De veras —dijo Will tomándola de las manos.

Cuando volvieron, su padre estaba bajando del escenario con su banda. Tenía el pelo húmedo por el sudor y se había quitado la chaqueta y la corbata.

Daisy y Violet estaban dando vueltas. Era evidente que Violet no había sido capaz de guardar el secreto.

Se acercó corriendo. Por la expresión de su rostro, no había ninguna duda de que estaba encantada.

—¿Lo habéis hecho? —dijo Violet tomando la mano de su hermana—. ¿Eres oficialmente la señora Carter?

Rose asintió, incapaz de ocultar la sonrisa de oreja a oreja.

—Bien, ¡por fin! —exclamó Violet y se abalanzó sobre Will, haciéndole caer a la hierba.

—Ya veo que lo apruebas —comentó él sonriendo.

Violet se inclinó y lo besó en la frente.

—Por fin tengo que dejar de fingir que me caen bien tus novias. A esta la adoro.

—¡Rose!

La voz de su madre se oyó a pesar de la gente. Will se levantó de la hierba y le dio la mano a su esposa.

Sherry estaba tan guapa como de costumbre. Abrió los ojos como platos al darse cuenta del cambio de vestido de su hija.

—Estás preciosa, cariño —dijo envolviéndola en sus brazos—. Supongo que tiene algo que contarme, señor Carter —añadió volviéndose hacia él.

Rick apareció al lado de Sherry y la tomó por la cintura. Rose contuvo el aliento, consciente de que sus hermanas estaban haciendo lo mismo. Pero Rick Cross sonrió y extendió la mano hacia Will.

—Supongo que ha dicho que sí.

Will le estrechó la mano.

—Ha sido un alivio.

—¿Lo sabías? —preguntó Sherry levantando las cejas.

Rick se rio.

—Claro que lo sabía. Will es un hombre muy tradicional. Me lo pidió hace semanas.

Sherry sacudió la cabeza.

—¿Me has ocultado un secreto?

Rick puso los ojos en blanco.

—¿Secretos contigo, Sherry? Oh, no, de ninguna manera me iba a meter en un lío como ese. —Tengo algo que decirte, papá.

—¿De qué se trata, cariño?

Rose entrelazó sus dedos con los de Will.

—Cuando vuelva de la luna de miel, te ayudaré con los últimos preparativos de la gira y luego dimitiré —dijo sonriendo y mirando hacia Will—. Voy a dedicarme a mi colección de joyería.

Su padre asintió. Era como si lo hubiera estado esperando. Se acercó y besó a Rose en la mejilla.

—Supongo que has tenido la boda que siempre quisiste, ¿no?

Rose respiró hondo. Sus padres se alegraban por ella y sus hermanas también. Tenía un marido al que adoraba y en el que confiaba con todo su corazón.

—¿Podemos empezar la luna de miel ya? —le dijo al oído.

Will la tomó por la cintura.

—Por supuesto.

Fin